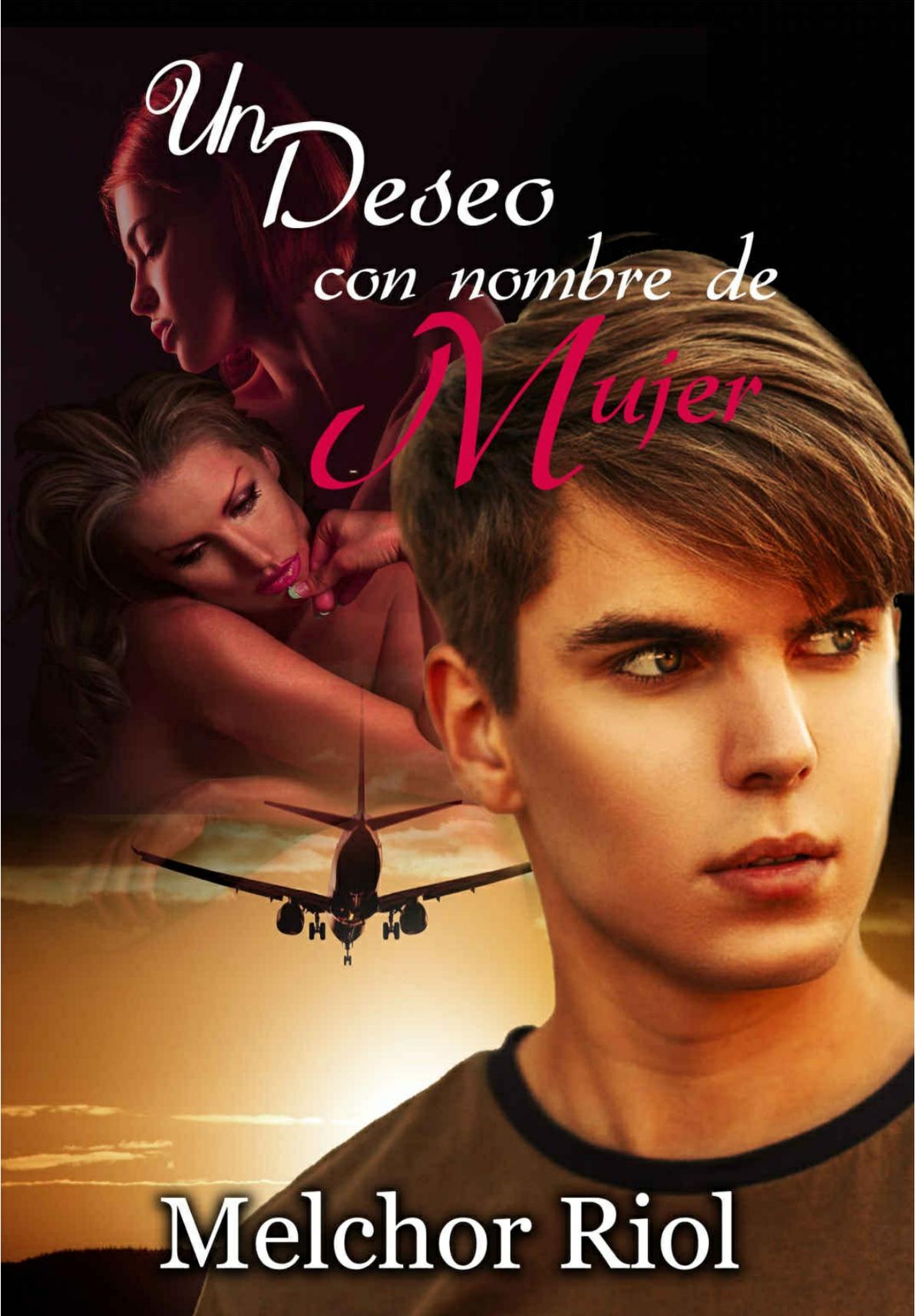


Un Deseo
con nombre de
Mujer

Melchor Riol



*Un Deseo
con nombre de
Mujer*

Melchor Riol

Un deseo con nombre de mujer

Por Melchor Riol Horta

Título: *Un deseo con nombre de mujer*

© 2019, Melchor Riol Horta

De la maquetación: 2019, Melchor Riol Horta

Del diseño de portada: 2019, Verónica Monroy Romeral

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Se advierte al lector

que esta novela es una obra de ficción.

Tanto la historia como los personajes que le dan vida

son producto de la imaginación del autor.

No ocurre lo mismo con las localizaciones,

que, para un mejor entendimiento de la historia,

procura que sean reales

Un deseo con nombre de mujer

Por Melchor Riol Horta

Madrid, 1985

Un intenso gemido se extendió de forma inmediata por una habitación

en la que, hasta el momento, solo reinaba el silencio. Alicia no pudo evitar emitirlo cuando sintió cómo Arturo la penetró con una intensidad inusitada.

El placer que se apoderó de ella se esfumó con la misma rapidez con la que llegó cuando él se retiró inesperadamente, con la única intención de generarle un deseo aún mayor de volver a sentirlo dentro una vez más.

Sus labios, que en ese momento se encontraban muy cerca del lóbulo

de la oreja de Alicia, parecían querer decirle algo, unas palabras que al final

nunca se llegaron a pronunciar. Ella quiso aferrarse a su nuca para que no abandonase su cuello, pero no llegó a tiempo. Arturo, en ese preciso instante,

empezó a descender hacia la comisura de sus pechos. No eran unos pechos excesivamente grandes, aunque, para su edad, mantenían una firmeza que los

hacía realmente bonitos. Nada más llegar a ellos, con la fuerza suficiente para

no producirle dolor, pero sí un leve estremecimiento, sus dientes

mordisquearon el entorno de uno de sus pezones. Con una de sus manos, se

limitó a acariciar suavemente el que quedaba libre, tal y como ella le enseñó

en su momento, haciendo que de nuevo el placer se apoderase del cuerpo de

Alicia. Levantó la mirada fijándose únicamente en su cara. Ella no lo vio, llevaba unos minutos en los que le era imposible abrir los ojos y solo se

dejaba llevar hacia un inmenso placer, del que estaba segura de que lo mejor aún estaba por llegar.

Lamentaba ver cómo con el tiempo había pasado de ser la dominante a ser la dominada. Aunque esto último no es que le disgustase, ni mucho menos, pero cuando era ella la que llevaba las riendas en el juego, eso le provocaba una excitación totalmente distinta.

Arturo volvió a centrarse en el cuerpo de ella; en esta ocasión, sus labios entreabiertos, con parte de la lengua fuera de ellos, bajaron humedeciendo el trayecto que iba desde sus pechos hasta el ombligo.

Cuando Alicia estaba convencida de que el siguiente objetivo de esa lengua humedecida iba a ser su sexo, un giro brusco la dejó con las ganas. Su boca se desvió hacia el interior del muslo, algo que hizo que ella entreabriese más aún las piernas. Al mismo tiempo que sus manos recorrían suavemente el contorno de las caderas, su boca se deslizaba mordisqueando el interior de dicho muslo hasta la articulación de la rodilla, para de nuevo volver a subir.

Según se acercaba, el aroma que percibía lo excitaba cada vez más.

Esta vez no lo esquivó. En esta ocasión, cuando su boca se centró en su sexo, el gemido que emitió Alicia en ese momento alcanzó niveles de grito, acelerando el ritmo de su jadeante respiración.

Ella apoyó las manos sobre la nuca de él, como queriendo impedir que dejase de hacer lo que estaba haciendo de manera tan sublime. De su boca salieron unas palabras que, más que una súplica, eran una orden.

—¡No pares! Por Dios, ¡no pares!

Esas palabras provocaron aún más a Arturo, haciendo que aumentase el movimiento, acompasándolo con momentos que anulaban cualquier otra intención en Alicia que no fuese la de dejarse llevar por la situación. La respiración, al ritmo de sus gemidos, fue aumentando precipitadamente hasta que hubo un instante en el que él se detuvo de repente.

En ese momento se incorporó, quedando de rodillas frente a ella.

Sus ojos se buscaron. Nadie podía negar el deseo que se reflejaba en sus miradas. Un deseo madurado y trabajado con el paso del tiempo. Con cada encuentro, con cada rincón en el que dieron rienda suelta a sus impulsos, con cada minuto en el que vivieron a escondidas esa pasión que la propia diferencia de edad les producía.

Ella se incorporó, apoyándose sobre un pecho lleno de vello y con el que ella se relajaba en muchas ocasiones, limitándose únicamente a acariciarlo. Con una de sus manos aferró el cuello de su pareja, acariciándolo al mismo tiempo que lo atraía hacia ella para besarlo.

—¿Me echarás de menos? —le susurró Alicia después de apartarse de su boca.

—No puedo negarte que has sido alguien importante en mi vida.

Esas palabras la emocionaron considerablemente. Se resignaba a creer que aquel encuentro fuese ser la última vez que estuviesen juntos.

—¡Por Dios! No pensemos en ninguna otra cosa que no sea en disfrutar de estos momentos —le dijo Arturo volviendo a besarla de nuevo.

Sin esperar más, se dejó caer sobre ella. Sus bocas quedaron paralelas a muy pocos centímetros una de la otra. Sus labios se rozaron casi al unísono, para terminar en un beso que expresaba todo el deseo que sentían. En ese preciso instante, Alicia notó cómo Arturo entraba dentro de ella con la máxima facilidad, lógicamente por la excesiva excitación que albergaban. El movimiento que él ejercía sobre ella mientras la penetraba era inusitadamente lento, como si no tuviese la más mínima prisa en que ese momento finalizase. Era evidente que había sido un buen alumno.

—Jamás podré gozar con nadie lo que gozo contigo —le susurró ella al oído, a la vez que sentía los envites que él le daba —te enseñé lo que nadie te había enseñado jamás y a partir de hoy será otra quien lo disfrute.

—No sigas, ¡por favor! —le reprochó él.

A ella no le quedó más remedio que seguirle el ritmo, porque el placer iba en aumento y su mente se veía confusa, imposibilitada para pensar en otra cosa que no fuese en disfrutar de ese momento. Sus envites eran cada vez más intensos, los jadeos por parte de los dos aumentaban al unísono, sendos cuerpos se movían al mismo ritmo, como si de una pareja de baile se tratase después de ensayar durante años todos sus movimientos, llegando a un momento en el que ambos se quedaron completamente inertes, extasiados por

el desenfreno con el que culminaron dicho momento.

Minutos después, tras reponerse de todo lo sucedido, ella se tapó con la sabana a la vez que se recostaba sobre el cabecero de la cama. Al mismo tiempo observaba cómo él, de pie, miraba por la ventana después de correr la cortina hacia un lado. Disfrutaba viendo su cuerpo desnudo y en especial su trasero, algo que a ella siempre le resultó de lo más seductor.

—No soporto pensar que en tres días tengo a mi marido otra vez en casa.

—Si no lo soportas, no entiendo por qué no te decides a separarte de él, qué ganas con seguir a su lado. Yo sería incapaz de compartir mi vida con alguien a quien hace tiempo he dejado de querer.

—Ya te lo dije muchas veces, él me aporta una calidad de vida de la que no estoy dispuesta a prescindir, y si este es el precio que tengo que pagar, y más aún ahora que tú te vas, estoy resignada a pagarlo.

—Pues no entiendo entonces tus lamentaciones. Si eres totalmente consciente de que ese es el precio que tienes que pagar por seguir disfrutando de esa calidad de vida que tú quieres tener, es evidente que tendrás que seguir pagándolo.

—¿A qué hora te tienes que ir mañana? —preguntó ella con el fin de cambiar totalmente el rumbo que estaba tomando la conversación.

—El tren sale de la estación de Chamartín a las nueve de la mañana.

—¿Por qué no te quedas a dormir? Es nuestra última noche, podíamos aprovecharla mejor. Yo me quedaré en el hotel, no tengo ganas de volverme a casa.

—Hemos quedado en que solo lo haríamos una vez, he accedido, no me pidas más. Tengo que regresar a la base antes de las diez de la noche. Aún tengo todo por recoger y a las siete de la mañana me recoge un jeep para llevarme a la estación.

Era una excusa perfecta. No quería alargar mucho más la situación, él le había dejado claro que prefería que no hubiese despedida, que todo fuese como cualquier otro día de los muchos encuentros que habían tenido y en el que Arturo se tenía que ir, ya fuera de su casa o de cualquier habitación de un hotel. Poco a poco se fue vistiendo. Alicia seguía mirándolo en la misma posición que adquirió después de hacer el amor con él. Una vez que terminó de vestirse, ella no pudo evitar recorrer su cuerpo de arriba abajo. Estaba guapísimo. Los galones de sargento recién estrenados destacaban de una manera especial sobre el azul del uniforme.

Se ajustó la gorra de manera meticulosa sobre la cabeza y se acercó a la cama para darle un último beso; en este caso, se lo dio en la mejilla. No intercambiaron ninguna palabra más. La miró, sonrió, le guiñó un ojo y se alejó hacia la puerta sin volver la vista atrás.

Fue consciente de las lágrimas que recorrían las mejillas de ella, pero prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

Al entrar en el ascensor del hotel, se vio reflejado en el espejo que abarcaba

todo un lateral. Una mezcla de tranquilidad y orgullo se apoderó de

él. Tranquilidad, porque esa tarde probablemente fuese la última vez que viese a Alicia, una mujer que, tenía que reconocer, había resultado ser muy especial en su vida, y a la que acababa de dejar en la habitación de la que había salido. Orgullo, porque después de cinco años de dura academia, se acababa de convertir en sargento especialista del Ejército del Aire; su futuro

ya estaba asegurado. Al día siguiente se iba a su nuevo destino en su tierra, a la base aérea de la Virgen del Camino en León, y, sin duda alguna, hacia una nueva vida.

Llegó a la calle, una ligera brisa le abofeteó cálidamente la cara, y tuvo que recorrer algunos metros hasta llegar a la parada donde cogería la camioneta, como así llamaban a los pequeños autobuses que transitaban por toda aquella zona, y que le debía dejar a la entrada de la base de Cuatro Vientos.

Según se acercaba a la parada, vio que en ella no había nadie, algo que le hizo dar por hecho que la camioneta acababa de irse; por lo tanto, hasta que llegase la siguiente, aún podía transcurrir un buen rato. Por suerte no fue así, minutos después apareció la que hacía el trayecto a plaza de España. El recorrido hasta la entrada al cuartel no llegaba a diez minutos. Una vez en el escuadrón, echó de menos a Juan Carlos, más conocido por «Chino», su mejor amigo y compañero de aventuras durante el periodo de formación dentro de la academia. Él se había ido esa misma tarde para la base aérea de Manises, en Valencia, su destino para los próximos años. Eligió esa base por

ser la más cercana a Villajoyosa, su pueblo natal.

A lo largo de la noche, Arturo apenas fue capaz de conciliar el sueño, solo pensaba en lo que sucedería a partir de ese día. Se levantó temprano para prepararlo todo y, con puntualidad meridiana, el jeep lo recogió a las siete en punto de la mañana para acercarlo a la estación de Atocha. Su tren salía a las ocho y media, por lo que iban sobrados de tiempo. Una vez sentado en el asiento que le indicaba su lista de embarque, esta le fue pedida por el revisor instantes antes de que el tren se pusiese en marcha. Su mente en ese momento se convirtió en un torbellino de imágenes y pensamientos, un aluvión de sucesos vividos durante esos cinco años que duró su periodo de academia y que le sirvieron para conocer a dos mujeres que marcaron su vida de una forma totalmente distinta, de ahí que Arturo, mientras comenzaba el viaje hacia su nuevo destino, se dejase llevar por sus recuerdos.

Capítulo 1

Base Aérea de Cuatro Vientos en Madrid (marzo de 1982)

Tras coger el gorro de paseo, cerró la puerta de su taquilla. Le faltaba una semana para cumplir los dieciocho años, de ahí que hubiese pedido permiso a su jefe de escuadrón para que le dejase salir y poder asistir a las clases necesarias para sacarse el teórico del carné de conducir. Permiso que le fue concedido de lunes a jueves, ya que el viernes podía pernoctar fuera de la base si ese era su deseo, de siete de la tarde a diez de la noche.

—No me puedo creer que el capitán te haya concedido tres horas de

permiso especial para sacarte el carné de conducir —dijo Chino tumbado en su litera mientras lo veía prepararse.

—¿Por qué no te lo crees? —le preguntó Arturo sin desviar la mirada del libro de la autoescuela que tenía en sus manos.

—Anda que no le ha pedido gente permiso para temas mucho más importantes que el tuyo y no se lo han concedido.

—Ya sabes cómo es esto, Chino, depende de cómo tengan el día. Si los pillas de buenas te conceden el cielo, pero si están de malas no te permiten ni irte al infierno.

—Sí, sí, tú di lo que quieras, pero anda que no se la habrás tenido que mamar al capitán para que te lo haya concedido —le recriminó mientras se alejaba hacia la salida—. Esta noche te veo y ya me contarás cómo te ha ido tu primer día de clase.

Faltaban escasos cinco minutos para las diez de la noche, momento en el que se pasaba lista. Arturo aún no había llegado y Chino estaba un tanto preocupado. Solo le faltaba llegar tarde el primer día. Una vez todos en formación, firmes delante de sus taquillas y preparados para pasar lista, se oyeron unos pasos a la carrera por el pasillo.

—¡Joder, tío! Pues sí que aprovechas bien el permiso —le recriminó mientras veía como se colocaba a su lado en posición de firmes.

Una vez finalizado el recuento, rompieron filas.

—¿Qué tal tu primer día de autoescuela? Aunque, viendo cómo

aprovechaste el tiempo, creo que sobra la pregunta.

Arturo le contestó con una fugaz sonrisa mientras echaba hacia atrás la colcha de su litera. Él dormía en la de arriba, y Chino, en la de abajo.

—Nada del otro mundo, una primera charla del profesor a los cuatro pelagatos que allí estábamos y un primer test para hacernos una idea de cómo son, en el que de treinta preguntas tuve veinticuatro fallos.

—Pues sí que has empezado con buen pie.

—¿Y qué pretendes, que las acierte todas sin haber empezado a leerme el código?

—¿Sois muchos?

—Como te dije antes, y no era de coña, cuatro pelagatos. Tres tíos y una mujer.

—¿Jovencita?

—No, ya tiene sus añitos. Tanto ella con los otros dos tíos pasan fijo de los cuarenta años. Eso sí, tiene un cuerpazo de impresión. De cara no es que sea muy guapa, pero el cuerpo quita el hipo, y no veas cómo huele. No sé qué perfume llevaba, pero en cuestión de segundos dejó un olor en el aula alucinante.

—Bueno, por lo menos las clases ya van a tener un aliciente. Solo por el hecho de poder recrearte la vista, ya merece la pena.

Poco más le pudo contar, el aviso de que en quince minutos se

apagaban las luces les hizo apresurarse en sus labores de aseo, para que llegado el momento estuviesen metidos cada uno en su litera.

La academia tenía una disciplina un tanto rígida. La puntualidad era una de las máximas exigencias, y el incumplimiento de cualquiera de ellas conllevaba un arresto que siempre se cumplía en fines de semana, único momento libre del que se disponía. Si alguien era arrestado a lo largo de la semana en varias ocasiones, con dichos arrestos, como solo se cumplían en sábados y domingos, y además se iban acumulando, podía llegar a pasar varios meses sin salir de la base. Un claro ejemplo de ello era Rafa, un valenciano de adopción, nacido en Melilla, que estaba metido en todos los berenjenales habidos y por haber, circunstancia que hacía que le cayesen los arrestos a pares, de ahí que en la actualidad llevase más de tres meses cumpliendo arrestos. Todo el cuidado que había que tener era poco, y cuanto más desapercibido pasases para los mandos responsables del orden en la academia, mejor ibas a poder vivir. De nuevo volvió a sonar la megafonía, en esta ocasión para comunicar que en cinco minutos se apagarán las luces, y todo aquel que en ese momento estuviese levantado sabía de sobra lo que le esperaba.

* * *

Arturo se encontraba ojeando la libreta de test que el instructor le había dado el primer día para que los fuesen haciendo en casa. Se encontraba ensimismado en repasar las preguntas, pero sin responderlas, cuando una voz lo sacó de su concentración. Levantó la cabeza y a su lado se encontró con la mujer que asistía también a las clases, aunque el segundo día no había venido,

algo que le había hecho pensar que se podía haber cambiado de horario, pero allí estaba. Su perfume le embriagó en el acto, aunque este era distinto del que llevaba en la primera ocasión. Su mirada no pudo evitar irse al sugerente escote, que resaltaba sobre una blusa a la que le faltaban dos botones por abrochar y en el que destacaban dos pechos muy bien formados, los cuales, por la opresión del sujetador, creaban un canalillo que impedía que su mirada se fuese a otro sitio que no fuese ese.

—¿Te importa que me siente a tu lado? —le preguntó casi susurrando

—. Me gustaría consultar algunas de las preguntas de los test y no quiero sentarme al lado de ninguno de esos dos, no vaya a ser que se piensen lo que no es. Tú me das más confianza.

—Por supuesto —respondió Arturo casi tartamudeando—. Es cierto, ante una duda, viene bien saber la opinión de otra persona.

Un enorme calor le recorrió todo el cuerpo al verla sentada tan cerca de él.

—Me llamo Alicia. Veo que eres militar de academia, lo digo por el cordón rojo que te identifica como cadete alumno.

—Cierto —contestó extrañado—. Veo que sabes distinguir a los de academia de los que están haciendo la mili. Yo me llamo Arturo.

—Encantada, Arturo, los dos besos los dejamos para la salida.

Una nueva ráfaga de calor recorrió todo su cuerpo. Le gustaba el desparpajo que tenía. Desde ese momento, en su mente ya no había otra cosa

más que pensar en los dos besos que se darían cuando terminasen la clase, eso si ella no se olvidaba de ellos durante el tiempo que faltaba para salir.

Todo transcurrió con normalidad, de vez en cuando se susurraban algo relacionado con alguna pregunta del test, momentos que encantaban a Arturo, pues eso hacía que tuviesen que acercarse mucho más el uno al otro para que no se oyeran mucho sus comentarios por parte de los allí presentes.

Tras un par de test, decidieron poner punto y final a la clase por ese día. Una vez fuera de la autoescuela, él se hizo el despistado, a la espera de ver si ella se acordaba de finalizar el saludo que había quedado pendiente.

Nada más llegar a su altura fue lo primero que hizo, otro motivo para que de nuevo el calor volviese a recorrer todo su cuerpo.

—¿Cómo es que has tardado tanto en sacarte el carné? —preguntó

Arturo para disimular un tanto el rubor que le había ocasionado la situación.

—Digamos que hasta ahora no había visto un buen momento para dedicarme a sacarlo. ¿Y tú? Tampoco parece que te hayas dado mucha prisa.

—¿Que no me he dado mucha prisa? Me falta una semana para cumplir los dieciocho y ya me he matriculado, conque mira si me he dado prisa. ¿Qué pretendías, que me apuntara al teórico con dieciséis años?

—¿Aún no has cumplido los dieciocho? Y yo que te echaba veintitantos, veo que te has desarrollado un tanto rápido.

Esas palabras le sonaron a gloria, su hombría se disparó explotando

por dentro como si de fuegos artificiales se tratase.

—Oye, ¿qué te parece si en lugar de estar hablando aquí fuera con el frío que hace, nos metemos en algún sitio a tomarnos algo? ¿Te da tiempo? ¿O te tienes que ir?

Miró su reloj y vio que eran las ocho y cuarto, eso le garantizaba una hora por delante. Por lo que accedió encantado.

Una vez dentro de la cafetería, se fueron a sentar a una mesa.

—Bueno, cuéntame, ¿de dónde eres?, ¿cuánto tiempo llevas en Madrid? Dime cosas de tu vida. Como puedes ver por mis preguntas, soy un tanto cotilla, es uno de mis defectos, pero no me importa reconocerlo.

—Pues soy de León, llevo en Madrid desde septiembre del año pasado, cuando ingresé en la academia, y en contra de lo que tú creías, estaba deseando llegar a los dieciocho para sacarme el carné y tener coche. Aunque antes tendré que ahorrar, y de momento la cosa está fea. El carné me va a pulir todos mis ahorros.

—¿Te queda mucho tiempo por estar aquí?

—Pues sí. La academia son cinco años y llevo uno y medio, o sea, que tengo para una buena temporada. ¿Y tú? —le preguntó con la intención de dar pausa al interrogatorio al que estaba siendo sometido—. Cuéntame algo de ti.

—¿Tienes novia? —insistió en su curiosidad, haciendo caso omiso a la pregunta de su interlocutor.

—No, creo que soy demasiado joven para tener novia.

—¿Y amigas? De esas que son algo especiales.

—Oye, aquí qué pasa, ¿que solo preguntas tú?

—Ya te he dicho que uno de mis defectos es que soy muy cotilla, me gusta saber de los demás —le respondió con una agradable carcajada, que fue acompañada con una mirada un tanto peculiar.

—Tuve alguna amiga, sí, pero nada serio.

—Lo que sí tengo claro es que te gustan las mujeres.

—¿Y qué es lo que hace que lo tengas tan claro? —Esta vez fue él quien emitió una sonrisa un tanto peculiar.

—El hecho de que, desde que te has sentado delante de mí, no has dejado de mirarme el escote. Eso indica que te gustan mis pechos y, si no te gustasen las mujeres, no te hubieses fijado en ellos ni una sola vez.

El rubor que sintió en esos momentos le hizo ponerse todo colorado.

En ningún momento pensó que Alicia fuese a ser tan directa, menos aún cuando, como quien dice, se acababan de conocer. Iba a decir algo, pero fue interrumpido por ella de inmediato.

—No te tienes que justificar, a mí no me parece mal que me mires el escote si realmente te gusta. Al contrario, es halagador.

—Y si, por el contrario, el que mira, en lugar de ser joven y sin

ninguna mala intención como es mi caso, fuese alguien de más edad y con una mirada un tanto obscena, ¿lo seguirías viendo halagador?

—De sobra sé cuándo debo llevar el botón que favorece la visión de mi escote abrochado o, como en este caso, sin abrochar.

—Eso quiere decir que en esta ocasión lo has desabrochado a posta porque sabes que vas a generar que me sienta provocado por ello, ¿no?

—En tu caso lo llevo abierto porque, como tú bien has dicho antes, sé que lo vas a mirar sin ninguna mala intención.

—¿Estás casada?

—Sí —respondió con contundencia.

La firmeza con la que contestó a su pregunta lo dejó un tanto desconcertado; no se la esperaba, algo de lo que ella se percató al instante.

—Por la expresión espontánea de tu cara, deduzco que, dada la conversación que estamos teniendo, la respuesta que te he dado ha sido un tanto sorprendente para ti.

—Cierto, no te lo voy a negar —afirmó a la vez que se movía un tanto incómodo en su silla.

—A mí me hubiese pasado lo mismo de estar en tu lugar, pero todo tiene su explicación. Te diré que mi matrimonio hace ya mucho tiempo que es todo un conflicto de intereses. Estamos juntos porque a ambos nos interesa esta situación. Él trabaja en una de las empresas peleteras más importantes de

Madrid, de la cual el ochenta por ciento de las ventas están en Marbella, donde la jet set acapara cada rincón. Eso hace que pase una semana allí y otra aquí en Madrid. Desde hace tiempo sé que cuando está en Marbella se ve con varias mujeres, es más, creo, sin lugar a equívoco, que a una de ellas la tiene como amante desde hace tiempo.

—Y si no me equivoco, por la tranquilidad con la que me lo estás contando, no te preocupa ni lo más mínimo que así sea.

—Exacto, hace tiempo que me importa un pito lo que él tenga o haga por allí. Mi marido gana mucho dinero, y mi conformismo, sumado a no meterme donde no me llaman, algo que lo único que me podría proporcionar es que él quisiese quedar libre para seguir a lo suyo, me permite a mí vivir con una gran calidad de vida. No me privo de ningún lujo, dispongo de una cuenta bancaria sumamente holgada y con todo eso, una semana de cada dos, hago con mi vida lo que me da la gana sin rendir cuentas a nadie.

—Si eres feliz viviendo así, nada que objetar.

—No cambiaría esto por nada. Nadie mejor que yo para saber la gran calidad de vida que llevo.

—Doy por hecho que si él, durante el tiempo que pasa allí, tiene amantes, tú también los tendrás para disfrutar de la semana que estás sola aquí.

—Debería ser lo justo, pero no, de momento no he tenido necesidad de ello. Ya me encargo yo de que durante el tiempo que pasa aquí me dé lo que

yo necesito, y cuando no está, tengo métodos muy estimulantes para satisfacerme yo solita.

El solo hecho de pensar en esos métodos hizo que Arturo tuviese una erección, menos mal que la mesa que se interponía entre ellos impedía que ella pudiese percatarse del bulto que destacaba en su pantalón.

Para evadirse de esos pensamientos, miró su reloj. Faltaban cinco minutos para las ocho y cuarto.

—Muy a mi pesar, voy a tener que irme. Debo estar antes de las diez en el escuadrón. No quisiera perder el privilegio de seguir saliendo todos los días.

—No te preocupes, tenemos muchos días por delante. No saques dinero, hoy pago yo —le dijo cuando vio que Arturo sacaba la cartera a la vez que se levantaba—, porque digo yo que repetiremos este encuentro, ¿no?

—Por mi parte encantado, me ha resultado muy agradable tener esta charla contigo —le respondió fijándose en cómo ella lo miraba de arriba abajo.

—¿Solo la charla te ha resultado agradable? —comentó a la vez que se abrochaba el botón que hacía que su escote hubiese adquirido ese carácter tan sugerente.

De nuevo se volvió a ruborizar, aunque esta vez sí contestó a su pregunta.

—Pues no, hubo más cosas que han resultado ser sumamente agradables.

—Sobre todo a la vista, ¿verdad? —le insinuó en un tono un tanto provocador.

—Sí, sobre todo a la vista.

* * *

Chino se encontraba con los ojos abiertos como platos, no daba crédito a lo que Arturo le estaba contando.

—¿De verdad te ha dicho todo eso? —le preguntó totalmente sorprendido.

—Como lo oyes, la tía no se ha cortado un pelo.

—Vamos, que la tienes en el bote.

—Joder, Chino, qué bote ni qué leches, que está casada. Simplemente es una mujer de mentalidad muy abierta.

—Sí, sí y tan abierta, dónde se encuentra una mujer así, porque mira que he conocido tías y nunca me encontré a nadie que el primer día te provocase como ella lo hizo. Vamos, que solo le faltó agarrarte la cabeza y estrellarla contra su escote para que lo vieses con más detalle.

—Pero qué exagerado eres. Ya te dije que ella mantuvo la compostura correctamente en todo momento. Que fuese directa cuando se dio cuenta de que yo no le quitaba ojo a sus pechos no quiere decir que ya esté abierta a todo.

—Ufff, qué quieres que te diga, pero la cosa pinta bien, pero que muy bien.

En ese momento avisaban por megafonía que en cinco minutos se apagarían las luces. Cada uno se metió en su litera correspondiente. En el momento en que se hizo la oscuridad, Arturo comenzó a repasar todas y cada una de las palabras que había oído de boca de Alicia y de nuevo volvió a tener una erección cuando se la imaginó satisfaciéndose a sí misma con los métodos tan estimulantes que dijo tener. De manera impulsiva, metió la mano dentro del slip y notó cómo ese pensamiento se la había puesto sumamente dura. Prefirió no seguir, acababan de apagarse las luces y todos seguían despiertos. No era el momento idóneo para masturbarse, aunque ello no impidió que siguiese pensando en ella hasta que el sueño lo venció.

Capítulo 2

Tras poner la X en la casilla C, finalizaba su segundo test de la tarde.

No tenía intención de hacer más, se encontraba un tanto desanimado.

Recordaba cómo en la primera semana había quedado todas las tardes a tomar algo con Alicia, hecho que produjo que cada día hubiese más confianza entre ellos. La semana siguiente, ella solo asistió un día a clase, era evidente que su marido se encontraba en Madrid. Lo que no entendía era cómo en la semana que acababa de comenzar, que en teoría él tendría que estar ya en Marbella, tampoco había asistido a la autoescuela. Recogió todo de mala gana. Desde

primera hora de ese lunes contaba con tomarse algo con ella ese día tras finalizar la clase y, al no ser posible, decidió irse directamente para el cuartel.

Nada más enfocar la acera, oyó una voz que le resultó un tanto familiar.

—Apuesto lo que sea a que hoy tampoco contabas conmigo.

Al oír esas palabras, Arturo se giró inmediatamente. Sus ojos se

abrieron como platos. Delante de él se encontraba Alicia, y vestía unos pantalones vaqueros tan ceñidos que, solo de pensar en ir dentro de ellos, se le

cortaba la respiración. Los acompañaba con una blusa blanca y una pequeña cazadora roja cuya cremallera subía hasta la misma altura del último botón abrochado de su blusa, es decir, dejando como era habitual un escote digno de ser apreciado en todo momento. Era evidente que no solo sabía vestir bien, sino que dicha ropa, luciéndose en semejante cuerpo, le hacía una figura espectacular.

—No puedo apostar porque ganarías sin duda alguna. No solo no contaba hoy contigo, sino que llegué a pensar que al final, después de tantos días de ausencia, habías decidido dejar la autoescuela.

—¿Y qué te preocupaba más, que la dejase, o que debido a ello ya no me volvieses a ver?

—Tú en tu línea, ¿eh? Mira que te gusta provocar.

Una sonora carcajada fue lo que recibió de ella como respuesta, una forma como otra cualquiera de confirmar las palabras de Arturo. Es cierto que

le encantaba el juego de la provocación.

—¿Piensas pasarte el tiempo que te queda para irte hablando aquí en la acera? O nos vamos a tomar un café, que, por cierto, hoy te toca invitar a ti.

Con una sonrisa de satisfacción al ver que algo con lo que ya no

contaba se iba a producir, se aproximó a ella y juntos entraron en la cafetería

donde habitualmente se reunían después de la clase. Antes de acomodarse, ella se quitó la cazadora, permitiendo que la visión de su escote pusiese nervioso a Arturo.

—¿Cómo es que no has venido hoy a la autoescuela?

—Por mi marido.

—¿Por tu marido? ¿Esta semana no le tocaba estar en Marbella?

—Sí. Él suele irse los domingos por la mañana, nunca entendí por qué, ya que los domingos no se trabaja. Siempre que le pregunto su respuesta es la misma, me dice que quiere llegar con tiempo para preparar el trabajo del día siguiente, pensará que me chupo el dedo, pero es su problema, y tras pasar toda la semana, regresa de lunes. Resulta que, en esta ocasión, y para fastidio de sus planes, uno de los jefes decidió bajar con él y, claro, como su jefe no tiene ningún rollito por allí, pues hasta hace poco más de una hora no se han puesto en marcha. Por tal motivo, no tuve tiempo de llegar para la hora de clase.

—Es increíble la tranquilidad con la que te tomas los devaneos que tu

marido tiene por Marbella.

—Ya te dije que me da exactamente igual lo que haga o deje de hacer

—le respondió con un gesto que denotaba su total indiferencia—. Mientras me siga aportando todo lo que necesito para vivir bien... Por cierto, ¿eres celoso?

—Pues no lo sé a ciencia cierta, ya te dije que nunca tuve novia para verme en tal tesitura.

—Los celos en una pareja son buenos, pero claro, en su justa medida y siempre que haya sentimientos. Si no los hay, es evidente que los celos pasan a otra dimensión. ¿Tampoco has llegado a enamorarte?

—Creo que no.

—¿Crees? Esas cosas no se creen, cielo, uno cuando está enamorado se da cuenta perfectamente, no alberga la más mínima duda.

—Pues entonces nunca lo he estado. Es cierto que hubo una chica del pueblo que me trajo un tanto de cabeza, pero por lo que cuentas, no hasta el extremo de estar enamorado de ella.

—¿Has estado con muchas chicas?

—No —respondió tajante, con la única intención de no tener que dar más explicaciones con respecto a ese tema, algo de lo que ella se percató.

—¿Siempre tienes que estar en el cuartel a la misma hora?

—De lunes a jueves, sí. Los viernes, si no te ha caído un arresto durante la semana, puedes pernoctar alguno de los días o el fin de semana

entero.

—Tú tienes cara de bueno, no creo que te metan muchos arrestos.

—No es cuestión de ser ni bueno ni malo. Un arresto te puede caer por el motivo que menos te lo esperes. Incluso, en ciertas ocasiones, de la forma más injusta.

—Tenemos toda la semana para ir planeándolo, pero si para el viernes no te han metido ningún arresto, después de clase nos podemos ir a picar algo por ahí. A la cena te invito yo. ¿Qué te parece?

Un intenso calor le recorrió el cuerpo entero, se imaginó durante unos segundos cenando con ella, aunque el motivo que realmente le provocó ese calor fue pensar en qué podría pasar después.

—¿Te parece bien o no?

—¿Eh? Sí, sí. Por supuesto.

—Como te quedaste tan callado, pensé que te podía dar miedo irte a cenar conmigo.

—No, por qué me iba a da miedo. Simplemente me pilló por sorpresa tu propuesta. Por cierto, ¿puedo saber cuántos años tienes?

—¿Tú no sabes que a una mujer nunca se le pregunta la edad? Tienes que empezar a tomar nota de esos detalles si quieres saber dar los pasos correctos.

—¡Anda! ¿Y por qué no?

—Porque las mujeres procuramos arreglarnos y cuidarnos para no aparentar la edad que tenemos, no nos gusta responder a esas preguntas, preferimos que cada uno se haga sus propias conjeturas.

—Vale, vale. No lo sabía —contestó de manera un tanto incrédula.

—Pero bueno, por ser tú te lo diré —dijo sonriendo de manera pícaro

—, aunque antes quiero ver si lo adivinas. Dime, ¿cuántos me echas?

Aunque Arturo desde un principio ya había calculado que rondaría los cuarenta, quiso ser políticamente correcto.

—Pues..., no sé, pero calculo que no más de treinta y cinco.

En ese preciso instante, en la cara de Alicia se dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Eres un encanto. Si lo has dicho convencido de que es mi verdadera edad, ha sido todo un piropo, y si sospechabas que eran más y has dicho lo de los treinta y cinco por quedar bien, ha sido todo un detalle. Lo cierto es que acabo de cumplir hace algo más de un mes cuarenta y uno.

Tras poner durante unos segundos cara de circunstancia por no esperarse la edad que le había dicho, Arturo no dudó en preguntarle algo que lo tenía un poco confundido.

—Y con tu edad, ¿no te importa estar tomando algo, tal y como venimos haciendo ya en varias ocasiones, con alguien que aún no ha llegado a cumplir los dieciocho?

—¿Importarme? Al contrario, me encanta.

—¿Que te encanta? —le dijo, un tanto sorprendido por su respuesta.

—Pues claro que sí. Disfruto de una persona que tiene cierto grado de inocencia, de una persona que, a la vez que está hablando conmigo, no le están pasando un sinfín de pensamientos obscenos; disfruto de alguien que no ha querido llevarme a la cama, ni en la primera ocasión que tuvo de quedar conmigo ni en las posteriores, y disfruto de una persona que hasta me mira el escote de forma tímida, bonita y halagadora. Cómo no me va a encantar —le dijo a la vez que posaba su mano sobre la de Arturo, algo que le hizo estremecerse nada más sentir su tacto.

—No sé cómo lo haces, pero tienes el don de responder siempre lo contrario de lo que pienso que vas a contestar —le dijo a la vez que disfrutaba de la imagen de ver la mano de ella sobre la suya.

—¿Eso es bueno o malo? ¿Cómo me lo debo tomar?

—Ni bueno ni malo, digamos que, para mí, un tanto sorprendente.

—¿Te disgusta que sea así? —le preguntó a la vez que retiraba su mano de encima de la de él.

—No, al contrario, tengo que reconocer que eres una mujer un tanto interesante.

Alicia solo se limitó a sonreír ante las palabras de Arturo, clavando su mirada en él, algo que en los primeros días le hacía ponerse un tanto nervioso, pero a lo que poco a poco se iba acostumbrando cada vez más.

—¿A qué te dedicas los fines de semana que no te meten ningún arresto?

—Si tengo mucho que estudiar, pues a estudiar, y si no, salgo con mi amigo Chino.

—¿Chino? ¿De dónde sale ese nombre?

—No es un nombre, es un mote. Se llama Juan Carlos, pero desde que, en una ocasión, un sargento le espetó delante de todos que dejase de chinarse por tonterías, a partir de ese día en el escuadrón empezaron a llamarlo Chino y con Chino se quedó.

—¿Y tú? ¿Tienes algún mote?

—No, a mí me llaman por mi nombre —contestó al mismo tiempo que miraba su reloj—. Voy a tener que irme ya, si no quiero llegar tarde.

—Es una pena, me lo paso muy bien contigo.

—Mañana podemos quedar otra vez.

—Y pasado, y todos los días que podamos, eres muy agradable, disfruto charlando contigo.

Los días de la semana fueron pasando. Como si de una norma se tratase, cada tarde quedaban a tomar algo después de salir de la autoescuela.

La confianza entre ellos aumentaba a cada encuentro. Ella seguía utilizando mucho el juego de la provocación y, aunque en un principio él no sabía muy bien cómo reaccionar ante ciertas indirectas, poco a poco le fue entrando al

juego, creando en ciertos momentos situaciones un tanto peculiares.

Capítulo 3

¡Por fin es viernes!, pensó Arturo para sí mismo cuando se despertó al oír el toque de diana. Se había pasado toda la semana actuando con la más absoluta meticulosidad, para evitar que le metiesen un arresto y le echasen por tierra la cita que tenía prevista esa tarde con Alicia.

Aún no le había comentado nada a Chino, ni tenía intención de comentárselo hasta el último momento, como si el simple hecho de hacerlo le fuese a traer un mal fario.

Pasó la mañana sin apenas poder concentrarse en sus quehaceres. Por su cabeza pasaron un sinfín de pensamientos provocados por el morbo que le daba semejante situación. Nunca le había pasado nada igual con una chica, claro que en este caso no era precisamente una chica, sino una mujer, y no una cualquiera, una mujer adulta, con un carácter muy abierto y con mucho recorrido en la vida debido a su edad.

Cierto es que, en otros momentos, la prudencia se adueñaba de él, temía estar haciéndose demasiadas pajas mentales y que luego la cena resultase ser de lo más inocente. De cualquier manera, el hecho de irse a picar algo con ella le compensaba con diferencia ante cualquier otra cosa que fuese a llevar a cabo, en el cuartel o fuera de él.

Arturo se encontraba comiendo, cuando Chino llegó con su bandeja y se sentó frente a él.

—¿Qué tal si cuando salgas de la autoescuela nos quedamos por Alcorcón a tomarnos unos cubatas?

—No puedo, tengo planes.

Al oír esas palabras, Chino se quedó con la cuchara llena de comida a escasos dos dedos de su boca, con una expresión un tanto sorprendente.

—¿Cómo que tienes planes? —le preguntó al tiempo que devolvía la cuchara con todo su contenido al plato.

—Pues eso, que he quedado con Alicia para ir a cenar después de la autoescuela.

—¿Que has quedado con ella? ¿Pero no me habías dicho que estaba casada?

—Sí, pero su marido está trabajando fuera y no viene hasta el lunes.

—¡La madre que te parió! —exclamó Chino con una cara de incredulidad digna de ver.— ¿Eres consciente de dónde te estás metiendo? Joder, tío, que podría ser tu madre.

—No seas exagerado, sé que me saca veintitrés años, pero tampoco veo nada de malo.

—Y lo dices tan tranquilo.

—A ver, que hemos quedado para picar algo. Nada tiene de malo, ella está sola y me dijo que me invitaba, qué delito hay en ello.

—Delito ninguno si no pasa nada, pero... ¿y si pasa y acabas pillándote por ella?

—Qué coño va a pasar, hemos quedado casi todos los días que ha venido a clase y nada ha ocurrido, nos limitamos a hablar, aunque sí es cierto que en algunas ocasiones le gusta provocar, pero poco más —le explicó a la vez que recogía su bandeja—. Tienes que entender que si tengo que elegir entre ir a cenar con ella o ir a tomarme un cubata contigo..., pierdes por goleada.

A Chino no le dio tiempo a replicar. Arturo se levantó a la vez que le prodigaba una sonrisa de complicidad y le decía que se iba a preparar para salir con el grupo de pernocta de las cinco.

—Menudo pedazo de cabrón está hecho —pensó en voz alta viéndolo marchar, al tiempo que una sensación de envidia se apoderaba de él.

* * *

Cierto nerviosismo empezó a apoderarse de Arturo cuando miró el reloj y vio que habían pasado quince minutos desde el comienzo de la clase y Alicia aún no había llegado. ¿Se habría arrepentido? O podía ser que su marido se hubiera presentado ese mismo viernes de forma inesperada. Prefirió no darle más vueltas y volvió de nuevo a concentrarse en el test que estaba haciendo.

Aún tuvieron que transcurrir cinco minutos más para ver cómo Alicia se sentaba a su lado acompañada de dos enormes bolsas llenas de compra.

—Hay días que parece que lo regalan en el supermercado, creí que no

iba a salir nunca de allí.

Una sensación sumamente placentera se apoderó de Arturo al verla entrar en el aula. Juntos, sin decir más, se pusieron a hacer test hasta la hora de finalizar la clase.

Ya solo quedaban ellos cuando decidieron recoger todo para irse.

—Como se me echó el tiempo encima y no me dio tiempo a llevar la compra a casa, acompáñame, me ayudas con las bolsas y así lo dejo todo para no andar por ahí cargando con ello.

Ambos se dirigieron hacia la casa de Alicia, que no estaba muy lejos de la autoescuela.

—Pasa y deja la bolsa encima de la mesa de la cocina —le dijo ella a la vez que hacía lo mismo con la suya—. ¿Te apetece un botellín mientras guardo todo esto?

—No le dará a tu marido por adelantar el viaje y presentarse aquí de improviso.

—Puedes estar tranquilo, hable con él por teléfono antes de salir de casa y ya me estuvo contando las muchas cosas que le quedan por hacer de aquí al lunes, aunque esas cosas ya me sé de sobra cuáles son.

—Entonces acepto esa cerveza.

Mientras la tomaba, estuvo ayudándola a guardar toda la compra, y eso hizo que hubiese algunos gestos de complicidad entre ellos. La cocina se

estrechaba un poco a la altura de la mesa, de ahí que en ciertos momentos los cuerpos se rozasen cuando se cruzaban, algo que sucedió alguna vez más de las necesarias.

Una vez colocado todo en su sitio, pasaron al salón, de una amplitud considerable y con varios modelos de sofás de una, dos y tres plazas.

—Debido a las prisas por llegar a tiempo a la autoescuela, he sudado un poco, por lo que mientras te terminas la cerveza, me voy a dar una ducha rápida. Ponte cómodo en el sofá que quieras, yo no tardaré —le dijo Alicia mientras se iba desabrochando la blusa.

Arturo fue hacia el sofá de una sola plaza y se sentó en él relajando todo su cuerpo. Desde allí tenía una visión completa del salón y sobre todo de la puerta por donde había desaparecido Alicia en dirección a la ducha.

No tardó en sentir caer el agua, y eso hizo que su mente se disparara como si de un cohete se tratase. Sin hacer nada por evitarlo, empezó a imaginarla bajo el chorro de agua, visionó en su mente ese cuerpo que en tantas ocasiones había imaginado carente de ropa. La pena es que todo quedaba en eso, en pura imaginación. Empezó a sentir cierta excitación, aunque sin llegar a tener una erección. Era muy difícil estar ahí sentado sabiendo que ella estaba desnuda a escasos metros, mientras se duchaba. Un calor un tanto raro le recorría todo el cuerpo. Tenía que anular ese pensamiento con la máxima urgencia, o ella lo pillaría empalmado cuando entrase. El agua dejó de caer, la puerta del baño se abrió y en cuestión de segundos apareció en el salón.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo entero de Arturo al verla. Había hecho acto de presencia única y exclusivamente con un albornoz puesto.

Ahora sí que iba a ser realmente difícil evitar tener esa erección.

—No me has quitado el ojo desde que he entrado, estarás queriendo saber si llevo algo debajo del albornoz, o me equivoco.

—Cómo te gusta provocar —le dijo un tanto nervioso.

—¿No te gusta que te provoque? —le insinuó a la vez que poco a poco se iba acercando a donde estaba sentado.

—Claro que me gusta —casi tartamudeó al decir esas palabras, sin quitar ojo a los pezones que se marcaban sobre la prenda que llevaba puesta.

—¿Cuántas veces te has llegado a imaginar cómo sería lo que ahora mismo se encuentra oculto bajo este albornoz?

—Pues reconozco que alguna que otra vez.

—¿Te gustaría contrastar lo que hay con lo que tú has imaginado?

—¿Estás hablando en serio? O me estas tomando el pelo.

—Yo con estas cosas no bromeo. Me excita saber la reacción que puedas estar teniendo ante esta situación.

Arturo notó cómo se le había puesto totalmente dura y fue consciente de que ella llevaba ya un rato dándose cuenta también de ello.

—¿Me dejas comprobar el efecto que todo esto está causando en tu

cuerpo? —le dijo de forma melosa al mismo tiempo que se arrodillaba delante de él posando las manos en sus rodillas.

Los ojos de Arturo solo tuvieron un punto de visión. Al arrodillarse, el escote cedió, quedando los pechos, no al descubierto, pero sí con una perspectiva total de su tamaño frente a él.

—¿Son como tú te los imaginabas?

—¿El qué? —preguntó un tanto nervioso por el cariz que estaba tomando la situación.

—Mis pechos, qué va a ser, desde que me he arrodillado no les has quitado ojo. Como yo tampoco he perdido detalle del bulto que destaca en tu pantalón —le dijo a la vez que sus manos iban subiendo muy lentamente por sus muslos.

Una de sus manos se desvió hacia ese bulto y pasó por encima de él en un par de ocasiones, pero era evidente que esa mano buscaba algo más.

Lentamente desabrochó la bragueta, se introdujo dentro, sin dejar de mirarlo a los ojos, rebuscó hasta obtener lo que buscaba y la sacó fuera del pantalón. Al momento bajó su mirada clavándola en ella, roja, humedecida y de un tamaño que consideró sumamente apto para su disfrute. No lo dudó, la agarró desde la base y subió presionándola hasta su parte más alta, repitió el gesto una segunda vez y, nada más llegar arriba, notó cómo un líquido caliente y espeso inundaba su mano.

—Pues sí que va a ser cierto que nunca has estado con una mujer —le dijo ella al notar que se había corrido con extrema facilidad.

—Lo siento —exclamó Arturo totalmente avergonzado por la situación, sin atreverse a levantar la mirada.

—No tienes nada que sentir, cielo, es algo completamente normal.

¿Sabes una cosa? Yo te voy a enseñar, sí, voy a hacer que aprendas todo lo que un hombre tiene que saber para hacer disfrutar a una mujer. Relájate un rato y verás cómo después lo vas a hacer mucho mejor. Porque me vas a dejar que te enseñe, ¿verdad?

—Sí.

Era la contestación que esperaba. Sin más se acercó a él y lo besó apasionadamente en la boca, hizo que su lengua se juntase con la de él y notó cómo su cuerpo se estremeció con ese beso. Nunca había sentido nada igual con nadie fuera de su matrimonio. Arturo le despertaba todo tipo de instintos. Su inocencia, su inexperiencia y el ver que en todo momento ella podía llevar las riendas del juego que había empezado le despertó todo tipo de deseos, unos deseos que, cada día que había pasado con él desde que empezaron en la autoescuela, se hacían más incontrolables.

Con la mayor ternura posible, le hizo levantarse y ponerse frente a ella.

Su miembro, aunque ya había pasado del estado de erección al normal, seguía fuera de su pantalón. Con una lentitud inusitada, soltó el lazo de su albornoz,

abriéndose este ante él.

Arturo no pudo evitar recrearse ante lo que para él era un cuerpo

perfecto. Sus pechos, estilizados y erguidos, tenían el tamaño perfecto. Sus pezones, por el contrario, eran diminutos, de ahí que cuando se erizaban adquirían el tamaño ideal para ser mordisqueados. Tenía unas curvas que

parecían moldeadas por el escultor más experto, y sus muslos, simétricamente

exactos, pedían ser acariciados tanto por el exterior como por el interior de ellos. No se podía creer que su primera experiencia con una mujer fuese a ser

con alguien tan perfecto. Se consideraba un verdadero privilegiado y no

estaba dispuesto a desperdiciar tal privilegio.

—Quiero que seas tú quien me quite el albornoz, pero que lo hagas

después de haber recorrido mi cuerpo con tus manos por fuera de él y con tus

labios por dentro.

Sin pensarlo, la rodeó por la cintura, mientras sus labios aterrizaron en

su cuello. De forma instintiva empezó a recorrerlo con la lengua hasta el lóbulo de su oreja, momento en el que sintió por primera vez cómo el cuerpo

de Alicia se estremecía. Ese estremecimiento ocasionó que su miembro

volviese a pasar a un estado total de erección, al mismo tiempo que ella posaba sus manos sobre la nuca de Arturo, obligándolo a que siguiese

deleitándose con lo que estaba haciendo.

De manera muy sutil, le hizo bajar hacia sus pechos. Nada más entrar

en contacto con ellos, se introdujo uno de sus pezones en la boca,

mordisqueándolo con el máximo de los cuidados, al tiempo que con una mano acariciaba el pecho que en ese momento quedaba libre.

—No tengas miedo a seguir bajando —le susurró entre jadeos—, saborea cada parte de mi cuerpo y provócame un placer al que no me pueda resistir.

Sus palabras eran órdenes para él. Empezó a descender, pasando con su lengua por encima del ombligo.

—No vayas directamente a mi sexo, rodéalo y juega con tu lengua.

Tienes que provocar en mí una necesidad incontrolable de sentir tu boca apoyada en mi coño. Cuanto más tiempo echas en alcanzar tu objetivo, más placer me vas a producir, no tengas ninguna prisa.

La respiración de Alicia se aceleraba de forma incontrolada, siendo acompañada con ciertos gemidos que por momentos aumentaban de volumen.

Al sentir la proximidad de su lengua, sus piernas se separaron de manera espontánea. Aunque, en ese preciso instante, Arturo, de forma impulsiva, tomó por primera vez una iniciativa.

Se incorporó, la cogió por la cintura y la sentó en el mismo sofá donde ella provocó que él tuviese una de las corridas más inesperadas de su vida. Le separó las piernas y comenzó a lamer el interior del muslo comenzando desde la rodilla. Ella, dejándose caer sobre el respaldo, permitió que siguiese llevando a cabo su impulso. Arturo no tardó en alcanzar su objetivo, se lo encontró sumamente húmedo y no dudó en posar la lengua sobre él. El grito

de placer que emitió Alicia cuando se produjo ese momento le provocó una excitación mayor aún. La notaba tan dura que le dolía, pero, recordando las palabras que ella le había susurrado, decidió seguir recreándose y alargando al

máximo el deseo de alcanzar un objetivo mayor. Él le devolvió la moneda, en el mismo sitio donde se corrió a manos de ella, acababa de conseguir que, tras lamer su clítoris con suma suavidad, ella se corriese por primera vez.

De nuevo se incorporaron, Alicia observó la erección que se exhibía frente a ella y decidió ir quitando prendas para dejarla libre en toda su extensión. Poco después se encontraban desnudos el uno frente al otro.

Dedicaron unos segundos a disfrutar de la excitante visión que ambos cuerpos experimentaron, carentes de ropa. Con total complicidad, ella lo cogió de la mano y lo llevó hacia su dormitorio. Tras abrir la cama de par en par, se tumbaron sobre ella, quedando sus cuerpos el uno frente al otro.

—Lo has hecho muy bien —le dijo ella a la vez que le acariciaba el rostro—. Voy a hacer de ti un perfecto amante, te enseñaré todo a lo que se puede llegar en el sexo y, el día que conozcas a otra mujer, se quedará prendada de tus artes amatorias.

—Ni en mis mejores sueños podía pensar que me iba a pasar esto. En alguna ocasión, antes de dormirme te imaginaba en ciertos momentos, pero jamás llegué a creer que esto pudiese pasar.

—¿Ah, sí? ¿Pensabas en mí estando en tu cama?

—Más de una vez, sí.

—¿Y te has llegado a masturbar pensando en mí?

—A estas alturas es tontería ocultar las cosas, claro que me masturbé

pensando en ti.

—Todo eso era solo imaginación, ahora es una total realidad. ¿Te gustaría entrar dentro de mí? Penetrarme hasta lo más profundo.

Sus palabras crearon un deseo incontrolable en Arturo, algo de lo que ella se dio cuenta, tomando la iniciativa antes de que él hiciese nada.

De un solo movimiento, se colocó sentada sobre sus rodillas. El primer beso fue directo a su boca, un segundo recaló sobre su pecho, el siguiente sobre su ombligo y remató pasando la lengua sobre un miembro que se encontraba en plena erección. Lo miró de soslayo antes de introducirlo en su boca. Arturo no pudo evitar que en ese momento se contrajeran todos los músculos de su cuerpo. Un temblor le recorrió el cuerpo de arriba abajo en cuestión de segundos. Notaba cómo la boca de Alicia subía y bajaba sobre su polla, sintiendo un deseo que jamás había experimentado. El placer era tan intenso que le costaba mantener los ojos abiertos, algo que le hubiese encantado para poder ver cómo ella se recreaba con su miembro. Una situación que no duró mucho, lo suficiente para pasar a una fase superior. Con delicadeza le cogió la polla con la mano y, tras incorporarse un poco, la colocó en la entrada de su sexo para posteriormente dejarse caer sobre ella. Estaba tan mojada que entró íntegramente sin el más mínimo esfuerzo. Se quedó quieta, notando toda su dureza en su interior, al mismo tiempo que miraba fijamente a los ojos de Arturo.

—Siente cómo estás dentro de mí —le dijo a la vez que empezaban sus caderas a realizar un leve movimiento.

Ella agarró sus manos y las depositó sobre sus pechos.

—Intenta acompasar el movimiento que yo voy creando dentro de mí con tus caricias sobre mis pechos.

Arturo disfrutaba viendo el cuerpo de Alicia moviéndose suavemente sobre él. Unas veces se movía de arriba abajo y en otras cambiaba el movimiento girando sobre él, siempre y en todo momento sin sacarla ni un milímetro de dentro de ella. El placer iba siendo directamente proporcional a la intensidad que iban adquiriendo los movimientos de ella. Los gemidos por parte de los dos se iban apoderando del silencio que hasta ese momento reinaba en la habitación. Arturo dejó de acariciar sus pechos para apoyar las manos sobre las caderas de ella y forzarla a que el movimiento acompasado fuese adquiriendo más y más intensidad.

—¿Vas a esperar a que yo me corra? Quiero que lo hagamos al mismo tiempo —decía de forma cada vez más entrecortada debido al placer que estaba sintiendo—. Quiero que desemboquemos en una explosión de placer —gritaba a la vez que aumentaba el movimiento sobre Arturo.

En ese momento dejó los movimientos en redondo para pasar a alzarse y caer una y otra vez sobre su miembro. Cada vez entraba y salía con más velocidad dentro de ella, las palabras dejaron de ser tales para convertirse única y exclusivamente en gritos de placer.

—¡Me voy a correr! —exclamó ella con énfasis—. Quiero que te dejes llevar y te corras al mismo tiempo que yo.

No necesitó insistirle mucho. Cuando Arturo sintió cómo Alicia se corría de forma espasmódica, él no pudo evitar hacer lo mismo. Los dos se vieron envueltos en una oleada de placer que los dejó inertes sobre la cama. En ese momento a la mente de Arturo vino el recuerdo de unas palabras que Chino le había mencionado en el comedor esa misma mañana. *Qué pasa si acabas pillándote por ella.*

Capítulo 4

La camioneta frenó en la parada correspondiente a la entrada de la base. Arturo miró su reloj, marcaba las cinco y media de la tarde del domingo. No pudo evitar reflexionar sobre todo lo acontecido y siempre llegaba a la misma conclusión: había sido el fin de semana más increíble de toda su vida. Lentamente se dirigió hacia la entrada de la base. Cuando se lo contase a Chino iba a flipar, aunque tenía serias dudas de que se lo fuese a creer, ya que había momentos en los que ni él mismo se lo creía. Al entrar en el escuadrón lo primero que hizo fue preguntar por su amigo.

—¿Habéis visto a Chino? —les dijo a los dos que se encontraban haciendo las funciones de cabo de puertas.

—Está en el gimnasio. Lleva todo el fin de semana revolucionado contigo, que si te ha tenido que pasar algo, que si te han secuestrado, ya sabes cómo es él.

En lo del secuestro no va muy desencaminado, pensó Arturo para sí mismo, al tiempo que se le dibujaba una sonrisa en la boca. Ya quisieran todos los secuestrados tener el secuestro que he tenido yo durante el fin de semana.

Mientras esperaba a que su amigo volviese de quemar calorías, se dispuso a cambiarse de ropa y prepararla para la lavandería. El uniforme, que se quitó el viernes y no se volvió a poner hasta el domingo antes de salir para el cuartel, guardaba ciertos restos orgánicos que lógicamente había que limpiar. De haber tenido la más mínima idea del fin de semana que le esperaba, hubiese salido con ropa de paisano en el petate para cambiarse posteriormente en cualquier sitio.

Transcurrió casi una hora antes de que Arturo empezase a oír las voces de Chino entrando en el escuadrón, después de que le dijese que ya había llegado.

—¡Menudo pedazo de hijo de puta que estás hecho! —le gritó cuando aún no había alcanzado a verlo—. ¿Dónde coño has estado todo el puto fin de semana? Joder, que me tenías totalmente preocupado.

Arturo se limitó a dibujar en su cara una sonrisa pícaro de plena satisfacción. En ciertas ocasiones, y como bien dice el refrán, una sola imagen vale más que mil palabras.

—¿No me digas que te has pasado todo el fin de semana con la tía de la autoescuela?

La sonrisa se amplificó aún más en la cara de Arturo.

—¿Me estás tomando el pelo? O es la mejor excusa que se te ha podido ocurrir para justificar el no haber dado señales de vida en todos estos días.

—¿De verdad crees que debo justificarme? Entiendo que dudes de que sea cierto, hay momentos en los que hasta yo dudo de lo que ha pasado, pero el caso es que ha pasado, Chino, ha pasado.

—¿Y qué es lo que ha pasado? Déjate de tanta palabrería misteriosa y cuenta de una puta vez qué es lo que ha ocurrido.

—Pues que me pasé todo el fin de semana sin salir de su casa.

—¡No me jodas! —exclamó a la vez que en su cara se reflejaba una expresión de no dar crédito a lo que acababa de oír—. Pero... ¿pasó algo?

—¿Que si pasó algo? Más bien tendrías que preguntar por lo que no pasó.

Chino se dejó caer sobre su litera como en estado de shock, no daba crédito a lo que estaba oyendo en boca de su amigo. Esas cosas, creía que solo pasaban en historias que salían en las revistas eróticas.

Arturo se sentó a su lado y lo puso al día de cómo había sucedido todo, o casi todo, lógicamente se saltó el momento en que, nada más tocarlo ella, se corrió. A ese hecho no le dio importancia.

—Y eso no es todo, cuando me estaba despidiendo de ella e iba a salir

por la puerta, cogió su cartera y sacó un billete de cinco mil pesetas que me entregó diciéndome que para mis gastos de la semana.

—Yo de mayor quiero ser como tú —dijo a la vez que lo miraba con una cara de envidia que no podía con ella—. Esas cosas solo pasan en las películas, no me puedo creer que te estén pasando a ti. ¿Qué va a pasar a partir de ahora?

—Pues sinceramente, no lo sé. Esta semana está aquí su marido y, si hace como en la anterior ocasión, no irá a clase, por lo tanto, hasta que no vuelva a verme con ella, no sabré si esto fue un hecho pasajero o si, por el contrario, va a tener alguna continuidad. De cualquier manera, pase lo que pase, que me quiten lo bailado. Jamás volveré a tener una experiencia como esta, es decir, si solo ha sido este fin de semana, nadie me va a poder quitar lo que he vivido.

—En eso tienes razón, joder, y qué envidia me das. Si es que hasta casi me empalmo yo al oírte contar lo que te pasó.

Todo transcurrió como Arturo se esperaba. El lunes Alicia no asistió a clase, algo que, aunque estaba convencido de que así iba a ser, le hacía sentirse mal al pensar que en ese momento estaba con su marido. No era capaz de centrarse mucho en los test y eso hizo que cometiese más fallos de la cuenta, algo que le costó una reprimenda por parte del profesor de la autoescuela al ver que había empeorado en los resultados. Por su mente pasaban ráfagas de los momentos tan excitantes que vivió en sus propias carnes con Alicia y, aunque buscaba disipar esos pensamientos con cualquier otra cosa, era inevitable que estos volvieran una y otra vez a su mente. Cada

minuto que pasaba le costaba más pensar que no la volvería a ver hasta dentro de una semana justa.

De nuevo en el cuartel, le venía bien charlar con su amigo, aunque no era la persona más idónea para tratar este tipo de temas. Él no dejaba de repetirle siempre lo mismo: «No te pilles tío, no te pilles».

El martes iba con tanta desgana a la autoescuela que hasta llegó tarde.

Su intención era hacer un solo test y volverse para la base. Pero cuál fue su sorpresa cuando, al abrir la puerta del aula, vio a Alicia sentada en el mismo sitio de siempre.

—Qué raro para ti, con lo puntual que eres siempre, que hayas llegado tarde.

—Es que no contaba contigo.

—¿Y ese es el motivo de tu retraso?

—Bueno, digamos que no venía con muchas ganas.

—Todo lo contrario a mí, yo sí que estaba deseosa de llegar a clase para verte.

Esas palabras reactivaron el cuerpo de Arturo como si hubiera recibido una sobredosis de adrenalina.

—¿Y tu marido?

—Está en una reunión de trabajo, y como hasta las ocho más o menos no saldrá, aproveché y le dije que vendría a hacer unos test —le dijo al mismo

tiempo que de forma disimulada posaba la mano sobre su muslo.

La reacción de Arturo al sentirla fue instantánea. Miró hacia todos los allí presentes y, al ver que cada uno estaba a lo suyo, se relajó.

—Casi que con toda seguridad hasta el lunes no nos podamos volver a ver, por eso hice todo lo posible por estar hoy aquí y ver qué tal te encontrabas después del fin de semana que hemos tenido.

—Pues deseando repetirlo —respondió con total firmeza.

—Muy bien, cariño, eso es lo que esperaba oír de ti.

—Ya que solo nos vamos a ver hoy, qué tal si pasamos de los test y nos vamos a tomar algo hasta la hora de que te vayas —le propuso Arturo.

—No sería lo más prudente. Tú, que eres militar, habrás oído el dicho de que las armas las carga el diablo. Puede ser que la reunión acabe antes de lo previsto y le dé por pasar por aquí a buscarme, imagínate si no me ve aquí y de casualidad me ve tomando algo contigo.

—Tienes razón, no había pensado en eso.

—Tú y yo hemos entrado en un juego en el que la prudencia es la regla básica para que el juego se ejecute correctamente.

—¿Es que esto es un juego para ti?

—Lo sea o no, como tal hay que tomárselo. Es la única forma de disfrutar los dos de ello.

Arturo reflexionó ante las palabras que acababa de oír y no le costó

mucho llegar a la conclusión de que estaba totalmente en lo cierto.

—Antes de que pasase lo que ha pasado entre nosotros, me importaba un bledo lo que hicieras con tu marido. Ahora, sin embargo, pensar que estás con él e imaginar todo lo que podéis llegar a hacer me resquema un poco.

—Ahora, eso que sientes forma parte de las normas del juego y, como tal, no queda otra que cumplirlas. De no ser así, el juego no se podrá llevar a cabo.

Arturo se quedó mirando fijamente para ella. Se podría decir más alto, pero no más claro. Y volviendo de nuevo al refranero, a buen entendedor, sobran palabras.

—Hoy no traes el escote tan sugerente de otras veces.

—Claro, cielo, me gusta provocarte, sobre todo cuando se puede sacar un beneficio a esa provocación, pero no soy tan mala como para hacerte pasar por una situación que sé de sobra el efecto que te va a crear, cuando hasta el lunes de la semana que viene no nos vamos a poder ver... Y aún estamos a martes.

—Pues qué quieres que te diga, pero después de este fin de semana ya no necesito el escote para que me provoques, vivo en una total provocación con solo recordar todos y cada uno de los momentos que viví contigo esos días.

—¡Huy! Qué bien suena eso. ¿Quiere decir que en algún momento de

esta semana te masturbarás recordando algunos de esos momentos excitantes que compartimos juntos?

—¿En algún momento? Eso si no es todos los días.

Una sonora carcajada por parte de ella hizo que los allí presentes alzasen la cabeza contrariados por la ruptura del silencio que necesitaban para concentrarse en los test que estaban realizando.

—Pues yo te prometo que una noche voy a pasar totalmente de mi marido y buscaré el momento y el lugar adecuado para masturbarme pensando en ti.

Tal promesa hizo que Arturo se revolviese en la silla debido a la incomodidad que la excitación creada por dichas palabras le estaba produciendo.

Alicia se hizo eco de ello y, después de mirar a su alrededor y ver que cada uno estaba a lo suyo, con el máximo disimulo pasó la mano por encima de su pantalón con el fin de asegurarse de que no estaba equivocada y que la excitación era real.

—Vamos a hacer una cosa —le susurró ella—. Voy a recogerlo todo y salir. Espera unos minutos y haz tú lo mismo. Sígueme, manteniendo cierta distancia, hasta el portal de mi casa, y después de que haya entrado yo, lo haces tú. No voy a dar la luz de la escalera y tú tampoco, subes a oscuras hasta el descansillo de mi puerta, donde te estaré esperando.

Arturo no tuvo opción a poder alegar ni la más mínima palabra, le pilló tan de sorpresa que, cuando se quiso dar cuenta, ella ya se había levantado y se dirigía a la puerta. Sin perder un segundo, hizo lo que ella le había dicho.

Vivía en un edificio de cinco pisos, uno solo por planta, por lo que en cada planta únicamente había una puerta. El portal carecía de micros, algo que hacía que la puerta de dicho portal estuviese siempre abierta. Sin encender la luz, subió hasta el tercero y nada más llegar, aunque la visión era un tanto escasa, la vio apoyada sobre la barandilla.

Sin decir una sola palabra, ella lo cogió con sus manos por la nuca y atrajo sus labios a los suyos, que los esperaban entreabiertos y deseosos de recibir su humedad. Sus lenguas no tardaron en buscarse, se besaron con pasión, con deseo, al mismo tiempo que las manos de Arturo recorrían toda su espalda y se recreaban en su perfecto trasero.

Solo cuando se dieron un leve respiro...

—¿Y si viene alguien?

—No te preocupes, de los cinco pisos, solo viven en el primero, yo en el tercero y un matrimonio mayor en el quinto. En cualquier caso, ya sea que suban o que bajen, tienen que encender la luz de la escalera, momento en que yo, que ya dejé la puerta entreabierta, entraré en casa, y tú baja con toda normalidad, como si vinieses de visitar a los vecinos del quinto.

El morbo con el que ambos estaban disfrutando de esta situación hizo que alcanzasen un nivel de excitación muy elevado, aunque los dos eran

conscientes de que de ese momento no podrían pasar.

Arturo desabrochó dos botones de la camisa de Alicia para facilitar que su mano se colase dentro, apartase el sujetador y permitiese que uno de sus pechos quedase al descubierto, momento que aprovechó para bajar su boca y hacer que el pezón totalmente erecto entrase dentro para lamerlo con exquisita suavidad.

Los dos tuvieron que hacer un enorme esfuerzo para contener sus gemidos, sobre todo Arturo, cuando notó cómo la mano de Alicia le bajaba la bragueta y se introducía dentro en busca de su polla.

—¿Me dejas que te la meta un poquito nada más? Solo entrar y salir.

—¡Ufff! —resopló ella—. No hay nada que en este momento deseé más, pero cariño, aquí es muy arriesgado, llevo pantalón y no nos daría tiempo en caso de que se presentase alguien.

Las caricias siguieron solo unos minutos más, ya que un extraño ruido que se produjo en el portal los frenó de repente. Al final fue una falsa alarma, pero suficiente para cortarles el rollo definitivamente.

—Me tengo que ir ya —le dijo tras separar sus labios de los de ella.

—Verás qué pronto se pasa la semana, cariño.

Se despidieron con un nuevo beso. De no haber sido por el ruido que oyeron, el estado en el que se encontraba Arturo le habría impedido poder salir a la calle hasta pasado un tiempo prudencial, pero el susto que se llevaron le bajó el empalme en el acto.

Cuando salió del portal, una fresca brisa le sacudió la cara, algo que le vino muy bien para hacer que la temperatura de su cuerpo volviese a su estado normal. Se sentía genial, no esperaba verla hoy y todo esto le vino como si de un bálsamo se tratase.

Capítulo 5

En un pequeño petate, Arturo metió un jersey de cuello alto y un pantalón vaquero. Lo mismo hizo Chino con su ropa, a la vez que otros dos compañeros más. Los cuatro se iban a pasar la noche del sábado a una discoteca llamada Consulado en la zona de Atocha. Estaba bastante de moda y venía mucha gente de fuera de Madrid. Como ciertas discotecas eran frecuentadas por militares procedentes de los muchos cuarteles que se extienden por toda la capital, en ellas, los propietarios, sabedores de que son gente que consume generosamente, habían habilitado cuartos con taquillas para que se pudiesen cambiar de ropa, dejar el uniforme y salir a divertirse vestidos de paisano.

No había duda de que le iba a venir a las mil maravillas distraerse con sus amigos, ya que en toda la semana fue incapaz de quitarse a Alicia de la cabeza. Se le estaba haciendo interminable el paso del tiempo y no veía la hora de que llegara el lunes.

Los cuatro cogieron la camioneta hasta el barrio de Campamento y de allí el metro hasta Atocha. Como iban con tiempo más que de sobra, la intención era tomarse algo y cenar unas tapas en algún bar, para sobre las diez de la noche dirigirse a la discoteca.

Tras sacar la entrada, pidieron en el guardarropa una llave para la taquilla y una vez cambiados de ropa se fueron directamente a la pista. En ese momento sonaban los Modern Talking y, aunque todavía no estaba muy frecuentada, se animaron a bailar.

Chino se encontraba en su salsa, se movía muy bien dentro de la pista de baile, de ahí que siempre tuviese a alguna tía bailando a su alrededor. Su cuerpo se movía con un estilo sobresaliente, y eso incitaba a que mucha gente, en su mayoría del sexo femenino, intentase imitarlo.

La noche iba transcurriendo en un buen ambiente. Alguna que otra ráfaga iluminaba la mente de Arturo con algún recuerdo de Alicia, aunque en ningún caso hubo nada que le impidiese estar pasándoselo genial.

Llegó un momento en que en la pista ya no se cabía. El ambiente era idóneo y esa noche precisamente, como podían apreciar los cuatro amigos, había muchas más tías de lo habitual.

Carlos y Jorge, como así se llamaban los dos compañeros que se sumaron a la noche de disco, junto con Arturo, dejaron a Chino en la pista y se fueron en dirección a la barra en busca de una consumición.

—¡Qué tío! Es incansable, parece que le dan cuerda —comentó Jorge.

—Si yo bailase como baila él, te aseguro que no saldría de allí. ¿Os

habéis dado cuenta de cómo lo miraban las tías y cómo se arrimaban para imitar algunos de sus movimientos? No me extraña que siempre ligue. Dentro

de una discoteca tiene la mejor arma que se puede tener para conquistar a una piba.

Una vez adquirida la consumición, se dieron una vuelta por la sala en espera de que se produjese el primer pase de música lenta. Cuando por fin llegó el momento, el local se transformó: las luces se redujeron a la mitad, siendo estas más tenues, y la música pasó del pop a las baladas. En ese instante Arturo se quedó solo. Él no quiso sacar a nadie a bailar, a Chino lo

más probable es que se le hubiese colgado alguna de las que bailaban a su alrededor, y Carlos y Jorge salieron disparados hacia la pista con bastante éxito: en cuestión de segundos ya estaban bailando los dos con sendas chicas.

Lo lento solía durar una media hora aproximadamente, algo escaso para la mayoría, aunque suficiente para poder entrarle a una tía y pasar el resto de la velada bailando o hablando con ella. Fue el peor momento de la noche para Arturo. Oír ciertas canciones lo transportó a la habitación de Alicia, donde de nuevo la recordó sobre él, moviéndose con exquisita sensualidad, haciéndole sentir un placer que recordaría el resto de su vida. El añorar los gemidos que emitió en el mismo instante en que se corría dejaba en segundo plano la música que en ese momento sonaba en la discoteca. Una y mil veces

reprodujo su cuerpo desnudo, era una imagen mágica para él. Se decía constantemente que era el cuerpo más perfecto que había visto jamás, claro que tampoco podía presumir de haber visto muchos. Se encontraba totalmente abstraído en sus pensamientos cuando, de repente, las luces se volvieron a hacer intensas y brillantes, y la música aumentó de nuevo sus decibelios.

El primero en llegar a donde estaba Arturo, que no se había movido del sitio en todo ese tiempo, fue Jorge. Carlos aún seguía, aunque ya fuera de la

pista, hablando animadamente con la chica con la que había bailado.

—¿Cómo es que no has salido a bailar?

—Anduve ojeando un poco y no vi a ninguna que me llamase la atención —mintió Arturo—. ¿Qué tal te fue a ti?

—Nada. Al principio prometía, se la veía animada, pero en cuanto acabó la música me dijo que se tenía que ir, que sus amigas la esperaban.

—Carlos parece haber tenido más suerte, míralos qué conversación más animada tienen.

—Por cierto, ¿dónde está Chino? Qué raro que no esté exhibiéndose en la pista.

—¡Anda! Pues es verdad —exclamó Arturo, reconociendo que era algo totalmente inusual. Lo propio era verlo, desde que entraba hasta que salía, bailando sin parar.

No tardaron mucho en saber el motivo.

—Joder, tíos, por fin os encuentro —dijo con voz jadeante Chino cuando se topó con ellos—. Tenéis que venir conmigo, he conocido a unas tías que están de lujo, llevo un rato hablando con ellas y, cuando les dije que

había venido con unos amigos del cuartel, me pidieron que viniera a por vosotros para presentaros.

Ambos se miraron al unísono ante lo que les estaba comentando su

amigo. Ya no se conformaba con ir conociendo a una, sino que ahora se lanzaba a por el grupo entero.

—Vamos, venid conmigo, que me están esperando en una mesa que habían reservado. Vienen de Cuenca, concretamente de Mota del Cuervo, y están celebrando el cumpleaños de una de ellas.

No dudaron más, Arturo y Jorge siguieron a Chino hacia una mesa en una zona preparada para celebraciones de fiestas, cumpleaños o cualquier otro evento. Cuando llegaron, reconocieron a una de las chicas por ser la que estuvo bailando todo el lento con él. Rápidamente presentó a sus amigos a las tres chicas.

Raquel, Yoli y Eva eran las componentes del grupo. Tras saludarse y darse los besos de rigor, felicitaron a Eva después de saber que era ella quien cumplía los años. Chino no había exagerado lo más mínimo, estaban a cada cual mejor de las tres y lo más interesante es que ninguna tenía novio.

Jorge seguía sin aparecer, y los motivos eran de sobra justificados: una de las veces que Carlos fue al baño, lo vio en un reservado besándose con la chica con la que había estado bailando.

En un momento determinado en el que la bebida ya escaseaba, Chino propuso invitar a una botella de champán para celebrar el haberse conocido, no sin antes asegurarse de que sus dos amigos le iban a ayudar a pagarla.

—Brindemos por que nos volvamos a ver —gritó Carlos alzando su copa.

Todos hicieron lo mismo y de un solo trago hicieron desaparecer el

contenido de sus copas.

—Pues ahora os toca a vosotros devolver la visita —comentó Raquel al mismo tiempo que mandaba una mirada de complicidad a Chino—. En Mota del Cuervo también tenemos una bonita discoteca.

—Eso está hecho —contestó Carlos sin consultar con sus amigos. Él ya le había echado el ojo a Eva y quería tener opciones a pasar algo más de tiempo con ella.

—Podéis venir todo el fin de semana y así conocéis el entorno, os enseñamos los molinos, que es una zona muy turística, y ya de noche para la discoteca.

—Pero va a tener que ser dentro de quince días —se apresuró a decir Arturo antes de que sus amigos quedasen para el siguiente viernes o sábado.

—Es que este fin de semana que viene tiene un compromiso ineludible

—les explicó Chino dándose perfecta cuenta del motivo por el que su amigo se había apresurado a concretar el día de la quedada.

—Bueno, para dentro de quince días está bien, vamos a pasar un fin de semana muy chulo, ya veréis.

Habían estado tanto tiempo en la zona reservada charlando y bebiendo, que no se habían percatado del paso del tiempo. De ahí que los pillase por sorpresa el segundo pase de lento. Chino se fue con Raquel, Carlos tardó escasos segundos en sacar a bailar a Eva y Arturo vio totalmente lógico hacer

lo mismo con Yoli.

Según bailaba con ella, Arturo no pudo evitar imaginarse que era con

Alicia con quien lo hacía, motivo por el que en alguna ocasión y de forma inconsciente sus manos acariciaban la espalda de Yoli, e incluso llegaron más abajo, como si estuviese acariciando a la persona en la que estaba pensando.

Ella se percató, pero lo hacía con tanta delicadeza y ternura que hasta le estaba gustando, por lo que no hizo ningún comentario al respecto y dejó que continuase.

Media hora después, volvió de nuevo la música discotequera.

—Veo que además de bailar bien sabes cómo acariciar a una mujer —

le comentó Yoli mientras regresaban a la mesa.

—¿Que sé el qué? —se quedó un tanto desconcertado por el comentario.

—No hace falta que disimules, si me hubiese disgustado, no hubiese tardado en decirte que tuvieses las manos quietas.

En ese momento se dio cuenta de a qué se refería el comentario y no

pudo evitar ruborizarse al pensar que se podía haber excedido con las caricias.

Cuando estaban a punto de cumplirse las seis de la madrugada, el

pinchadiscos anunció el cierre de la discoteca. Los chicos quedaron con ellas

en la puerta mientras iban a por la ropa a las taquillas para cambiarse de nuevo de ropa. Jorge hacía rato que los había avisado de que se iba con la

chica que había conocido, por lo tanto, quedaron en verse ya en el cuartel.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Chino agarrando a Raquel por la cintura, como esperando que esta le propusiese algo realmente interesante.

—Pues solo hay dos opciones —contestó ella—. O seguimos la noche o nosotras nos vamos para el hotel.

—La segunda opción me parece la más razonable, nos vamos para el hotel.

—Solas, encanto, solas —le dijo a Chino, viendo que se animaba muy rápido.

—Pues entonces propongo ir a una cafetería y desayunar un chocolate con churros. Nosotros hasta las ocho de la mañana no podemos entrar en la base.

Todos aceptaron la propuesta. Desayunaron copiosamente, se intercambiaron algún teléfono de contacto para programar la quedada en el pueblo de ellas en quince días y pusieron fin a un sábado que resultó ser de lo más gratificante.

Capítulo 6

Cuando Arturo se vio traspasando la puerta del cuartel, respiró tranquilo. Esa misma mañana estuvo a punto de que le cayese un arresto cuando iba en formación, se puede decir que se libró por los pelos y al final solo arrestaron al que iba delante de él.

Según se iba aproximando a la autoescuela, divisó a Alicia apostada junto a la puerta de entrada. Estaba deslumbrante, como era habitual en ella. Le encantaba el gusto tan exquisito que tenía para vestir; todo, lo conjuntase como lo conjuntase, le quedaba bien.

—Veo que has llegado pronto —le dijo Arturo a la vez que le regalaba una sonrisa.

—Quise llegar antes que tú, para proponerte que hoy pasemos de ir a clase.

—Me parece bien, ¿y qué propones?

—Una amiga del gimnasio me habló de un pub para parejas, muy discreto, que abre todos los días a partir de las seis de la tarde. Podemos ir hasta allí a tomar algo.

Aunque Arturo hubiese preferido que ella le hubiese propuesto otra cosa más íntima, relacionado con su casa, tampoco le disgustó la idea.

Cuando entraron en el pub, entendieron lo de discreto. A la entrada estaba la barra y a continuación era todo un enorme reservado donde apenas había luz, costaba trabajo distinguir incluso a quien estaba sentado a tu lado. La consumición había que pedirla en la barra, lógico, con tan poca luz, a ver qué camarero se paseaba con una bandeja por el reservado. Tras pagar, cogieron su copa y fueron en busca de un sitio dentro del local. Una vez que encontraron una mesa con su respectivo sofá, ya que había mucha más gente

de la que ellos se habían podido imaginar, se sentaron cómodamente.

—¿Me has echado mucho de menos? —le preguntó ella mientras se quitaba el chaquetón.

—Digamos más bien que estaba deseando verte.

—¿Y eso no es lo mismo?

—Todo depende de cómo se mire.

—Mira cómo he venido hoy para ti —dijo a la vez que le cogía la mano y se la llevaba a su escote.

Arturo no se había percatado, normal, el trayecto lo hizo con el chaquetón abrochado casi hasta arriba y ahora cuando se lo quitó la escasez de luz le impidió ver que no llevaba sujetador, que sus pechos estaban libres para que él pudiese acariciarlos en algún momento concreto.

No dudó en acariciar uno de ellos con su mano, a la vez que, sin pensarlo, se fue en busca de sus labios. Notó cómo el pezón se le ponía cada vez más duro, al mismo tiempo que su miembro.

—Acabamos de llegar, si seguimos así, nos vamos a poner como motos —le dijo ella un tanto excitada.

—Pues ya me contarás cómo lo evitamos, mira adónde me has traído, un lugar de lo más morboso, encima vienes sin sujetador y como yo no me había dado cuenta, dadas las circunstancias, me lo haces saber. Como para no ponernos como motos.

—¿Sabes que cumplí mi promesa?

—¿Tu promesa? —preguntó extrañado al no recordar a qué promesa se refería.

—El sábado de noche, dejé que mi marido bebiese más de la cuenta, eso hizo que se acostase mucho antes de lo previsto. Llené la bañera, la rocié con una buena dosis de sales minerales, eché el pestillo y me metí a disfrutar del baño. Empecé a recordar todos y cada uno de los momentos vividos durante el fin de semana, te imaginé en tu cama, acariciándotela bajo las sábanas, y mientras te imaginaba empecé a acariciarme, con una mano me masajeaba los pechos, los pezones, al mismo tiempo que con la otra me acariciaba el coño, con el dedo rozaba una y otra vez el clítoris, para después hacer que ese mismo dedo entrase dentro de mí. Fue muy intenso, me corrí en dos ocasiones.

—Qué facilidad tienes para hacer que pierda el control de todo.

—Pues como hace un buen amante, debes aprender a controlarte. El placer ha de proporcionarse de todas las maneras posibles, si consigues crear ese placer sin que haya contacto, imagínate lo que puedes llegar a conseguir cuando ese contacto se produzca. Tú y yo empezamos a hacer el amor desde el momento en que sabemos que nos vamos a ver, a partir de ahí, todo es un preámbulo, que en el mejor de los casos finaliza consumando y en otras ocasiones no es necesario llegar a la consumación. ¿Sabes que yo podría

llegar a correrme sin tocarme ni que me toquen?

—Eso en un hombre es imposible.

—¿Tú crees?

—En alguna revista he leído que una mujer, solo con apretar los mulos, hace que la vagina se contraiga y puede llegar a correrse, pero en un hombre, si no la acaricias, no hay tu tía.

—No estoy muy de acuerdo con eso, pero, en fin, hay otras cosas más importantes que me gustaría que fueses conociendo.

—¿Como qué?

—Todo a su tiempo, cariño, todo a su tiempo.

—¿Por qué yo?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué me has elegido a mí?

—No, cariño, yo no he elegido a nadie, cuando me senté por primera vez a tu lado para preguntarte por una respuesta del test que estaba haciendo, ni por lo más remoto hubiese podido imaginar que esto acabase así. Fue todo un cúmulo de situaciones y de sensaciones, nunca mejor dicho. Desde los primeros días, y sin saber por qué, despertaste en mí algo que casi me atrevería a decir que nunca sentí. No lo sé, quizá tu inocencia, el morbo por la diferencia de edad, el verte de uniforme, el notar tu mirada en multitud de ocasiones sobre mi escote, yo creo que fue un poquito de todo lo que hizo que

me sintiera muy atraída hacia ti. Pero ni yo te elegí a ti ni tú me has elegido a mí. El destino en algunas ocasiones es así de caprichoso.

Animados como estaban en todos los aspectos, no tardó en echárseles el tiempo encima. Alicia prefirió que no lo acompañase, para evitar levantar el menor tipo de especulaciones.

—Aquí tienes una tarjeta de mi marido, en el que consta el teléfono de casa. Es el que está subrayado, los otros dos son de las oficinas. Mientras él esté en Marbella, puedes llamarme a cualquier hora.

Tras guardar la tarjeta, buscaron una zona de la calle algo más oscura y se despidieron con un beso, que de nuevo hizo que se despertasen en los dos los peores de los instintos.

Cuando Arturo llegó, aún faltaban quince minutos para pasar lista.

—¿Qué tal la clase? Por decirlo de alguna manera —le preguntó

Chino, el cual estaba tumbado en su litera leyendo unos apuntes de química a la espera de que pasasen lista.

—No hemos ido a clase.

—Por qué será que no me sorprende lo más mínimo.

—Tampoco hicimos nada del otro mundo, nos fuimos a un lugar

discreto a tomar algo y charlar. Cambiando de tema, ¿supiste algo de las de Cuenca?

—Sí, llamé esta tarde a Raquel y estuve un rato charlando con ella.

—¿Hay algo que yo no sepa y que por ser tu amigo debería saber?

—¿A qué te refieres?

—No sé, tengo la sensación de que entre tú y Raquel hay algo, al menos por tu parte.

—Sería un cínico si te negase que me gusta, pero de momento no tengo ni idea de si eso es recíproco. Hemos quedado en que la llamaré todos los días para charlar e ir conociéndonos, o sea, que veremos en qué termina esto. Depende de cómo vaya la semana, a lo mejor me voy el sábado hasta su pueblo a verla.

—¿Vas tú solo o Carlos se anima también? Como lo he visto bastante interesado por Eva...

—En un principio no le voy a comentar nada, y dependiendo de lo que hable con Raquel a lo largo de esta semana, iré solo o le preguntaré si se quiere venir conmigo. Porque contigo no cuento, ¿verdad?

—No hemos hablado del fin de semana, pero yo espero poder repetir algo parecido al de hace quince días.

En ese momento avisaron para pasar lista y Arturo cogió del cajón de su taquilla seis monedas de veinticinco pesetas con la intención de, nada más pasar lista, irse a la cabina de la esquina a llamar a Alicia.

Nada más romper filas salió corriendo. Lo normal es que no hubiese nadie llamando, solían hacerlo antes de pasar lista. Así fue, la cabina estaba

vacía. Metió dos monedas, marcó el número que se encontraba subrayado en la tarjeta y el teléfono empezó a sonar.

—¿Diga? —se oyó la voz tímida de Alicia.

—¡Hola!

—¿Arturo? ¿Eres tú?

—Sí, buena la hiciste dándome tu número de teléfono.

Una sonora carcajada se oyó al otro lado.

—Con esa intención te la di. No te imaginas cómo me alegro de que me hayas llamado.

—¿Qué hacías?

—Pues tumbada en el sofá, con el pijama puesto, viendo la televisión.

—Quién fuese pijama en este momento.

—Pues si fueses pijama estarías rozándote con mi cuerpo desnudo, porque debajo del pijama no hay absolutamente nada.

—Tu cuerpo desnudo lo tengo insertado a fuego en mi cabeza desde el primer día que lo vi.

—¿Vas a querer seguir viéndolo?

—Y acariciándolo.

—Como hago yo ahora mismo.

—¿Te estás acariciando? —preguntó Arturo al tiempo que miraba para

todos los lados, asegurándose de que no había nadie que pudiera oírlo.

—Acabo de meter la mano por debajo de la camisa y me estoy acariciando muy suavemente uno de mis pechos.

—¡Madre mía!

—¿Quieres que siga?

—¿Tú quieres seguir?

—Yo voy a seguir de cualquiera de las maneras, si no es ahora, será cuando cuelgues, pero jamás empiezo algo que después no pueda terminar.

—¡Uf! Tienes un don para hacer que me ponga a mil.

—No te imaginas cómo se me ha puesto el pezón, imagino que mis uñas son tus dientes y lo pellizco para imaginarme que me lo estás mordisqueando.

—Lo que me encantaría tenerlo dentro de mi boca.

—Ahora mi mano desciende, en breve se va a meter dentro del pantalón.

Un leve gemido salió de la boca de Alicia, algo que puso a Arturo mucho más inquieto de lo que ya estaba.

—No te imaginas lo mojado que lo tengo.

—¡Dios! Alicia, no veas cómo estoy y lo peor es que me voy a tener que marchar, en quince minutos apagan las luces.

—¿Quieres oír cómo me corro antes de irte?

—Me encantaría —le dijo a la vez que pasaba su mano por encima del bulto que destacaba en su pantalón.

Los gemidos que se oían al otro lado de la línea empezaron a aumentar.

Arturo sentía que le flaqueaban las piernas, estaba excitado hasta el tuétano y ella cada vez gemía con más intensidad.

—Cariño, me voy a correr.

Apenas le dio tiempo a terminar la frase cuando un grito de placer se extendió a través de la línea de teléfono. Ahora entendió a qué se refería Alicia cuando le dijo que uno se podía correr sin tocarse, porque él había estado a punto de hacerlo mientras la oía a ella.

No pudo esperar más, se le estaba haciendo tarde. Tras despedirse, salió a toda pastilla en dirección al escuadrón, y llegó con el tiempo justo para desnudarse y meterse en la cama antes de que apagasen las luces.

Era incapaz de quitarse de la cabeza el grito de Alicia mientras se corría, y eso hizo que fuera cuestión de tiempo el que volviese a estar totalmente empalmado. Su mano no pudo evitar colarse por el interior del slip y empezar a acariciarla con suavidad. Esa noche le iba a importar muy poco que acabasen de apagar las luces, no pudo evitar acabar masturbándose.

* * *

—¡Rompan filas! —gritó el capitán del escuadrón una vez finalizada la

instrucción. A partir de ese momento, tenían dos horas libres para que cada uno las empleara en lo que le diese la gana.

Arturo se encontraba frente a su taquilla. Aún seguía con la ropa de faena, preparando algunas cosas, para en breve irse a la ducha. De repente, sintió un enorme escándalo acompañado de gritos. Sin pensárselo, salió corriendo al pasillo, momento en el que coincidió con la entrada en la nave de Fran, el cabo de guardia.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el cabo cuando vio a Arturo.

—Parece que hay pelea —le respondió, adelantándose a él.

Al tiempo que llegaba a la séptima fila de taquillas, se encontró con dos compañeros enzarzados en una pelea. Instintivamente, se metió en medio con el único fin de separarlos, pero lo único que recibió fue tal empujón por parte de uno de ellos que salió despedido, cayendo al suelo y aterrizando casi a los pies de Fran.

—¿Qué coño está pasando aquí? —se oyó la voz del sargento de semana, el cual había aparecido de repente, alertado por el escándalo de la pelea.

Al verlo, todos se pusieron firmes, todos menos Arturo, que aún seguía en el suelo, sin haberle dado tiempo a incorporarse.

—Cabo, tome nota de estos tres payasos, que ya se pueden dar por arrestados este fin de semana. Y de momento, no los quiero ver salir del

cuartel en todo lo que resta de tarde.

—Mi sargento, Arturo tiene un permiso especial para salir todos los días de siete a diez de la noche —le informó el cabo.

—Pues de momento y hasta nuevo aviso, ese permiso queda anulado para el día de hoy —ordenó al mismo tiempo que salía de la nave.

No se lo podía creer, su única intención fue ir a separarlos y, sin

comerlo ni beberlo, le estaban cayendo palos por todos los lados. Su primer pensamiento, en ese instante, fue para Alicia. Ni la iba a ver esa tarde ni el fin de semana, con el enorme deseo que tenía de estar con ella, y lo peor es que no sabía, después de todo lo ocurrido, cuándo la podría volver a ver.

—Fran, tú has sido testigo, yo solo pretendía separarlos, nada tuve que ver en la pelea. Tienes que aclarar lo sucedido con el sargento.

—Lo sé, no te preocupes. De momento no te va a quedar otra que

apechugar con lo de no salir hoy. Ahora el sargento está muy caliente y es tontería intentar aclarar nada con él, no va a atender a razones, al contrario, lo podíamos empeorar. Mañana por la mañana, con motivo del cambio de

guardia, cuando le entregue las novedades hablaré con él y le explicaré todo lo que pasó. Confía en mí, no voy a permitir que en mi guardia alguien pague por lo que no hizo.

Las palabras de Fran no lo evadieron de la preocupación que en esos

momentos le invadía. Y lo peor es que ni siquiera podía salir a llamarla por teléfono y avisarla de que hoy no iría a clase. Era frustrante verse en semejante situación. La tarde se le hizo eterna y ni siquiera el apoyo de su

mejor amigo le sirvió de consuelo.

Una vez que pasaron lista, Arturo se acercó al cabo de guardia.

—Fran, necesito salir unos minutos. He de ir a la cabina a realizar una llamada urgente.

—Joder, Arturo, estás loco, si te pilla el sargento nos empapela a los dos.

—No van a ser más de cinco minutos, he de avisar a una persona del motivo por el que hoy no fui, seguro que está preocupada.

—No te arriesgues, tío, si te pilla no me va a servir de nada defenderte mañana, es muy arriesgado.

—Te lo pido por favor, Fran, necesito hacer esa llamada.

—La madre que me parió, la vamos a liar, vaya que si la vamos a liar.

Anda, vete para tu nave, el sargento suele irse al pabellón de oficiales a darle al teniente las novedades, cuando se vaya voy a avisarte, pero por Dios, no más de cinco minutos.

—Gracias, tío, no te preocupes que será rápido.

Arturo preparó la tarjeta y se hizo con una sola moneda de veinticinco pesetas, con eso tenía más que de sobra para el tiempo que iba a estar. Una vez con todo dispuesto, se quedó a la espera de que el cabo lo avisase.

Sobre las diez y veinticinco, entró Fran en su busca.

—¡Rápido! El sargento acaba de irse, tienes cinco minutos y ni uno más.

En menos de treinta segundos, ya estaba marcando el número. Tras dos tonos, se oyó la voz de Alicia.

—¿Diga?

—Soy yo.

—¡Arturo! Qué ha pasado, estaba en vilo esperando tu llamada.

¿Cómo no has venido hoy?

—Me vi involucrado en una movida y me ha caído un arresto, estoy a expensas de que mañana se aclare todo.

—¿Pero estás bien?

—Sí, un poco cabreado porque me he comido un marrón que no me correspondía, pero bueno. Tengo que dejarte, me han dado cinco minutos para poder llamarte y como no cumpla puede ser peor.

—¿Podrás venir mañana?

—No lo sé, si puedo a mediodía te llamo, ahora me tengo que ir.

Nada más colgar salió lanzado hacia el escuadrón. Fran, al verlo entrar, respiró ya más tranquilo.

—Gracias, tío, te debo una —le dijo al cabo.

La noche se le hizo muy larga, parte de ella se la pasó pensando en

Alicia y otro tanto en la mala suerte que había tenido con la movida en la que se había metido cuando nadie lo invitó. Así fue que cuando sonó el toque de

diana estaba profundamente dormido, de ahí que le costase un triunfo salir de la litera.

Una vez que los cadetes formaron para ir a clase, se produjo el cambio de guardia, momento en el que Fran, como cabo saliente, entró en el cuarto del sargento de semana a darle las novedades.

—Mi sargento, tengo que comentarle algo con respecto a la pelea de ayer.

—Usted dirá.

—Arturo no tuvo nada que ver con la pelea, él llegó al mismo tiempo que yo y, cuando los vio enzarzados, lo único que hizo fue meterse en medio para separarlos. Cuando usted llegó lo vio en el suelo, sí, pero fue debido al empujón que recibió por parte de uno de ellos y que le hizo caer. Ayer no le quise decir nada porque lo vi muy cabreado, pero hoy me veo en la obligación de decírselo para evitar que se cometa una injusticia con él.

—Muy bien, deje aviso al cabo entrante de que, cuando llegue de clase, que pase a verme.

—A sus órdenes, mi sargento, así lo haré —dijo Fran a la vez que salía del cuarto, orgulloso de haber hecho lo correcto, que no fue otra cosa que decir la verdad.

Tras informar al cabo entrante, se fue a dar una ducha para irse, ya que después de una guardia de veinticuatro horas, tenía un par de días libres. A diferencia de los cadetes alumnos, Fran pertenecía a tropas y servicios, es

decir, provenía de haberse reenganchado tras finalizar el servicio militar.

Nada más romper filas frente al escuadrón, entraron a la carrera para dejar los libros en las taquillas e irse al comedor.

—¡Arturo! —lo llamó el cabo que había relevado a Fran—. Que pases a ver al sargento de semana.

Un leve escalofrío le recorrió todo el cuerpo, no sabía definir si eso podía ser bueno o malo. Sin perder más tiempo, aún con los libros en la mano, decidió entrar.

—A sus órdenes, mi sargento, ¿quería usted verme?

—Quería oír su versión de los hechos con respecto a la pelea de ayer.

—Poco que decir, mi sargento, estaba a punto de cambiarme para ir a la autoescuela cuando empezó el jaleo. Me acerqué a ver qué es lo que pasaba y me los encontré en plena pelea. La única opción que vi fue ir con la intención de separarlos, pero cuando sujeté a uno para meterme en medio y evitar que siguiesen sacudiéndose, me desplazó con tanta fuerza que me envió al suelo, justo en el momento en el que usted llegó, y a partir de ahí ya sabe qué fue lo que ocurrió.

—Y si usted no fue culpable de nada, ¿por qué no me dijo nada cuando le arresté, e incluso impedí que fuese a sus clases de la autoescuela?

—Porque de nada me iba a servir. Usted es un superior y, si al verme en el suelo dio por hecho que yo estaba involucrado, cómo demostrarle que no era así, era su palabra contra la mía.

—Está bien, reconozco que tendría que haber preguntado a los allí presentes quiénes eran los responsables antes de arrestar a nadie. Queda usted liberado del arresto.

—Gracias, mi sargento —le dijo Arturo totalmente aliviado.

—No me las dé a mí, déselas al cabo Fran, que fue el que vino a exponer claramente cómo se habían producido los acontecimientos.

—Así lo haré, mi sargento.

—Puede irse.

Salió de allí a la velocidad del viento, cogió una moneda y de la que iba para el comedor paró en la cabina a llamar a Alicia para decirle que esa

tarde se iban a poder ver.

Capítulo 7

La miró con cara de deseo, y no era para menos. Ese viernes, aunque había llegado a clase tan espectacular como en ella era habitual, tenía algo que la hacía más deslumbrante si cabe. A diferencia de otras veces, vestía con una falda suelta a juego con unas botas de pana altas que permitían ver parte de su muslo, cubierto con unas medias negras, lo que sumado a la blusa y la pequeña cazadora que había elegido, le hacía una figura impresionante.

En esta ocasión Arturo también vino preparado. El hecho de haberse convertido en un cliente habitual de la cafetería que se ubicaba cerca de la autoescuela permitió que fuese ganando cierta familiaridad con el dueño, el cual, cuando Arturo le preguntó en su momento si podía cambiarse de ropa allí, con total confianza y a sabiendas del favor que le hacía, le permitió hacer

uso del almacén que tenía en uno de los rincones del local. De manera que, antes de entrar a clase, pasó por la cafetería, se cambió de ropa y, libre del uniforme, se sintió mucho más cómodo.

—¿Tienes algún plan para después de que acabemos la clase? —

preguntó Arturo con curiosidad por saber qué cariz iba a coger el fin de semana.

—Tengo alguna que otra sorpresa para ti, aunque todo a su debido tiempo. En principio, ¿qué te parece si vamos al cine esta noche? La semana pasada estrenaron una peli que, según algunas amigas del gimnasio que la han visto, está genial.

—Me parece bien —alegó sin poner la más mínima objeción—. ¿Qué película es?

— *Flashdance*.

—Sí, he oído hablar de ella en el cuartel, creo que fueron a verla el día del estreno.

Cuando terminaron los test, el profesor le dijo a Alicia que ya estaba preparada para examinarse, al ver que mantenía el nivel en uno o dos fallos como mucho. Por el contrario, Arturo no bajaba de cuatro.

—¿Cómo puedes fallar tantas? Si te sabes el código tanto como yo o más.

—Porque no me interesa. Piensa que cuanto primero me saque el carné, primero pierdo el privilegio de tener el permiso especial que tengo.

—Pues mi marido me ha dicho que el mismo día que apruebe el carné,

me lleva a un concesionario para que elija un coche.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer, sacártelo lo más rápido posible. Así podemos disponer de coche para movernos fuera de Alcorcón.

Una sonrisa de complicidad se dibujó en ambas caras.

Ya dentro del cine, al no ser una sesión numerada, eligieron unos sitios más apartados de lo que solían ser escogidos por la gente, y de esta manera, aunque estuviesen en un local público, podían disponer de un poco más de intimidad.

La película les resultó entretenida desde el principio, se encontraban a gusto por el hecho de sentirse tan cerca el uno del otro, a oscuras, y sobre todo por parte de Arturo, con la incertidumbre de qué vendría después. La compostura entre ellos fue notable hasta el momento en que se produjo la escena de sexo entre los dos protagonistas, en ese preciso instante algo se encendió entre ellos.

Nada más acabar dicha escena, Alicia se giró ofreciéndole los labios a Arturo, algo que él no desperdició lo más mínimo. Mientras se besaban, ella apoyó la mano sobre el muslo de él, con tal maña que se le contrajeron todos los músculos del cuerpo menos uno.

Ella se percató rápidamente de la enorme reacción de Arturo, por lo que cogió su cazadora, que hasta el momento se encontraba en la butaca de al lado, y la posó sobre las piernas de él, ocultando así su mano y permitiendo que esta jugase a su antojo.

No tardó en aproximarse al bulto que destacaba por debajo del pantalón de Arturo. Aunque intentó contener la tentación, no pudo, esta lo superó, quiso sentir ese miembro libre de toda opresión y al alcance total de su mano.

Lentamente comenzó a bajar la bragueta, ni que decir que Arturo alzó levemente su cuerpo para favorecerle el trabajo. No tardó en sentirla libre y notar cómo la mano de Alicia se aferraba a ella haciendo que su piel subiese y bajase de una manera escandalosamente excitante.

Él quiso hacer lo mismo con ella, intentó posar su mano en el muslo, pero ella se la quitó.

—Todo a su debido tiempo —le susurró al oído—. Ahora es mi momento, más adelante tú tendrás que ganarte el tuyo. Ya puedes empezar a pensar cómo lo vas a conseguir.

Estaba Arturo como para pensar en ese momento. Había perdido toda conexión con la película, es más, miraba la pantalla sin verla. Su vista se nublaba a cada recorrido que la mano de ella hacía sobre su polla.

—Solo te puedo decir que, igual que el otro día salí sin sujetador, hoy fueron las bragas las que dejé en casa.

Al oír eso, si no retiró la mano de Alicia inmediatamente, se corrió.

—¿Ves qué sencillo es generar el máximo deseo en una persona? —le dijo al oído a la vez que con su lengua le lamía el lóbulo de su oreja—. Estos juegos, igual que generan una enorme excitación en el hombre, también la

generan en una mujer. Todo es cuestión de saber el cómo y el cuándo.

Cuando finalizó la película, Arturo se la colocó de nuevo dentro del pantalón. Aún seguía fuera, a la espera de que ella continuase con lo que él tuvo que cortar de repente, pero esa circunstancia no se produjo.

Era más de media noche. El cine se encontraba en el barrio de San José de Valderas, de manera que de la que subían para el centro pasaron por un parque. Arturo no pudo evitar echar un vistazo. Vio que estaba totalmente vacío y que no veía a nadie por los alrededores, además de estar todo él notablemente oscuro. Se fijó en que uno de los árboles tenía un tronco lo suficientemente grueso como para poder camuflarse detrás de él, por lo que no lo dudó.

—Ven —le dijo a la vez que la cogía de la mano.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella sin recibir respuesta.

Una vez llegados al tronco, sin mediar palabra, la hizo girarse y la apoyó contra el tronco del árbol, le subió la falda y, como él ya estaba empalmado con el solo hecho de pensar lo que iba a hacer y de que debajo de esa falda no iba a encontrar nada más que su sexo, la sacó, se la aproximó y de un solo envite la penetró.

Ella no pudo evitar emitir un leve grito de placer cuando sintió el poder de su embestida. La sintió dura, muy caliente y sumamente mojada, tanto como estaba ella por la situación.

—Quiero que me digas cuándo te vas a correr —le dijo él al oído sin dejar de penetrarla una y otra vez.

—Sí, si sigues así me voy a correr rápido.

Arturo aumentó la fuerza de sus envites y cuando, por el ritmo de sus gemidos, vio que ella se iba a correr, la sacó y se la volvió a meter dentro del pantalón.

—Ahora quiero que me digas dónde vamos a finalizar lo que hemos empezado en el cine y acabamos de continuar aquí.

—Veo que aprendes rápido —dijo con la voz entrecortada por la excitación que aún se notaba en su respiración—. Estaba a punto de correrme y no veas cómo me has dejado.

—Eso es lo que tiene tener una buena maestra.

—Pues creo que te has merecido saber dónde lo vamos a culminar.

Sin decir una palabra más fueron directamente a la primera parada de taxi que encontraron. Tras meterse en uno de ellos...

—Al hotel Ibis, por favor —dijo ella dibujando una sonrisa pícaro a la vez que miraba a Arturo.

Una vez llegaron a la recepción, ella preguntó por una reserva que tenía a nombre de Alicia. Nada más comprobarlo, la recepcionista le dio las llaves.

—Habitación trescientos veinte.

Según se cerró la puerta del ascensor, sus labios se buscaron de forma inmediata, el beso fue salvaje, sus bocas se abrían y sus lenguas se cruzaban, llevaban la pasión acumulada desde hacía unas cuantas horas y sus cuerpos no

pedían más que culminarla.

En el momento en que atravesaron la puerta de la habitación, Arturo la

llevó hasta la mesa de escritorio que había frente a la cama, la sentó sobre ella, se deshizo de la cazadora, le abrió la blusa y arrastró el sujetador hacia

arriba para dejar sus pechos al descubierto. Alicia rodeó con los brazos su cuello como queriendo evitar que se apartase de donde había posado su boca.

Él descendió lamiéndole el cuello, hasta llegar a sus pechos. Ella buscó la hebilla del pantalón, la desabrochó, lo mismo hizo con el botón y acto seguido

le bajó la bragueta. Parte del pantalón cayó por su propio peso, lo que facilitó que ella le bajase el slip y su miembro quedase firme frente a ella.

Con sus piernas rodeó la cintura de Arturo, atrayéndolo hacia su sexo.

La imagen de la falda alzada y los muslos cubiertos por unas medias negras hasta la mitad de ellos, sujetas dichas medias por unos ligeros y sin la ropa

interior pertinente, creó tal deseo en él que no se pudo resistir a entrar dentro de ella. El movimiento que su culo generaba a la vez que entraba y salía de su interior era directamente proporcional a los jadeos emitidos por los dos.

—Tienes que correrte conmigo, por Dios, tienes que correrte conmigo

—le gritó ella.

No hizo falta repetírselo una segunda vez, el grito que salió de sus

bocas se convirtió en uno solo. Ambos cuerpos quedaron inertes, inmóviles con la única imagen del culo de Arturo quieto entre las piernas de ella.

Ya no salieron del hotel hasta el domingo por la mañana, disfrutaron de

una buena comida y, tras volverse a cambiar de ropa en la cafetería de quien ya consideraba su amigo, Arturo, plenamente satisfecho del fin de semana que había pasado, regresó de nuevo al cuartel.

Capítulo 8

Lo estaban preparando todo, el sábado a las nueve y media de la mañana cogían el Alsa en dirección a Mota del Cuervo para pasar ese fin de semana, tal y como habían quedado, con Raquel, Yoli y Eva.

Raquel y Eva los estaban esperando en la estación de autobuses de Mota del Cuervo. Tras los saludos protocolarios, decidieron irse a tomar algo. Era evidente que entre Chino y Raquel ya había algo especial, se les notaba en cómo se miraban, cómo buscaban el contacto. El fin de semana anterior se vieron, habían decidido quedar, por lo que Chino se desplazó para verse con ella, algo que sin duda tuvo el éxito esperado viendo la química que había entre los dos.

Yoli era la única ausente, al menos por el momento, ya que trabajaba en el negocio familiar y hasta las tres de la tarde no podía quedar libre.

Carlos seguía en su intento por conquistar a Eva, pero daba la sensación de que entre ellos había algo que no acababa de cuajar.

Recorrieron gran parte de los bares del pueblo a cortos de cerveza y a tapas, de ahí que a la hora de comer nadie tuviese ni pizca de apetito.

Por la tarde, ya con Yoli unida al grupo, subieron a conocer los

molinos, una zona típicamente turística del pueblo. Eran siete molinos ubicados en la zona más alta, con unas vistas espectaculares, desde donde se contemplaba un horizonte inmenso y que tenían como reclamo el haber sido inmortalizados por Miguel de Cervantes en su magistral obra *Don Quijote de la Mancha*.

Ya casi de noche se fueron a una terraza a picar algo hasta la hora de irse a la discoteca. Hacía una tarde espectacular que animaba a estar en la calle. Todos se sintieron muy a gusto, en concreto Arturo, que no había venido de muy buena gana, pero que ahora agradecía el que sus dos amigos lo hubiesen convencido. Él se percataba del interés que Yoli demostraba por su persona. Veía sus gestos, sus miradas, cómo de vez en cuando usaba el contacto como manera de expresar que estaba a gusto con él. Eso en el fondo no le disgustaba. Incluso hubo momentos en que se dijo a sí mismo que si Alicia estaba con su marido y ese hecho no le importaba lo más mínimo, por qué no estar él con alguien si surgiese el caso. Ese pensamiento le hizo bajar las defensas y empezó a dejarse llevar por los acontecimientos que iban produciéndose según iba avanzando la noche.

Ya dentro de la discoteca, los seis ocuparon un puesto en la pista, dejándose contagiar por el ritmo de baile que les marcaba Chino.

—¿Me acompañas a por una consumición? —le dijo Yoli a Arturo.

No dudó en acceder a tal petición. Les costó llegar hasta la barra, pues la discoteca, como vulgarmente se decía, estaba petada de gente. Ya una vez

en la barra, se colaron los dos en un hueco tan pequeño que prácticamente sus cuerpos estaban fusionados el uno con el otro.

—No hay quien se mueva, ¿eh? —le dijo ella casi gritando debido al exceso de ruido.

—¿El qué? —le preguntó al no haber oído nada de lo que le dijo.

Cuando ella se acercó más aún para repetir sus palabras, recibió un pequeño empujón por parte de quien estaba detrás de ella, no muy grande, pero sí lo suficiente para que, por tal motivo, sus caras chocasen, uniéndose sus labios de forma totalmente fortuita.

—Lo siento —le dijo ella al ver lo sucedido.

—Eso nunca se tiene que sentir, nada de malo hay en ello.

—Claro que no hay nada de malo, pero es mucho mejor cuando es deseado por los dos y no se produce de forma fortuita.

—Si eso te hace sentir mal, no te preocupes, lo compensamos ahora mismo.

Arturo la cogió por el cuello, la acercó y la besó en la boca sin que ella opusiese la más mínima resistencia.

—¿Ves? Ya estamos iguales, a partir de ahora si vuelve a haber alguno más, que sea deseado por los dos.

Antes de que el camarero pudiese atenderlos, empezó a sonar la música lenta.

—¿Qué te parece si dejamos la consumición para después?

—Creo que va a ser lo mejor.

Arturo la cogió de la mano y la llevó de nuevo a la pista. Allí se encontraban bailando bien agarrados Chino con Raquel y, con algo más de espacio entre ellos, Carlos con Eva. Sin más demora ellos también se pusieron a bailar, al principio mirándose a la cara, pero segundos después, ambos cuerpos se encontraban íntimamente abrazados.

Sonaba la canción de Jeanette *Soy rebelde* cuando Arturo empezó a mordisquear el cuello de Yoli. Aunque en un principio ella se sintió un poco intimidada, decidió dejarse llevar, y poco tiempo después se besaban apasionadamente al ritmo de la música.

No habían transcurrido diez minutos desde el comienzo del lento cuando Chino y Raquel abandonaron la pista en dirección a los reservados, una zona totalmente oscura y habilitada con sofás con el fin de que las parejas pudieran expresarse toda la fogosidad que considerasen oportuna.

Esta discoteca, a diferencia de las de Madrid, cerraba sus puertas a las cuatro de la mañana. De ahí que cuando avisaron de que la fiesta tocaba a su fin, se juntaron todos de nuevo en la puerta de la misma.

—¿Hay algún sitio abierto en este pueblo donde podamos ir para tomarnos algo? —preguntó Chino—. Aún queda mucha noche por delante.

—Pues me temo que a estas horas ya no queda nada abierto —respondió Eva.

—¿Ni donde poder conseguir algo de bebida?

—Nada de nada.

—Pues vaya planazo para el resto de la noche.

—Hay una solución —dijo Yoli—. Mis padres tienen una tienda de comestibles y, aunque bebida es lo que menos se vende, algo sí que hay, ginebra y whisky, poco más. Como tengo aquí las llaves conmigo, puedo ir a por una botella y mañana meto el dinero en caja.

—Eres como el maná en el desierto —dijo Chino—. Con la noche tan buena que hace, nos cogemos una botella de whisky y nos vamos por ahí a tomárnosla.

Una vez aprobado el plan, se pusieron en marcha.

—Oye, Chino, ¿qué coño llevas colgando en el pantalón?

—Colgando de dónde —contestó extrañado por lo que Carlos le había comentado, mientras miraba a ver de qué se trataba.

—A ver si va a ser chicle —comentó Eva.

Tras tocarlo no pudo evitar lanzar un juramento.

—Es semen, tíos, cuando fui al reservado me senté en una puta corrida.

—¡No jodas! ¿Sí? —preguntó Arturo extrañado—. ¿Cómo coño ha ido a parar a tu pantalón?

—Pues muy fácil, algún hijo de puta que estuvo antes que nosotros en

el mismo sofá la sacó en el momento clave para no correrse dentro y lo dejó todo en el sofá. Luego llegué yo y me senté encima. Menudo pedazo de cerdo.

Tras el comentario, no pudieron evitar soltar una sonora carcajada, todos menos la víctima, lógicamente.

Una vez limpiada semejante textura, se fueron en busca de la bebida.

La velada se alargó hasta las seis y media de la mañana, momento en que las chicas decidieron irse a dormir un poco, más que por el sueño, por justificar con sus padres el no pasar la noche entera fuera de casa.

Después de acompañarlas hasta sus respectivas casas y de quedar para el mediodía del ya domingo, decidieron ir a ver dónde podían encontrar un sitio para dar una cabezada el tiempo que quedaba de noche.

—¿Qué tal si subimos para la zona de los molinos? Quién sabe, a lo mejor hay alguno abierto y nos podemos meter dentro —comentó Carlos.

—¡Ah! Pues no es mala idea —dijo Chino.

Una vez por la zona y protegidos por la oscuridad de la noche, se pusieron a revisar las puertas y ventanas de cada uno de ellos, por si encontraban alguna abierta.

Las puertas se encontraban todas cerradas con llave, pero en una de las ventanas vieron que había mucha holgura, el cierre no encajaba bien, de ahí que, con un pequeño golpe seco, la ventana cediese.

—Como Dios, ya tenemos dónde dormir.

Sin más contemplaciones, se colaron en su interior. La oscuridad era

total, menos mal que Carlos siempre llevaba consigo un mechero y con él se alumbraron para subir por las escaleras de caracol hacia la segunda planta. Allí se encontraron más a gusto, abajo no les convencía por si llegaba algún responsable de cuidar el entorno y los pillaba infraganti y, por el contrario, en la de arriba era donde estaba toda la maquinaria y el engranaje de las aspas, algo que hacía que hubiese un espacio mucho más incómodo y reducido. Tras acomodarse, intentaron quedarse dormidos.

Apenas habían tenido tiempo de coger el sueño, cuando unas extrañas luces comenzaron a reflejarse por el techo y las paredes del habitáculo.

—¿Qué coño son esas luces? —preguntó Carlos—. Parece que ahí afuera hubiese una ambulancia o un coche de bomberos.

—Voy a subir al piso de arriba para desde ahí poder ver quién anda por fuera —dijo Chino susurrando—. No hagáis el más mínimo ruido.

Con todo sigilo, desapareció escaleras arriba. El hecho de llevar un buen rato a oscuras propició que sus ojos ya se hubiesen adaptado a la oscuridad, de ahí que le resultase más fácil moverse. Una vez en la planta superior, asomó la cabeza por uno de los pequeños ventanales que carecía de cristal. Tras echar un vistazo, regresó de nuevo con sus compañeros.

—¡La madre que me parió! —exclamó suavemente—. Es un coche patrulla de la Policía Nacional.

—¿Y qué cojones hacen aquí? —se preguntó Carlos un tanto

acojonado.

—Puede que se dediquen a hacer patrullas cada cierto tiempo para asegurarse de que nadie haga lo que nosotros hemos hecho —comentó Arturo —. Esperemos en silencio a ver qué hacen, a lo mejor solo echan un vistazo a toda la zona y se van.

Los tres se encontraban expectantes, cada vez se oían más cerca las voces de los dos policías. Era evidente que iban observando molino a molino, y asegurándose de que todo estaba en perfecto orden.

—¡Eh! Mira esa ventana, esta entreabierta —le dijo un policía al otro —. Vete al coche y coge las llaves del molino cuatro, vamos a entrar a echar un vistazo.

—¿Es que no has cerrado la ventana después de haber entrado? — preguntó Arturo a Carlos, que fue el último en acceder al interior.

—¡Joder! No, simplemente la dejé arrimada.

—¡Rápido! Hay que subir al piso de arriba y esconderse bien, si nos pillan aquí, nos acusarán de allanamiento de morada y dad por seguro que acabamos en una cárcel militar —dijo Chino un tanto preocupado—.

Procurad no hacer ni gota de ruido si no queréis que nos oigan.

Una vez llegaron a la planta de arriba, se escondieron en el interior del triángulo que formaban las tres piedras de molino que, unidas al engranaje, giraban al mismo tiempo que las aspas. Con un mutismo total, quedaron

quietos a expensas de los acontecimientos.

No tardaron en oír la cerradura de la puerta. Los dos agentes entraron y, después de dar un repaso con sus linternas a todo el recinto, se dirigieron a echar un vistazo a la ventana. Al cerrarla, se percataron de que esta tenía mucha holgura y no cerraba bien.

—Tiene mal el cierre, puede que se haya abierto sola debido a una ráfaga de aire, ya sabes que aquí le sopla bien —comentó uno de los agentes.

—Mejor, aunque ya que estamos aquí, vamos a echar un vistazo a la parte de arriba por si le dio por entrar a alguien al ver la ventana abierta —dijo el otro agente.

Una vez en la planta superior enfocaron todo con sus linternas, comprobando que todo estaba en orden, aunque poco había que desordenar, ya que se encontraba totalmente carente de mobiliario de ningún tipo.

—Espera aquí, voy a mirar un segundo en la última planta.

En ese momento, el miedo a ser descubiertos se apoderó de los tres amigos. La rigidez de sus cuerpos debido a la tensión del momento era tal, que había poca diferencia entre la dureza de sus cuerpos y la de las piedras de molino tras las que se estaban ocultando.

El policía no llegó a recalar en el habitáculo en su totalidad, alzó la cabeza por encima de los últimos escalones y con su linterna dio una ráfaga muy por encima a toda la planta.

—Nada, todo en orden, aquí no hay nadie —le dijo al compañero a la vez que bajaba.

Un respiro de alivio salió casi al unísono de las tres bocas. En ese momento empezaron a ser conscientes de la que se habían librado y maldijeron el momento en el que se les ocurrió la idea de pasar la noche en los molinos.

Aún transcurrieron algo más de quince minutos antes de que el coche patrulla abandonase la zona. Un tiempo que se les hizo eterno.

Después de ver desde uno de los ventanales cómo se alejaban, esperaron un poco más por si algo los hacía regresar de nuevo y los pillaban en plena escapada, y cuando consideraron que ya había pasado un tiempo prudencial, salieron por la misma ventana por la que entraron. La aproximaron todo lo que pudieron para que siguiese pareciendo cerrada, aunque ya lo mismo daba que quedase abierta o no, y salieron corriendo en dirección al pueblo como almas que lleva el diablo.

No quedaba mucho para amanecer, aunque ya les daba igual. El poco sueño que pudiesen tener, después de lo ocurrido, les desapareció de un plumazo.

Esperaron a que abriese alguna de las cafeterías del pueblo para desayunar, tenían que matar el tiempo en algo. Hasta el mediodía no habían quedado con las chicas y para eso aún faltaban unas horas.

Cuando volvieron a estar todos juntos, se rieron durante un buen rato, al tiempo que ellos contaban la hazaña que habían vivido en el molino. La hora de partir se les echó encima mucho más rápido de lo que todos hubiesen deseado, pero a las cinco de la tarde el autobús que los devolvía a la capital se puso en marcha.

Capítulo 9

Una vez terminada la hora de clase, recogió todo y se dispuso a salir.

Nada más hacerlo, se encontró con Alicia esperándolo en la entrada de la autoescuela.

—¿Qué? —preguntó él al verla, esperando que solo se produjese una respuesta.

—He aprobado —le dijo ella rebotante de alegría—, pero controla tus impulsos que te veo venir.

Claro que Arturo se tuvo que controlar, esa mañana Alicia se examinaba del teórico y estaba deseoso de saber qué tal le había ido.

—Esto hay que celebrarlo —dijo él, controlando el deseo de darle un beso y un fuerte abrazo allí mismo.

—Por supuesto que sí, nos vamos a ir para mi casa, allí he dejado una botella de champán enfriando para brindar por el aprobado y que ya tengo en mi mano el cincuenta por ciento del carné de conducir.

Como solía ser habitual en las ocasiones en las que se iban para casa de Alicia, se fueron por separado, entrando ella primero y haciéndolo Arturo minutos después.

—Mira, cielo, a partir de ahora vamos a usar una táctica —le dijo ella en el momento en que llegó a la entrada del domicilio—. Como yo ya no tengo que ir más a clase, es tontería que esté todos los días esperándote a la

entrada de la autoescuela, de manera que cuando tú salgas, te vienes directamente para mi casa. ¿Ves este felpudo?

—Sí —contestó sin tener muy claro qué es lo que pretendía decirle.

—Como puedes ver, es un felpudo que representa la bandera de la comunidad de Madrid, es decir, tres estrellas arriba y dos abajo. Muy bien, pues siempre que vengas, antes de tocar al timbre, has de fijarte en él: si en lugar de estar como corresponde a la bandera de la comunidad, está al revés, las dos estrellas arriba y las tres abajo, eso quiere decir que hay alguien aquí y no debes llamar. Esa será nuestra contraseña, felpudo bien colocado, puedes tocar el timbre, felpudo al revés, es que hay alguien, por lo tanto, en ese caso, te vas a la cafetería de Berto y esperas allí a que yo te llame.

—Veo que piensas en todo.

—Si quieres disfrutar al máximo de las cosas, hay que pensar bien en cómo hacerlas, y no solo eso, a la hora de hacerlas, hay que hacerlas bien.

Una vez dentro de la casa, abrieron la botella que tenían enfriando.

Antes, Alicia se fue a su habitación para quitarse la ropa de calle y ponerse ropa más cómoda. Claro que, para Arturo, la ropa cómoda de Alicia era

sinónimo de ropa sexi, provocadora y sumamente excitante.

Cuando la vio aparecer en el salón, casi se le cae la botella de las manos. Traía un suéter de tirante fino, a través del cual se le marcaban de una manera sublime los pezones. Cubriendo ese suéter, una suave bata de seda que finalizaba en el comienzo de sus muslos.

Cogió una de las copas que se encontraban posadas sobre la mesa del salón y que Arturo se había encargado de llenar mientras ella se cambiaba de ropa.

—¿Qué planes tienes para la hora que queda para irte al cuartel? —le preguntó al mismo tiempo que pasaba su mano por la pierna de Arturo.

—Después de haber posado tu mano en el sitio en el que la has posado, no hay otro plan en mi mente que no sea el hacerte pagar por ello.

—Yo siempre estoy dispuesta a pagar por mis pecados.

No esperaron más, tras esas palabras se fundieron en un beso, al mismo tiempo que Alicia lo ayudaba a desprenderse de la prenda de arriba del uniforme. Una vez con el torso desnudo, le hizo tumbarse sobre la alfombra boca arriba. Tras sentarse sobre él, cogió su copa y empezó a rociar parte del contenido por su pecho al tiempo que lo iba lamiendo.

El contraste del frío del champán con el calor que su lengua desprendía hizo que su cuerpo se contrajera de una manera muy excitante. Cuando llegó lamiendo a la altura del ombligo, llenó este, y al mismo tiempo que bebía de

él, iba desabrochando el cinto del pantalón, bajándole la cremallera y dejando el acceso libre a donde ella pretendía llegar.

Hubo un momento en que Arturo estuvo a punto de quitarle tanto la bata como el suéter, con el objetivo de tenerla desnuda frente a él. Pero le estaba excitando tanto el verla sentada sobre sus piernas, marcando sus pechos a través de la tela, que desistió de tal intención.

Él, con la palma de sus manos, pasaba una y otra vez por encima de los pezones, haciendo giros sobre ellos con tal suavidad que estos incrementaron considerablemente su dureza. Eso provocó que Alicia empezase a sentirse sumamente excitada, no pensaba en otra cosa que no fuese sacar la polla de Arturo del interior de su pantalón y sentir cómo esta entraba dentro de ella con total decisión. Pero él se resistía, los dos intentos por parte de ella de conseguir su objetivo fueron abortados sin compasión. Pretendía que ese deseo fuese aumentando a cada minuto que pasase sin conseguir complacer sus deseos, hasta tal extremo que ella le llegase a suplicar que la dejase meterla dentro.

Cuando Alicia vio que sus dos intentos de sacarla fuera del pantalón fueron fallidos, decidió cambiar de táctica y usar la que consideraba infalible, sin duda, una táctica a la que él no se iba a poder resistir.

Volvió a rociar el ombligo con champán y, tras sorberlo, comenzó a descender con la lengua hasta su slip, mordisqueando a través de la tela la cabeza de su miembro. Eso volvió loco a Arturo, algo que hizo que perdiese la guardia y, para cuando se quiso dar cuenta, ella ya había apartado el slip y

se la había metido en la boca. A partir de ese momento, ella tenía la completa seguridad de que él estaba a su entera disposición, como así fue. Tras unos segundos saboreándola, la sacó íntegramente del pantalón y de un solo movimiento se colocó sobre ella, haciendo que la penetrase en toda su extensión.

Era tan grande el deseo que tenía de sentirla dentro que una vez llegado ese momento no anduvo con preámbulos, el movimiento fue intenso desde el primer instante, de ahí que, en cuestión de segundos, ella se estaba corriendo.

Arturo aguantó, no quiso correrse cuando ella y, ya que se tenía que duchar antes de irse, le propuso que lo acompañase a la ducha. Una vez en ella, tras dejar que sus cuerpos se empapasen con el agua caliente, Arturo cogió el gel y se dedicó a enjabonar todo el cuerpo de ella. Con suavidad iba recorriendo su cuerpo al mismo tiempo que impregnaba de jabón sus pechos, su sexo, disfrutando de todos los puntos por donde sus manos se recreaban.

Debido a ello, su miembro acabó alcanzando de nuevo su máximo esplendor y, sin esperar más, la hizo girarse. Ella, de forma instintiva, se agachó, apoyando las manos sobre los mandos del grifo, dejando el culo frente a su polla. Ante tal momento, no había otra opción por parte de Arturo, arrimó su miembro al sexo de Alicia y de un solo envite la penetró con fuerza. El grito de placer que ella emitió fue el comienzo de una serie de gemidos y jadeos, provocados por los envites a los que una y otra vez Arturo

la estaba sometiendo, aumentando la intensidad a cada momento. El movimiento de la penetración alcanzó tal ritmo que no había lugar a dudas de cuál iba a ser el desenlace. La boca de Arturo emitió un grito, al tiempo que, tras un último envite, se quedaba quieto, llenándola con una eyaculación explosiva. Ambos quedaron como dos estatuas dentro de la bañera.

* * *

Alicia se dispuso a servir la comida en los platos y, acto seguido, se sentó a esperar a que Gerardo, su marido, dejase lo que estaba haciendo y se pusiese a comer.

Ese día, él no había ido a la empresa, se había quedado toda la mañana tramitando papeleo desde casa, hecho que a Alicia no la entusiasmó demasiado. Le gustaba tenerlo cerca el tiempo necesario para camelarlo y sacarle lo que a ella le interesaba, y el tiempo restante disfrutaba más de su ausencia que con su presencia.

—¿Te vas a tirar el día entero trabajando desde casa?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada, simplemente me resulta extraño, no es algo habitual en ti.

—Es una manera de pasar más tiempo contigo, ya sabes que la semana que estoy en Marbella te echo mucho de menos.

Prefirió no decir nada al respecto, simplemente se rio para sus adentros de su enorme cinismo.

—Por cierto, ¿quién es ese militar con el que me han dicho que te han

visto en alguna que otra ocasión?

—¡Ja, ja, ja! —no pudo por menos que reírse ante el comentario que le acababa de hacer su marido—. Cariño, no me digas que ha habido alguien con tan pocos escrúpulos que te ha ido con ese cuento.

—¿Por qué no lo iban a hacer?

—Pues porque ese militar es un crío que acaba de cumplir dieciocho años, con el que coincidí durante las clases del teórico en la autoescuela, que me enseñó algún truco para hacer los test y del que podría ser perfectamente su madre. Entiendo que alguien te vaya con el cuento, si ese militar tuviese cuarenta años y fuese un teniente o un capitán del ejército, pero que te hayan ido con semejante patraña, viendo cómo ha tenido que ver tu chivato que es un crío, solo me deja cada vez más claro la chusma de amigos que tienes.

—No te enfades, mujer, solo te preguntaba, en ningún momento te dije que dudase de ti —le dijo, queriendo quitarle importancia al asunto.

—No me enfado, simplemente me ofende la poca ética que pueden tener ciertas personas y, por otro lado, creo que tengo el mismo derecho a poder verme con cualquier hombre de la misma manera que tú te ves con mujeres por ahí abajo. ¿O no?

—¡A ver! Yo, con las mujeres con las que me veo por Marbella, es por motivo estrictamente profesional. No creo que tú, sin motivo alguno, tengas la necesidad de verte con ningún hombre.

Alicia prefirió dar el tema por zanjado, no quería entrar en un bucle

que solo la llevase a cometer el error de darle a entender que ella sabía a ciencia cierta los entresijos que él se traía por Marbella con ciertas mujeres, por lo que decidió ponerse en pie para ir recogiendo algunas cosas de la mesa y llevarlas a la cocina.

—¿Sabes? He de reconocer que cuando te cabreas de esa manera me pones sumamente excitado —le dijo a la vez que la sujetaba por la cintura en el momento en que se dirigía a la cocina.

Sin decir una palabra más, Gerardo se levantó de la silla, le dio la vuelta, haciendo que apoyase las manos en la mesa sobre la que estaban comiendo, le bajó el pantalón de chándal que llevaba puesto, se abrió la bragueta y tras cogérsela con la mano la abocó en el sexo de Alicia para, sin ningún tipo de preámbulos, penetrarla sin más.

Ella cerró los ojos, prefirió transportar su mente a ciertos momentos grabados en su memoria e imaginar que quien la estaba follando en ese momento, porque aquello no tenía otro nombre, era otra persona. De esa manera podría controlar el rechazo que en ese momento estaba sintiendo hacia su marido.

No necesitó fingir durante mucho tiempo, ya que él empezó desde un primer momento a penetrarla de forma impulsiva, con movimientos extremadamente rápidos, lo que generó que se corriese en un tiempo récord, haciendo que se sintiese aliviada en el momento que sintió el calor de su

semen dentro de ella.

Sin hacer el más mínimo comentario, se la metió de nuevo dentro del pantalón y se volvió a sentar en la mesa para continuar comiendo.

Alicia volvió a colocarse el pantalón de chándal que desbocadamente le había bajado y se dirigió hacia la cocina sin pensar más en lo que acababa de pasar. No se podía quejar, sabía perfectamente que eso que había sucedido y otras muchas cosas por las que solía pasar eran el precio que tenía que pagar por tener la calidad de vida que estaba teniendo.

Capítulo 10

Arturo y el resto de sus compañeros de curso iban en formación, acababan de salir de clase y estaban deseando llegar a la escuadrilla. El periodo de academia había llegado a su fin, habían terminado sus dos años de academia y ahora les tocaba el año en prácticas. En el tablón de anuncios de la escuadrilla se encontraban las listas, recién puestas, del destino donde cada uno iba a realizar ese año de prácticas.

Nada más llegar se encontró con Chino, que salía de ver su destino.

—¿Qué tal? ¿Has tenido suerte? —le preguntó con cierta curiosidad

Arturo.

—No me puedo quejar, me quedo en Madrid. Voy para la base de Getafe.

—¿Has mirado el mío?

—No me han dejado, si casi me aplastan en el intento. Yo que tú esperarías un poco a que se calme la cosa.

—Tienes razón, creo que me voy a ir a comer y ya después lo miro tranquilamente, así, si me toca un mal destino no me jode la comida.

Juntos se dirigieron al comedor, llenaron su bandeja y se sentaron a disfrutar de la comida.

—Y... ¿cómo vas a hacer con Alicia si te toca fuera de Madrid?

—Aún no lo hemos hablado, estábamos esperando a que saliesen los destinos.

—Bueno, a una mala, ella ahora que tiene coche puede desplazarse a donde tengas el destino.

—Sí, porque lo de comprarme coche yo, de momento es inviable.

—Como tardes en comprarte coche tanto como tardaste en sacarte el carné, vas apañado. Menudo cabrón estás hecho, cuatro meses sin estar preparado para examinarte y en las tres últimas semanas resulta que lo apruebas todo. Anda que no explotaste bien explotado el permiso para ir a las clases, no sabes tú nada.

—Había motivos más que justificados para explotar el permiso. Tú sí que tenías que animarte a sacarlo, no puedes estar todos los fines de semana pendiente del Alsa.

—Hay fines de semana que viene Raquel.

—Sí, y lo que ahorras del viaje de ida y vuelta lo pagas con creces en el hotel para el fin de semana, no sé qué te sería mejor.

Tras acabar la comida, depositaron sus respectivas bandejas donde correspondía y tomaron rumbo a la escuadrilla. El tablón de anuncios se encontraba limpio de mirones, ya todos habían satisfecho la curiosidad por saber su destino, por lo que, con la mayor tranquilidad del mundo, se buscó en la lista.

—¡Vaya tela! —exclamó cuando se encontró y vio dónde le había tocado—. Base del Alto de los Leones en Segovia. ¿Alguien sabe dónde coño está eso?

—Pues muy sencillo —dijo el que estaba realizando las funciones de cabo de guardia—. En Segovia, si lo acabas de decir tú mismo.

—¡Vaya! Qué lumbreras estás hecho, ¿de verdad que has llegado tú solito a esa conclusión? —le dijo Arturo.

Las carcajadas se fueron contagiando entre los allí presentes.

Hasta ese momento no le había dado mucha importancia al tema, solo cuando leyó el texto con el que finalizaban las listas el semblante de Arturo obtuvo otro cariz.

—¡No me jodas! —exclamó en voz alta—. ¿Has visto lo que pone aquí? —le dijo a Chino.

—No, eso no lo llegué a leer, ¿de qué va?

—Pues que todos aquellos que el destino lo tengamos fuera de la comunidad de Madrid, en un plazo máximo de dos días tenemos que presentarnos en dicho destino.

—¿Y qué problema hay? —le preguntó Chino sin ver dónde estaba el fondo del problema.

—¡Joder! Pues que es la semana en la que se encuentra aquí el marido de Alicia, por lo tanto, si pasado mañana me tengo que incorporar, ya no la voy a poder ver.

—Pues llámala para contárselo.

—Sí, claro, y que me coja el teléfono el marido, ¿no?

—¡Coño! Si te lo coge ella le dices que disimule y le cuentas lo que hay. Si te lo coge él, pues preguntas por Mariano, por ponerte un nombre, y cuando te diga que allí no hay ningún Mariano, le pides perdón y dices que te has equivocado.

—No es mala idea, de momento voy a averiguar dónde está esa base.

Se pasó el resto de la tarde indagando sobre el destino donde iba a tener que pasar el próximo año. Según le comentaron, era un pequeño destacamento, pero de mucha importancia, ya que era el centro neurálgico de las comunicaciones de todas las bases militares de España. El destacamento lo componían catorce personas, el responsable era un brigada, después iban

cinco cabos especialistas, que eran los que hacían el año en prácticas, y los ocho restantes pertenecían al grupo de tropas y servicios, es decir, soldados que estaban prestando el servicio militar y que después de jurar bandera habían escogido destino lo más próximo a sus hogares.

Al día siguiente por la mañana, como ya no tenía clase, puso en práctica la táctica que le había dicho Chino, hubo suerte y fue Alicia quien contestó al teléfono.

—Si esta tu marido, disimula como mejor puedas —le dijo Arturo en el momento en que ella descolgó el teléfono.

—No, tranquilo, no está en casa, fue a la oficina. ¿Pasó algo?

—Sí, ya nos han dado los destinos y mañana jueves me tengo que incorporar en una base que está en Segovia, en el Alto de los Leones, arriba del todo, según coronas el puerto, por lo que me han contado.

—¿Y cuándo vuelves? —preguntó un tanto desanimada por la noticia.

—No tengo ni idea, hasta que no esté allí y me ponga al día de las funciones que me corresponda realizar, no sabré cuándo tendré libre. De todas formas, el lunes de noche, que ya tengo la seguridad de que no va a estar tu marido, te llamaré y hablaremos más tranquilamente.

—Vaya mala suerte, tienes que irte la semana que coincide él aquí y no podemos ni tan siquiera hacer una despedida como corresponde.

—No te imaginas con qué mala gana me voy.

—¡Escucha! Tengo que dejarte que llega mi marido.

La llamada se cortó inmediatamente, algo que dejó a Arturo con la duda de si la pudo haber pillado infraganti, aunque de ser así, daba por hecho que ella iba a saber darle la justificación pertinente.

El resto de la tarde lo pasó preparando el petate con toda la ropa.

Por la mañana, a las diez en punto lo recogió un jeep militar y tras una hora de viaje llegó a su nuevo destino. Él pensaba que el destacamento se encontraba mucho más lejos, pero al ver que estaba una hora de viaje, eso lo animó considerablemente.

Nada más entrar en la base, que se componía de un edificio que más parecía un enorme chalé, rodeado por una valla, con dos garitas de vigilancia, una a cada extremo, y dos torres de telecomunicaciones enormes que se podían ver desde unos cuantos kilómetros en la distancia, lo llevaron directamente a la oficina del suboficial.

—¿Da su permiso, mi brigada?

—Pase —oyó una voz al fondo de la oficina.

—A sus órdenes, mi brigada, se presenta el cabo especialista Arturo López.

—Siéntate, Arturo —le indicó a la vez que él se sentaba también en su silla—. Voy a explicarte un poco cuál será tu cometido en esta base. Aquí se encuentra el nudo de microondas que centraliza las comunicaciones de todas las bases correspondientes a tierra, mar y aire de toda España. Es decir,

nosotros somos la centralita por la que todas y cada una de las llamadas que procedan de cualquier base tienen que pasar. Por nuestra ubicación, somos un centro vital para las telecomunicaciones, de ahí que, en el golpe de Estado del ochenta y uno, se convirtiese en el principal objetivo a destruir por los golpistas, con el fin de evitar que hubiese ningún tipo de comunicación entre el ejército. Contigo, vais a ser cinco especialistas los que vais a estar pendientes de la centralita las veinticuatro horas en turnos de ocho horas. Tres vais a estar de guardia y dos libráis. Yo suelo hacer el cuadrante para toda la semana, luego entre vosotros os ponéis de acuerdo de cómo hacer cada uno de los turnos, en eso no me voy a meter siempre y cuando la guardia esté plenamente cubierta. Hoy, como es tu día de incorporación, no tienes guardia, por lo tanto, tienes el día libre. Ponte en contacto con los otros compañeros, que llevan ya un tiempo aquí, y te pondrán al tanto de todo. ¿Entendido?

—Sí, mi brigada, si no ordena nada más, voy a ponerme al día de todo.

Lo primero que le asignaron fue la litera con su taquilla correspondiente. Fue conociendo uno a uno a todos los miembros del destacamento, en especial a los otros cuatro cabos con los que iba a tener que compartir el trabajo de prácticas.

—O sea, que tú eres el nuevo. Soy Nacho —saludó al mismo tiempo que observaba cómo Arturo guardaba su ropa en la taquilla.

—Y tan nuevo, que no llevo aquí ni una hora.

—Verás qué pronto te haces a esto. Es un destino cojonudo, se vive

muy bien, somos pocos y bien avenidos. Por cierto, hoy libramos los dos, si de tarde te quieres bajar conmigo a San Rafael, los jueves abre la discoteca del pueblo y podemos ir a tomar una copa.

—Pues sin duda, va a ser una buena manera de comenzar mi andadura por aquí.

—Tienes que estar preparado para las cinco, es la hora de salida. A los que tenemos libre nos bajan en el todoterreno de la base, y una vez en el pueblo, para volver de nuevo a la base hay varias opciones: subir de nuevo con el Willy, aprovechando que a las diez de la noche bajan a la cocinera, que es de San Rafael, o en caso de seguir por más tiempo de juerga, luego ya te tienes que buscar la vida para subir. Si tienes suerte y haciendo dedo te cogen, pues no hay problema, pero si no, hay que subir andando los cuatro kilómetros que hay desde el pueblo hasta aquí.

—Por lo que veo, prolongar la juerga tiene su precio.

—No lo dudes, pero merece la pena, sobre todo cuando empiecen las fiestas de todo el entorno, hay unas fiestas cojonudas.

A las cinco de la tarde eran cuatro los que se habían subido al Willy, conducido por uno de los soldados. Según le había comentado Nacho, aunque el brigada dejaba salir de paisano, el primer día era más apropiado hacerlo con el uniforme, para que en el pueblo, sobre todo con respecto a las tías, viesen que pertenecías al destacamento de especialistas. Eso solía crear bastante éxito entre ellas, motivo por el que Arturo era el único que bajaba en uniforme.

Los dejaron en el bar El Barranco, punto de encuentro para casi todos los de la base, ya que pertenecía a los padres de uno de los soldados que se encontraba realizando allí el servicio militar.

Nacho presentó a Arturo a varios de los presentes que, aunque no eran militares, sí clientes habituales con los que había cierta amistad. Durante algo más de una hora estuvieron en El Barranco, para posteriormente irse la mayoría a la discoteca Apolo, que solo abría los jueves, sábados y domingos. La hora de apertura era a las seis, aunque la gente era difícil que empezase a entrar antes de las siete, sobre todo los jueves.

Nada más sacar la entrada, bajaron las escaleras que les daba acceso al local. En la pista se encontraban bailando un grupito de media docena de chicas y un par de chicos que cada vez se acercaban más a ellas, aunque era evidente que, por mucho que se acercasen, estaban siendo totalmente ignorados por parte de ellas.

Se dirigían directamente hacia la barra cuando, al pasar por un lateral de la pista, Arturo vio cómo una de las chicas lo seguía con la mirada desde que había accedido al local. Él mantuvo esa mirada y se fijó, principalmente, en los preciosos ojos verdes que ella tenía. Una vez en la barra pidieron la consumición que venía incluida con la entrada. Mientras tomaba el cubata que había pedido, no podía resistir la tentación de buscar a la chica, y cada vez que lo hacía, ella se encontraba mirando para él.

La discoteca empezó a llenarse de gente, alcanzando un ambiente impropio de un jueves, al menos en lo que a las discotecas de Madrid se refiere, que solamente funcionaban bien sábados y domingos.

Llegó la hora del lento, momento en que Arturo se propuso buscar a la chica de los ojos verdes y sacarla a bailar. Iba a su encuentro, cuando vio cómo otro chico le pedía bailar, frenando su iniciativa ante tal situación. Para su sorpresa ella lo rechazó y él retomó su intento, aunque ahora tenía sus dudas con respecto a si le diría que sí o, por el contrario, al igual que el otro chico, iba a ser rechazado.

—¿Bailas? —le preguntó con una agradable sonrisa.

Al oírlo, se giró y sin pensarlo le dijo que sí. Ambos se fueron para la pista y con la canción *Hard to say I'm sorry* del grupo Chicago se pusieron a bailar.

—Tú eres nuevo aquí, ¿verdad?

—Sí, me he incorporado hoy en el Alto de los Leones.

—¿Vienes por mucho tiempo o solo provisional?

—Mínimo para un año, soy especialista y estoy en el año en prácticas, o sea, que digo yo que nos veremos alguna vez más.

—Por cierto, me llamo Lía.

—¿Lía? ¿De dónde viene ese nombre? Nunca lo había oído.

—De Amelia, pero todos me conocen por Lía, odio tanto mi nombre que si me llamas por él, jamás te contestaré.

—Pues no te preocupes, te llamaré como lo hace todo el mundo. Yo soy Arturo.

—¡Anda, como el rey!

—No, el rey se llama Juan Carlos.

—Me refiero al rey Arturo, el de la leyenda de Excálibur —le dijo a la vez que emitía una sonora carcajada.

Arturo, ante tal metedura de pata, se quedó un rato en silencio, aprovechando el momento para aproximar su cuerpo aún más al de ella. Lía, ante su proximidad, se percató de lo bien que olía, uno de los primeros consejos que recibió de Alicia, siempre bien perfumado.

—¿Eres de aquí de San Rafael?

—No, soy de la Estación del Espinar, a unos cuatro kilómetros de aquí.

¿Y tú?

—De León.

—Muy lejos de tu casa.

—Sí, pero la vida es así, hay que buscarse el porvenir y lo que menos me preocupa es dónde.

Una tras otra, fueron bailando todas las canciones, sin separarse aun cuando estas acababan, se quedaban en la misma posición a la espera de la siguiente. Solo cuando empezó la música pop, se despegaron para dirigirse a la barra. Tras pedir, decidieron ir a sentarse a la zona que allí se denominaba

el reservado, aunque se puede decir que casi tenía más iluminación, para ser un reservado, que la que había en la propia pista.

—¡Mierda! —exclamó Lía cuando apenas le había dado tiempo a sentarse—. Espera un momento, vengo ahora mismo.

Arturo la vio alejarse hacia la entrada y cómo se puso a hablar con el más alto de un grupo de cuatro tíos que acababan de entrar en la discoteca.

También se fijó en Nacho, que hablaba animadamente con una chica en la barra y por la confianza con la que se les veía a ambos, no debía de ser la primera vez que se veían.

Lía no tardó en regresar.

—¿Todo bien? —preguntó con la intención de ver si ella le decía quién era ese tío con el que estuvo hablando.

—Sí, era mi hermano Venancio, que me venía a avisar de que ellos se iban ya para la estación y quería que me fuese cuando ellos.

—¿Venancio? Vaya con tus padres, se han lucido poniendo los nombres a sus hijos. Aunque en esta ocasión, se puede decir que hasta le pega y todo, menudo pedazo de armario que tienes por hermano.

—Pues sí, el problema es que todo lo que tiene de grande, el pobre, lo tiene de gilipollas.

—¿Y si no te vas con él, con quién te vas a ir entonces?

—Una de mis amigas tiene coche y es de las que les gusta aprovechar

la discoteca hasta que cierra.

La conversación se prolongó animadamente hasta el siguiente lento, momento en que se levantaron y volvieron de nuevo a la pista. Desde el primer momento, la forma en que se agarraron los dos cuerpos fue totalmente distinta a la de la primera vez. En esta ocasión sus caras no se mantenían una frente a la otra, sino apoyadas cada una en el cuello de su pareja. Arturo, con cierta habilidad, para que pareciese algo casual, de vez en cuando elevaba la cara mínimamente para emitir con la boca un leve soplo, constante, que recorriese todo el cuello de Lía, desde su base hasta el lóbulo de la oreja, al mismo tiempo que con las manos acariciaba su espalda como si la estuviese masajeando. Ella sintió un estremecimiento, era una sensación sumamente placentera que la hizo aferrarse aún más al cuerpo de Arturo. El roce que con sus piernas se producía por el movimiento pausado al compás de la música hizo que Arturo no pudiese evitar empalmarse, algo de lo que Lía se percató, no haciendo absolutamente nada para separarse de ese bulto que notaba apoyado sobre ella a la altura de las ingles. Le resultaba sumamente extraño lo a gusto que se encontraba bailando con él, notando su cuerpo muy próximo al de ella, sintiendo una serie de sensaciones que, aunque prefería pensar que de momento no fuese así, la estaban excitando. No cruzaron una sola palabra en todo lo que duró el lento, como si a través del contacto de sus cuerpos fuese el único medio que tenían para comunicarse. Tanto el uno como el otro sintieron un enorme deseo de besarse, pero al mismo tiempo consideraban

que era demasiado pronto para hacerlo, se acababan de conocer. Por un lado, Arturo pensaba que Lía no era Alicia y que debía actuar con más tacto, por el otro, Lía no quería quedar como una facilona. Estaban tan concentrados en el momento que estaban disfrutando, que de repente saltó de nuevo la música discotequera y aún estuvieron unos segundos agarrados, como si la cosa no fuese con ellos.

En un momento determinado Nacho se acercó a ellos, quedando un tanto sorprendido al ver con quién estaba Arturo.

—Si queremos subir con el Willy, nos tenemos que ir ya. Si no, ya sabes, tendremos que hacer dedo.

—¿A ti te apetece quedarte un rato más? —le preguntó Arturo a Nacho

—. A mí no me importa ponernos a hacer dedo, y si no, subimos andando.

—Por cómo subir no os preocupéis, antes de irnos para nuestro pueblo, os acercamos hasta la base —se apresuró a decir Lía—. A mi amiga no le va a importar.

—¿Te parece bien? —preguntó de nuevo a Nacho.

—Por mí encantado, entonces nos vemos a la salida.

La discoteca los jueves cerraba a las doce de la noche, ya de fin de semana se retrasaba el cierre tres horas más.

Cuando aparcaron en la cuneta nada más coronar el puerto, se apearon

Nacho, Arturo y Lía. El primero se despidió y avanzó unos metros por la carretera que llevaba a la base y de la que aún les quedaban unos trescientos

metros para llegar, con el fin de dejarlos a solas para que se despidiesen.

—Nos volveremos a ver, ¿no? —preguntó él.

—Sí, aunque no queramos —carcajeó ella—. Aquí no hay otro lugar de diversión que no sea la discoteca Apolo, o sea que nos veremos, sí o sí. Aunque en este caso yo claro que quiero volver a verte.

—Lo que no tengo ni idea es de cuándo vuelvo a estar libre, como he llegado hoy, ni me han dado cuadrante de los turnos que tengo y menos de los días que libre.

—Iré todos los días que abra la discoteca hasta que vuelva a coincidir contigo, y a partir de ahí, ya podremos organizarnos mejor.

Se despidieron con pereza, les hubiera gustado seguir más tiempo, pero los dos se quedaron con las ganas.

Mientras se acercaba a donde lo estaba esperando Nacho, por su cabeza pasó fugazmente un pensamiento: era increíble, pero Lía había conseguido que durante el tiempo que estuvo con ella, en ningún momento le viniera a la mente el más mínimo pensamiento con respecto a Alicia.

—¡Joder, tío! —exclamó Nacho—. ¿Cómo lo has hecho para enrollarte con esta tía?

—Yo no he hecho nada, la saqué a bailar y a partir de ahí hemos estado charlando. ¿Por qué me lo preguntas?

—Anda, que no será porque no lo hayan intentado un montón de tíos.

Es la hija del director general de Iberpistas, los dueños de la autopista de peaje de Adanero. El pollo está forrado y ella es todo un partido, pero, entre que los tres hermanos que tiene, comandados por el mayor, un tal Venancio, no la dejan ni a sol ni a sombra, y que ella debe de ser de lo más selectiva, nadie tuvo éxito. Hoy seguro que has tenido que ser el tío más envidiado de la discoteca.

—Pues qué quieres que te diga, a mí me ha parecido una chica de lo más normal, ni tan siquiera me habló de su familia. Bueno, de su hermano sí, que vino a buscarla a la discoteca.

—Qué quieres que te diga, pero si sigues con ella, menudo braguetazo vas a dar.

Capítulo 11

Como el viernes Arturo se pasó prácticamente el día entero en la centralita, aprendiendo el funcionamiento exacto, y el sábado tuvo el turno de tarde, del que quedó prácticamente loco de tanto pasar llamadas, el brigada le dio el domingo de descanso. El suboficial era plenamente consciente de que los primeros días en ese puesto eran una verdadera locura. Hasta que se le cogiera el tranquillo, resultaba bastante estresante, y después, si eras un poco hábil, lo dominabas perfectamente.

Aun teniendo libre el domingo, tomó la decisión de pasar parte de la mañana con el que estaba de guardia, para ver si acababa de hacerse con el truquillo de la centralita.

Ya de tarde, se preparó; en esta ocasión no iba a bajar vestido de militar, como tampoco iba a bajar con Nacho, a este le tocaba guardia de noche. Nada más apearse, se fue directo a tomar algo al bar El Barranco, era demasiado pronto para irse a la discoteca. Según entró en el local, vio en una mesa a Venancio, algo que le hizo pensar que su hermana Lía podría estar ya por el pueblo. Iba acompañado por los mismos amigos de la vez anterior. Imponía ver a un tío así, menudo mastodonte, no era de extrañar que acojonase a los chicos que se intentaban acercar a su hermana. Arturo quiso pasar totalmente desapercibido, por lo que se pidió un refresco que se tomó con prontitud y abandonó el bar. La distancia hasta la discoteca era considerable, de hecho, el bar quedaba a la entrada del pueblo bajando del puerto, y la discoteca, a la salida en dirección al Espinar, así que había que recorrer toda la travesía y era fácil que hubiese cerca de un kilómetro de distancia.

De la que iba caminando se topó con una cabina de teléfonos y tuvo la tentación de llamar a Alicia, pero no se atrevió. Era domingo y no tenía la certeza de que su marido se hubiese ido ya, prefirió no correr riesgos y dejarlo para el lunes. En más de una ocasión, pensó en cómo iban a ser las cosas durante este año que iba a estar destinado allí. Tenía que averiguar si había alguna pensión u hotel por los alrededores para que, en caso de que ella se desplazase con su coche a verlo, pudiesen tener un punto de encuentro para estar en plena libertad.

Entre una cosa y otra, cuando se dio cuenta eran más de la siete, por lo que esta vez sí, se fue directo a la discoteca.

Nada más entrar ya cruzó su mirada con ella, era como si estuviese

todo el tiempo que llevaba allí mirando hacia la entrada para divisarlo en el momento en que hiciese acto de presencia. Al verlo, lo agradeció regalándole una agradable sonrisa, al tiempo que se apartaba de sus amigas para ir a su encuentro.

—Ya pensé que hoy tampoco ibas a venir —le dijo cuando llegó a su altura a la vez que le daba dos besos—. Ayer pensé que ibas a poder bajar y, si te soy sincera, me apenó no verte aparecer.

—Era imposible, estuve de guardia toda la tarde.

—Bueno, lo importante es que ya estás aquí. Te invito a tomar algo.

—¿Que me invitas? —le dijo un tanto sorprendido, Arturo no estaba muy acostumbrado a que una mujer le pagase la consumición a un hombre.

—Pues claro, ¿tiene algo de malo?

—No es que tenga nada de malo, pero ¿lo propio no es que el chico invite a la chica y no al revés?

—¿Te sientes más a gusto invitándome tú? Pues no se hable más.

Con la consumición en sus manos, se fueron a sentar a una de las mesas del reservado. Hablaron animadamente y, a cada minuto que pasaba, más complicidad se veía entre los dos. Llegó un momento en que estaban deseando que empezase de una vez la hora del lento para poder sentirse cerca el uno del otro. Arturo, de vez en cuando, miraba para la entrada del recinto. Temía que pudiese llegar Venancio y le chafase el momento, con la fama que

tenía con respecto a los chicos que rondaban a su hermana, no le hacía sentirse del todo tranquilo.

Por fin empezó a sonar una balada y las luces se difuminaron

considerablemente. No perdieron el tiempo, inmediatamente salieron de la

mano hacia la pista y, como si estuviesen hechos a medida, un cuerpo quedó

fusionado en el otro. Al igual que pasó la última vez que bailaron, no se cruzaron palabra alguna en todo el tiempo que estuvieron bailando. Solo se limitaban a sentirse, a percibir esa proximidad, con todos los instintos que se

iban despertando poco a poco. Volvió a producirse esa excitación por parte de

los dos. En el caso de Arturo, más palpable que en el de Lía, y ella comenzó a

sentir un cosquilleo por debajo del vientre como nunca le había sucedido con

ningún otro chico. No sabía el motivo exacto, pero se sintió atraída por él desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron. Notaba sus manos

recorrerle la espalda, le gustaba cómo lo hacía, lo que le provocaban esos movimientos, cómo lograba que subiese notablemente la temperatura de todo

su cuerpo. En varias ocasiones, deseó que Arturo se decidiese a besarla, incluso pensó en tomar ella la decisión, pero ante la duda de si sería lo más

correcto, prefirió no estropear ese momento.

De repente se produjo lo que ella menos deseaba en ese momento: el

ritmo de la música cambió de manera radical.

—¿Qué te parece si, en lugar de ir a sentarnos, optamos por irnos a dar

un paseo? —le propuso Arturo—. No hace mala noche, y así podemos estar

algo más protegidos de las miradas de los curiosos.

—Me parece bien, espérame arriba, en la entrada, voy a decírselo a mis amigas.

En cuestión de minutos ya se alejaban de la discoteca en busca de un lugar más tranquilo, por no decir más íntimo. Él, como apenas conocía los alrededores del pueblo, se dejó llevar. En algún momento del recorrido, Arturo, como si de lo más normal se tratase, le pasó el brazo por encima del hombro, manteniéndolo mientras seguían animados con la conversación. En momentos puntuales, rozaba con la punta de sus dedos el lateral del cuello de Lía, consiguiendo con suma efectividad su propósito, que no era otro que provocarla.

Se fueron para la zona de la estación de tren de San Rafael. Allí, en uno de los laterales, había una pequeña área recreativa. No estaba muy iluminada, solo recibía algo de la claridad sobrante de las luces de la estación, que tampoco eran para llamar la atención.

—Qué tranquilidad —comentó él a la vez que miraba para un cielo totalmente estrellado—. Entre el entorno y tu mirada, me siento totalmente cautivado.

—¿Y qué es lo que tiene mi mirada para tenerte tan cautivado?

—En este entorno de penumbra, se te pone una mirada muy misteriosa.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Eso es muy provocador.

Los ojos de Lía se iluminaron aún más si cabe, se había quedado sin palabras, se encontraba en una situación en la que no sabía muy bien cómo reaccionar. Por fin se produjo lo que tanto había deseado que ocurriese en la discoteca, Arturo se acercó más y sus labios buscaron los de ella. Cuando se encontraron, los de Lía aún seguían cerrados, por lo que él, con su lengua, los fue separando. Cuando al fin entreabrió la boca y se encontró plenamente con la de Arturo, sus ojos se cerraron, sus manos se aferraron a su cuello y se dejó llevar entre un cúmulo de agradables sensaciones.

Se separaron tras varios minutos de contacto continuo. Los ojos de Lía, en ese momento, emitían más brillo que las propias farolas de la estación.

—Nunca me había pasado algo así —dijo ella al tiempo que cogía aire.

Él la agarró de la mano, con suavidad, le retiró parte del pelo que ocultaba su cara para después bajar rozando con el dedo su mejilla.

—Las cosas pasan cuando llega el momento preciso de que pasen.

Puedes estar años sin que ocurra nada interesante en tu vida y, de un minuto para otro, suceder lo que menos te puedes esperar.

—Doy fe de lo que acabas de decir, vaya que si doy fe. ¿Y esto a dónde nos lleva?

—A vivir el momento, disfrutando de todo lo que vaya surgiendo, como hicimos cuando bailamos en la discoteca o como ha sucedido cuando nos hemos besado. Como dice el poeta Antonio Machado, caminante no hay

camino, se hace camino al andar... Pues simplemente dejemos que se vaya haciendo el camino.

Arturo no quiso seguir con lo que estaba diciendo, consideró que era un momento ideal para de nuevo volver a seguir abriendo camino, por lo que de nuevo y en este caso con más pasión que en la vez anterior, volvió a besarla. Él sabía que por la diferencia considerable de edad entre las dos mujeres que ahora mismo formaban parte de su vida, no podía actuar con Lía como lo hacía con Alicia cada vez que se veía con ella, por eso se limitó a lo que una pareja de la edad de ellos suele hacer en sus primeros encuentros íntimos. Sin ir más allá de los besos y algunas leves caricias, que lo único que buscaban era crear el deseo de que en un próximo encuentro se diese un pasito más, tomaron la decisión de volver para la discoteca, antes de que su hermano la empezase a buscar como un poseso por todo el pueblo.

Salieron agarrados de la mano, como si con ello estuviesen sellando el comienzo de algo que ninguno de los dos sabía cómo podría acabar, pero que, por el contrario, les apetecía seguir disfrutando.

Según se acercaban a la disco, soltaron sus manos para disimular y dar a entender a todos los que los pudiesen ver que aquello solo fue un inocente paseo.

Ella no vio a su hermano por el local y, tras preguntar a sus amigas, por allí de momento no había aparecido, algo que la tranquilizó notablemente.

Regresó de nuevo al lado de Arturo y siguieron disfrutando de la noche hasta el cierre de la discoteca.

* * *

Alicia aparcó su coche en el sitio donde Arturo le había dicho cuando habló con él por teléfono. Según se coronaba el puerto viniendo de Madrid, había un aparcamiento a la derecha donde se ubicaba un pequeño mirador. Allí tenía que esperar a que lo dejaran salir de la base. Aún tuvo que esperar un rato, al haber llegado con suma antelación no le quedaba otra que hacer tiempo.

Por fin lo vio acercarse por la carretera que se desviaba cuando se coronaba el puerto en dirección a las enormes antenas que desde allí se apreciaban. Le sorprendió verlo vestido de paisano, acostumbrada como estaba a ver cómo se tenía que cambiar de ropa en la cafetería de Berto. Arturo, según la vio, sintió como una descarga eléctrica que le recorrió todo el cuerpo. Apoyada sobre la puerta de su coche, estaba sumamente explosiva. Una falda ceñida a juego con un jersey de lana le hacía una figura digna de cualquier modelo. Le seguía impresionando el exquisito gusto que tenía para vestir.

—Qué ganas tenía de verte, no veía la hora de que se fuese mi marido

—le dijo a la vez que lo besaba con cierto deseo.

Finalizado el beso se metieron en el coche. Tras lo vivido con Lía el domingo pasado, Arturo creyó que se iba a sentir de forma distinta cuando se viese con Alicia, pero nada más lejos de la realidad; en el mismo instante en que la vio, su deseo por ella se disparó de forma alarmante. Al igual que a Lía

no le comentó nada de la existencia de Alicia, tenía muy claro que a ella tampoco le iba a contar nada con respecto a Lía.

—¿Tienes que volver esta noche?

—Sí, como muy tarde tengo que entrar a las doce de la noche. Mañana me toca de guardia el turno de mañana.

—Pues como a mí no me apetecía mucho volverme de noche para Madrid, he reservado en un pequeño hotel en el pueblo de Guadarrama. Si te apetece nos vamos un rato hasta allí.

—¿Y si te llama tu marido a casa de noche?

—Desde el momento que me dijiste que te venías para esta zona, supe que este tipo de situaciones se iban a producir de vez en cuando. Por tal motivo, ¿qué mejor que ir allanando el terreno? Le dije que últimamente tenía muchos problemas para dormir y que fui al médico, el cual me recetó unas pastillas que me dejan grogui, por lo tanto, de llamarme que me llame de tarde, porque de hacerlo más tarde de las nueve de la noche, lo más fácil es que ni me entere del teléfono.

—¿Y se lo ha creído?

—La prueba contundente es que hoy me llamó a la hora de comer, y desde que se fue no me ha llamado de noche ni una sola vez.

—O es más tonto de lo que parece, o le interesa hacerse el tonto.

—Estoy más de acuerdo contigo en lo segundo —le dijo a la vez que ponía el coche en marcha.

El perfume que desprendía era como un elixir para Arturo, le

despertaba todo lo peor de sus instintos, por lo que solo estaba deseando llegar a la habitación del hotel. Lo que no esperaba era que, al apearse del coche, en lugar de entrar a la habitación directamente, ella le propusiese irse

antes a tomar algo. Resopló contrariado, algo de lo que Alicia se percató.

—¿Qué te pasa? —le dijo ella con voz provocativa, una vez que se

sentaron en una de las mesas de la cafetería donde entraron—. ¿Me deseas mucho?

—¿Acaso lo dudas?

—No —sonrió con picardía—. Por eso no he querido subir para la habitación directamente, quiero que me desees más aún.

—A lo mejor, el que no quiere subir después soy yo.

—Bueno, digamos que eso es un riesgo que voy a correr, aunque siempre utilizaré todos los métodos a mi alcance para que eso no se produzca

—alegó a la vez que posaba la mano sobre el muslo de él.

—Me encantaría conocer alguno de tus métodos.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

Alicia, sin decir más, se levantó de su silla.

—Dame un minuto, que voy al baño.

Unos minutos después se sentaba de nuevo al lado de Arturo. Antes de

decir nada, cogió su bolso y lo abrió ante él.

—Mira lo que tengo aquí, a ver si sabes lo que es —le dijo a la vez que le enseñaba una prenda de color negro.

—¿Unas bragas?

—No unas bragas cualesquiera, mis bragas, las que hasta hace unos minutos traía puestas y que me acabo de quitar en el baño, por lo tanto, ya te puedes hacer una idea de lo que hay debajo de mi falda.

Arturo no pudo evitar dar un enorme resoplido, un intenso calor le recorrió el cuerpo entero.

—Quiero que tú también hagas lo mismo —le susurró ella—. Vete al baño y quítate el slip. Quiero tener la certeza de que debajo de tu pantalón tampoco hay nada.

No se lo pensó dos veces, ese juego le estaba poniendo en el disparadero. Tras hacer lo que ella le pidió, volvió a su sitio.

—Mete el slip aquí en mi bolso, junto a mis bragas.

Sin perder un segundo, lo sacó del bolso de su pantalón y lo metió en el de ella.

—Así estamos en igualdad de condiciones, para que en cualquier momento que se torne, tú tengas libre acceso a mí y yo a ti.

—¿De qué sirve tener libre acceso estando como estamos en un sitio público?

Alicia no contestó, se limitó a coger su cazadora y posarla sobre las piernas de Arturo, aproximó la mesa más hacia ellos, con el fin de ocultar algo más sus movimientos, y metió la mano debajo de la cazadora, le desabrochó la bragueta e introdujo su mano.

Arturo miró con los ojos como platos en todas las direcciones, con la intención de asegurarse de que nadie estaba pendiente de ellos.

Ella sacó sutilmente su miembro de dentro del pantalón y, con un movimiento suave, empezó a acariciarla de arriba abajo.

—¿Entiendes ahora la importancia de tener el acceso libre? Aunque estés en un sitio público.

—Nunca dejarás de sorprenderme —alegó con voz titubeante.

—Y ahora, me voy a ir para el hotel —dijo a la vez que sacaba su mano de debajo de la prenda—. Tú vas a esperar aquí quince minutos más.

Después te vas para el hotel y en recepción vas a preguntar por la habitación que está a mi nombre. Allí te voy a estar esperando deseosa de que llegues.

Un sudor frío empezó a brotar por la frente de Arturo. La excitación era tan grande que le estaba costando un mundo controlarse. Esperó esos quince minutos que habían acordado y que se le hicieron eternos.

Desde que ella metió la mano dentro de su bragueta no perdió en ningún momento la erección, de ahí que le costase mucho disimular el enorme bulto que se marcaba en su pantalón cuando se dirigía al hotel.

Preguntó por la habitación y, tras saber que era la número once, fue directamente a ella. Nada más llegar, se encontró con la puerta entreabierta.

En un principio se sorprendió un poco por su osadía, podía haber entrado cualquiera, aunque recapacitando, a ver quién coño iba a entrar en una habitación que no fuese la suya, por lo que siguió llevando a cabo el juego.

Cuando abrió se encontró con una oscuridad total, ella había bajado la persiana de la ventana en su totalidad y apagado todas las luces.

—No enciendas ninguna luz —dijo al sentirlo en la puerta—. Quítate toda la ropa y déjala en la entrada. Quiero que busques en la oscuridad y que acabes encontrando lo que buscas.

Totalmente desnudo se acercó a la cama. Pronto se topó con sus pies, protegidos por unas suaves medias. Comenzó a acariciar por encima de ellas, avanzando lentamente. Atrás dejó sus rodillas para ir rodeando sus muslos.

No tardó en encontrarse con la textura de su piel, síntoma de que sus medias finalizaban a mitad de muslo. Siguió recorriendo esa piel hasta llegar a su sexo libre de toda protección. Lo encontró muy húmedo, emitiendo un calor que sus dedos pudieron percibir al pasar por encima de él. Poco más arriba, se

encontró con otra prenda, se trataba de una lencería sumamente fina. Dudó si meter sus manos por debajo de la prenda o seguir acariciando por encima de

ella. Optó por lo segundo. No tardó en llegar a la altura de sus pechos, protegidos por dicha prenda y creando un escote de lo más sugerente.

No hubo palabras, el único sonido de ambiente era creado por unos excitantes gemidos. Arturo separó las piernas de ella con sus manos, al mismo tiempo que su boca se posó por el interior de sus muslos, en la parte que las medias dejaban libre. Poco a poco fue besando el trazado que iba recorriendo hasta llegar a su sexo. Notó el estremecimiento que se produjo en ese momento en el cuerpo de Alicia, más si cabe, cuando sorbió su clítoris metiéndolo en su boca. Lo mordisqueó suavemente al mismo tiempo que el cuerpo de Alicia se convulsionaba de placer. Se recreó durante varios minutos en esa zona, hasta notar cómo Alicia se corría al mismo tiempo que se contraía todo su cuerpo.

Nada más reponerse de su orgasmo, encendió un pequeño aplique que había en la cabecera de la cama. Hizo que Arturo se sentase en el borde de la cama a la vez que ella se quedaba de pie frente a él. Quería que, antes de pasar a otro tipo de acción, él se recrease con la imagen tan sexi que había escogido para el momento. Y no era para menos, un camisón sumamente transparente, sin otra prenda debajo y acompañado por unas medias negras que llegaban a mitad de sus muslos.

Ella no perdía de ojo el miembro de Arturo, totalmente erecto frente a ella.

Lentamente se acercó a él, manteniéndolo en la posición en la que se encontraba, sentado sobre el borde de la cama, para, sin esperar más, arrodillarse con las piernas abiertas sobre la cama y tras sujetar el miembro con su mano, llevándolo directamente a su sexo, sentarse sobre él, forzando la

penetración.

Arturo sujetó con sus manos la base de su culo para atraerla aún más hacia sí mismo y, lentamente al principio y con un notable cambio de ritmo, mantuvieron un movimiento totalmente coordinado hasta llegar al clímax juntos.

Capítulo 12

Arturo finalizó su guardia. Tras recibir el relevo de su compañero, se dirigió al comedor. A medio camino fue asaltado por Nacho, la persona con quien mejor se llevaba dentro de la base.

—Pedazo de cabrón, ¿tú qué coño les das a las mujeres? —preguntó

Nacho a la vez que lo abordaba.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—¿Que de qué estoy hablando? Resulta que llegas aquí y el primer día que sales te enrollas con la tía que más intentos de ser conquistada ha tenido por parte de los tíos, sin éxito ninguno, y resulta que ayer por la tarde te vas sin decir nada y te vieron en Guadarrama con un pedazo de pibón de mucho cuidado. ¿Cómo lo haces?

—Muchas veces, cuando menos buscas es cuando más encuentras.

—¿Entonces es verdad lo de Guadarrama? Yo que llegué a pensar que se habían confundido y no eras tú.

—No se confundieron, no.

—¿Y quién es esa tía? Porque, según dijeron, ya tenía sus añitos, aunque parece ser que estaba muy buena.

—Es una historia que, aunque te la cuente, jamás te la creerías.

—Que sí, que sí, que yo me lo creo todo, tú cuenta.

Sin entrar en demasiados detalles, Arturo le contó cómo conoció a Alicia y de qué manera se fueron desarrollando los acontecimientos hasta ese día.

—Pero eso sí, por tu propio bien, espero que bajo ningún concepto se te llegue a escapar nada de lo que te acabo de contar delante de Lía.

—¡Joder! Por quién me tomas. Hay cosas que son sagradas y una de ellas es que si estás con dos mujeres a la vez, que jamás una sepa de la otra.

—No lo has podido explicar mejor. Esto solo puede quedar entre tú y yo. Por cierto, ¿quién fue el que me vio en Guadarrama?

—El chofer del Willy, bajaba con el brigada a realizar unas compras y te vieron apearte del coche en el que ibais y entrar en una cafetería.

—Manda huevos, qué oportuno. Pues si te pregunta si tú sabes algo, le dices que no solté prenda.

—No te preocupes, puedes confiar en mí. A todo esto, ¿sabías que el sábado de noche hubo una buena pelea en un bar del Espinar?

—Ni idea, no había oído nada.

—¿A que no sabes quién estuvo involucrado en dicha pelea?

—Pues no.

—Venancio, el hermano de Lía.

—¡Coño! Pues me temo que con quien se ha peleado, no creo que haya salido muy bien parado.

—Es un tío muy problemático, es mala gente. Siempre anda metido en líos. Veremos a ver cómo reacciona cuando se entere de que andas saliendo con su hermana.

—No adelantemos acontecimientos, aún no se sabe cómo va a acabar lo mío con Lía, y de seguir con ella, no le quedará más remedio que hablar con él y poner las cosas claras y en su sitio.

—¡Uf! De seguir con ella, más vale que nunca se entere de que al mismo tiempo estás con esta otra. Cuando te veas con la tal Alicia, lárgate bien lejos de aquí para que no haya casualidades como la que hubo ayer.

—Habrá que mantener cierta precaución, sí.

—¿Vas a salir esta tarde?

—No, como quedé con Lía en hacer todo lo posible por estar libre para el jueves de tarde, voy a hacerle la noche de hoy a Roberto y el me hace la tarde de mañana jueves, así me podré ver con ella.

—Yo mañana libro la tarde también, así que habrá que bajar con tiempo para tomar algo, que después a ti ya no se te ve el pelo.

Cuando volvió a quedar solo, Arturo retomó el pensamiento que le

traía de cabeza todo lo que iba de día. No se podía quitar de la mente la tarde que había pasado con Alicia el día anterior. Esa mujer era como una droga, querías desconectar de ella, pero te resultaba totalmente imposible. Era sumamente consciente de que con ella no tendría nunca el más mínimo futuro en ninguna otra cosa que no fuese vivir todas estas experiencias morbosas que venía viviendo con ella hasta el momento. Pensaba mucho en Lía, en su edad, mucho más acorde a la de él; en su inocencia, propia de la edad, inocencia como la que él tenía antes de conocer a Alicia; en que con ella tendría siempre la voz cantante en cuestión de sexo, algo imposible con Alicia, con quien siempre estaba supeditado a la gran experiencia que tenía en ese aspecto. Sentía que las deseaba a las dos, solo que ese deseo, dependiendo de cuándo, dónde y con quién, unas veces llevaba el nombre de Alicia y otras el de Lía.

* * *

Arturo y Nacho llegaron a la taquilla de la discoteca y, antes de que sacaran la entrada, apareció Lía.

—No saques la entrada —le dijo ella—, vámonos a tomar algo por ahí.

Mi hermano Venancio está dentro y no tengo la más mínima gana de que me monte un espectáculo.

Arturo le dijo a Nacho que lo esperase en la disco, que antes de que cerrase, él lo esperaría en la entrada. Sin opción a decir más, ella lo cogió de

la mano, tiró de él y se fueron carretera arriba. A la mitad del pueblo había una tienda de ultramarinos, y Lía le mandó esperar mientras ella se colaba dentro. A los pocos minutos salió con una litrona de cerveza.

—Vámonos para la estación y allí nos la tomamos sin que nos moleste nadie, es el mejor sitio para estar tranquilos —sugirió al mismo tiempo que lo agarraba de nuevo de la mano.

Sentados en una de las mesas del área recreativa, abrieron la botella con una llave, dándole un trago cada uno.

—Ya me han comentado lo de la pelea de tu hermano el otro día en el Espinar.

—No tiene arreglo, siempre está metido en líos. Se cree más fuerte que nadie, pero un día va a topar con alguien que esté a su altura y que le va a poner la cara del revés.

—¿Tus otros dos hermanos son igual de brutos que Venancio?

—¡Vaya! Ya sabes que tengo más hermanos, veo que te has informado sobre mí.

—Digamos más bien que os conoce mucha gente y me han puesto en antecedentes.

—No, mis otros dos hermanos son mucho más civilizados, no tienen nada que ver con él.

—Es complicado ser la única mujer de cuatro hermanos, ¿no?

—Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, aunque actualmente son más las malas que las buenas. Me da la sensación de que te asusta un poco el ver que estoy protegida por mis tres hermanos.

—No, precisamente eso no, hay cosas que me preocupan más.

—¿Por ejemplo?

—Pues lo nuestro, lo que está pasando entre nosotros.

—¿Y qué es lo que tú crees que está pasando entre nosotros para que te tenga tan preocupado?

—No me interpretes mal. Es evidente que entre nosotros ha surgido mucha química desde que nos hemos conocido.

—Es cierto, no te lo voy a negar.

—Todo eso ha surgido en una semana, pero a mí aquí me queda como mínimo un año. Si seguimos viéndonos, esto no va a quedar aquí, va a ir a más, pero ¿qué va a pasar cuando a mí se me termine el tiempo de estar aquí?

En un principio me tengo que volver a Madrid para hacer el curso de sargento, y cuando termine, salgo destinado, y ese destino puede ser para cualquier punto de España. Tú tienes aquí tu vida, sé que no te has planteado nada de esto, pero...

—Sí me lo he planteado —lo interrumpió ella—. Me lo llevo planteando desde el momento en que nos besamos aquí por primera vez.

—¡Vaya! Lo siento, eso sí que no me lo esperaba.

—Una vez cometí un error y me he propuesto no volver a cometer nunca más el mismo error.

—¿Cuál fue ese error?

—Dejarme llevar por una persona que solo tenía un objetivo conmigo, aunque nunca cesó de hacerme creer que estaba dispuesto a llegar hasta donde hiciese falta, pero cuando por fin lo consiguió, desapareció como alma que lleva el diablo.

—¿Y cuál era ese objetivo?

—¿De verdad necesito decírtelo?

—No, perdona mi pregunta, creo que está sumamente claro.

—Ese es el motivo por el que mi hermano mayor está tan obsesionado con protegerme, porque tiene miedo de que otro espabilado se intente aprovechar de mí.

—Bueno, siendo así, ahora lo entiendo mucho mejor. Si yo estuviese en su lugar, haría lo mismo por mi hermana.

—Ya, pero es que yo ni quiero ni necesito esa protección tan enfermiza. Soy lo suficientemente adulta como para no caer dos veces en el mismo error. Tú has sido totalmente sincero conmigo, me has comentado que has venido a la base por unas prácticas y que esas prácticas tienen fecha de caducidad, por lo tanto, todo lo que yo haga con mi vida o me deje llevar por los acontecimientos que se vayan produciendo, lo hago a sabiendas de que algún día se va a terminar.

Arturo no pudo evitar acercarse a ella cuando terminó la frase y besarla suavemente.

—Una vez me entregué a un tío, porque me creí todas sus mentiras,

ahora probablemente tú pagues las consecuencias de ello.

—Hay todo un año por delante —le dijo él volviéndola a besar—,
pasará lo que tenga que pasar.

Esta vez Lía sí se entregó enteramente a ese beso, como si el dejarle claro todo lo que ella había vivido en su pasado la hubiese aliviado de un lastre que no quería seguir arrastrando.

—¿Qué planes tienes para cuando termines tu carrera militar? —le preguntó ella a la vez que se apoyaba sobre su pecho después del tierno beso que acababan de compartir.

—Como te dije, soy de León, de ahí que mi intención es conseguir destino en la base aérea que hay en la Virgen del Camino, un pueblo cercano a la capital. Pero como eso no es algo que tenga seguro, ya que todo depende del puesto de promoción que saque, pues a saber dónde puedo acabar.

—¿Nunca te has planteado que en el tiempo que estés fuera de tu tierra puedes acabar enamorándote?

—Si te soy sincero, desde que salí de mi tierra mi único objetivo era estudiar, estudiar y estudiar para sacar la carrera y no tener que preocuparme más una vez que consiga los galones de sargento.

—Pero ya sabes que las cosas no siempre salen como uno las planea.

—¡Uf! A mí me lo vas a decir.

—¿Por qué lo dices? Algo no salió como tú esperabas.

A Arturo lo traicionó el subconsciente al pensar en Alicia cuando replicó al comentario de Lía.

—No, no, por nada en especial, simplemente que estoy de acuerdo contigo en que te puedes llevar muchas sorpresas de como pienses que van a salir las cosas a como salen después.

Durante unos segundos Arturo se sorprendió de lo muy diferentes que eran los momentos que pasaba con una y con otra. Con Alicia le era imposible pasar quince minutos seguidos sin desear de forma compulsiva tener sexo con ella, y con Lía, al menos de momento, pasaban las horas y le encantaba el simple hecho de estar sentado charlando junto a ella.

De nuevo sus labios volvieron a juntarse, su lengua buscó la de ella y sus manos, a sabiendas de que de momento tenían que reprimirse al máximo, no dejaban de recorrer algunas zonas del cuerpo de Lía.

Ella no dejaba de sorprenderse, le resultaba increíble ver cómo en cada movimiento de sus manos, en cada beso que recibía de él, en cada caricia, por muy liviana que esta fuese, no podía evitar estremecerse. Le agradaba su compañía, le provocaba verse a solas con él y le excitaba el más mínimo contacto que tuviesen, y aunque es cierto que había situaciones en que le preocupaba enormemente el perder el control de sí misma, estaba dispuesta a seguir disfrutando de todos esos momentos con él.

—Mis padres tienen caballos, ¿te gustaría salir un día a caballo? A mí me encanta.

—¿Y qué pensará tu padre de eso?

—No tiene por qué pensar nada si no se entera. Las caballerizas están lejos de donde vivimos, solo hay que pasar por allí y decirle a Osvaldo, que es el encargado de las caballerizas, que nos prepare dos caballos y que sea discreto.

—Nunca he montado a caballo, por lo que puede ser una buena experiencia.

Poco a poco fue pasando el tiempo, y dejaron la mesa donde se habían sentado en un principio para tumbarse en el césped. Apoyado él sobre la base de un árbol y ella sobre su cuerpo, pasaron el tiempo que les quedaba antes de tener que irse.

Arturo ya se había percatado de que, desde el primer día que conoció a Lía, esta siempre llevaba pantalones, principalmente vaqueros. Aún no la había visto ni una sola vez con falda, una manera, pensó él, de no generar ningún tipo de provocación a nadie que se le acercase. No pudo por menos que volver a hacer una comparativa y confirmar una vez más lo distintas que eran las dos.

En menos de media hora, la discoteca iba a cerrar, por lo que decidieron dirigirse hacia ella. Por el camino aún se prodigaron algunos besos, a sabiendas de que una vez que llegasen a la zona pública iban a tener que reprimirse algo más.

—¡Vaya! Allí está mi hermano Venancio —exclamó en el momento en que divisaron la entrada del local—. Seguro que pavoneándose y dando el cante como es habitual en él.

La reacción de Venancio nada más ver a su hermana no se hizo esperar.

—¿Se puede saber dónde coño estabas metida? Llevo un buen rato buscándote para irnos para casa.

—Cuántas veces te tengo que decir que tú te vayas cuando a ti te dé la gana, que yo tengo medios suficientes para irme cuando yo quiera. No tengo que depender de ti para nada.

—¿Y este que viene contigo, se puede saber quién es? —le preguntó a la vez que lo miraba a él de arriba abajo.

—Me llamo Arturo, estoy en la...

—Nadie te ha preguntado a ti, estoy hablando con mi hermana —le reprochó sin dejarle acabar de hablar.

—Vamos, Arturo —le dijo a la vez que lo agarraba de la mano y se dirigía hacia el interior de la discoteca—. Yo no tengo que darte ninguna explicación de quién es quién, y como sigas así, voy a tener que hablar con papá del acoso al que me tienes sometida.

—El que va a hablar con papá voy a ser yo, y a explicarle claramente el trajín que te traes.

—Pues no sé a qué estás esperando, ya puedes ir perdiendo el culo en ir a soplarle lo que tú quieras, que luego vendrá el turno mío y no sé quién

tendrá que perder más de los dos.

Con su reproche tuvo que haber tocado fibra delicada, porque de la boca de Venancio no salió una sola palabra más.

Una vez dentro, ella se juntó con sus amigas y él buscó a Nacho, para luego reunirse todos juntos. Esta vez, Arturo decidió que era mucho mejor que se fuesen, que ya encontrarían a alguien que subiese en dirección a Guadarrama y los dejase en el alto. Tal y como se habían puesto las cosas en la entrada, era mejor que se fuese ya para casa, por si a Venancio le daba por putear más la situación. Se despidieron allí mismo y ellas se fueron, quedando Arturo y Nacho a ver si encontraban a alguien que los pudiese subir a la base.

Capítulo 13

Había transcurrido un mes desde que había llegado a la base. Estaban en pleno verano y el calor apretaba por toda aquella zona. Con Alicia se había visto en tres ocasiones más, siempre muy al estilo de lo que solía suceder entre ellos cuando se encontraban, aunque ahora iban a tardar una temporada en verse. Su marido había cogido algo más de un mes de vacaciones y se habían ido de viaje por varios puntos de Europa, a vivir como realmente a ella le gustaba, a todo lujo.

Este fin de semana le tocaba libre, como solía suceder en uno de cada tres. Arturo había pedido permiso al brigada para pernoctar fuera el sábado, permiso que se le había concedido. Llegó a un acuerdo con el dueño del bar El Barranco para que le alquilase una habitación, por lo que el problema de dónde pasar la noche lo tenía solventado.

Ese sábado, él y Lía decidieron pasarlo en la piscina municipal de San Rafael. Iban a venir también algunas de sus amigas, por lo que le dijo a Nacho que, cuando saliese del turno de guardia que le tocaba esa mañana, fuese para la piscina con ellos, así equilibraban un poco más la balanza entre chicos y chicas.

Aprovechó para bajar con el todoterreno cuando este lo hacía para recoger a la cocinera a las once de la mañana. Como hasta la una no había quedado con Lía en la puerta de las piscinas, se dedicó a dar una vuelta por los alrededores.

Cada vez que se quedaba mucho a solas, recapacitaba sobre cómo estaba llevando su vida a nivel sentimental. Siempre se veía frente a dos tesituras y jamás se imaginó que le pudiese costar tanto saber cuál le convenía más de las dos.

Con Alicia vivía una experiencia totalmente al límite, era todo un imposible y, al mismo tiempo, esa imposibilidad hacía que todo fuese sumamente adictivo. Cada encuentro con ella era una sobredosis total de adrenalina para él. Con Lía era todo lo contrario, se vivía cada momento usando el sentido común, sin prisa, pero sin pausa. Con ella no había traspasado ciertas barreras, de momento se limitaban a una serie de caricias y no por ello dejaba de ser sumamente excitante ese querer y no poder, si bien es cierto que, cada día que pasaba, ese límite iba adquiriendo otra serie de connotaciones.

Con una se producía un deseo de hacerlo todo al instante y sin el más mínimo control por parte de los dos, era evidente que valía todo. Con la otra, el deseo se limitaba única y exclusivamente a que en cada encuentro se fuesen dejando llevar un poquito más.

De cualquier manera, Arturo se sentía a gusto y feliz de ver que ambas situaciones estaban siendo una verdadera experiencia en su vida.

Cuando llegó a la puerta de entrada a las piscinas, lugar en el que había quedado con Lía, ella ya se encontraba allí esperándolo. Sus amigas habían entrado a coger alguna de las pocas zonas que había con sombra.

—Estoy deseando darme un baño —comentó ella—, menudo calor hace.

—Saco la entrada y pasamos.

—Ya las he sacado yo, o sea que vámonos para dentro.

Colocaron las toallas pegadas la una a la otra. Lía, que llevaba un pantalón corto de deporte y una blusa de tirantes, tardó poco en quedar en bikini. Arturo, por el contrario, se fue a cambiar a los vestuarios.

Nada más llegar con el bañador puesto, Lía lo cogió de la mano y lo llevó directamente al borde de la piscina. De un empujón lo lanzó a él para después tirarse ella.

—Cómo se agradece —dijo ella.

—Pues qué quieres que te diga, para el calor que hace hoy yo pensaba

que iba a estar más caliente.

—¡Míralo! ¿Y tú eres del norte? —le criticó al mismo tiempo que lo salpicaba.

La sujetó por las muñecas para evitar que siguiese y girándola la atrajo hacia sí mismo. Sintió cómo su culo quedaba apoyado sobre él y fue una sensación que le encantó.

Era la tercera vez que quedaban en la piscina, por lo tanto, Arturo había tenido ya ocasión de verla con el bikini puesto, aunque en las tres ocasiones era diferente. El que traía hoy le hacía un tipín mucho más sugerente, de ahí que, desde el momento en que se quitó la ropa, no pudo dejar de observarla con cierto deseo.

Una vez de regreso a la toalla, se tumbaron con la intención de secarse al sol.

—¿Sabes? Estás muy sugerente con ese bikini —le susurró Arturo al oído.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que más te gusta de él?

—¿De verdad quieres que te lo diga?

—De no ser así no te lo hubiese preguntado.

—Me encanta cómo al mojarse hace que se te marquen los pezones sobre la tela.

No pudo por menos que mirar inmediatamente y comprobar por sí

misma que era cierto lo que le acababa de decir.

—¿Por eso desde que llegamos de bañarnos llevas todo el tiempo tumbado boca abajo?

—¿Tú qué crees?

Lía no pudo evitar soltar una sonora carcajada ante la respuesta de Arturo.

—O sea que hoy te tengo un tanto alterado. Me temo que te vas a pasar toda la tarde en la misma posición.

—Por desgracia, me tienes alterado muchas más veces de las que tú te crees.

—¿Por desgracia?

—Pues claro, es que para mí es toda una desgracia tener esa sensación y no poder compartirla plenamente contigo.

—Te puedo asegurar que muchas veces me cuesta más de lo que tú piensas —le comentó a la vez que ella también se ponía boca abajo para poder verlo mejor—, pero nada es eterno, a su tiempo todo llega y te puedo asegurar que está mucho más cerca de lo que imaginas.

Lía finalizó sus palabras acercándose a él y dándole un tierno beso en la boca.

—Razón tienes cuando dices que me voy a pasar toda la tarde en esta posición, así, o metido en el agua.

—¿Y cómo haces para ir desde la toalla al borde de la piscina con esa alteración debajo del bañador?

—¿Nunca te han dicho que eres un poco cabrona? Voy a tener que hacer yo lo mismo contigo.

—Y lo conseguirás, no tengo la más mínima duda, pero te recuerdo que a mí no se me nota, aunque esté más alterada aún que tú.

—¿Quieres que te ponga un poco de bronceador por la espalda?

—¿Y cómo se supone que me vas a dar el bronceador sin incorporarte de la toalla?

Sin mediar palabra y con un solo movimiento, se acopló, sentado con las piernas abiertas y arrodillado sobre el trasero de Lía, momento en el que ella pudo comprobar en sus propias carnes la alteración que impedía que Arturo estuviese tumbado bocarriba en la toalla. No pudo por menos que sentir cierto grado de excitación al notar la dureza apoyada sobre su culo.

—¿Ves cómo siempre hay soluciones para todo? —le comentó a la vez que cogía el bote del bronceador.

Tras un espeso chorro, Arturo comenzó a esparcírsele por toda la espalda. No lo hacía de cualquier manera, empleaba una suavidad un tanto sutil, llegando incluso a la frontera entre su espalda y el comienzo de sus pechos.

Entre la alteración de Arturo, que ella seguía percibiendo

notablemente, y la manera en que le estaba esparciendo el bronceador por su espalda, Lía se sintió realmente excitada.

El resto de la tarde hasta que llegó Nacho a la piscina fue una constante provocación por parte de los dos. A partir de ahí, una vez equilibrada la contienda, ahora eran tres chicas y dos chicos, el grupo se unió y se dedicaron a disfrutar de la tarde.

Sobre las siete y media abandonaron la piscina. Las tres chicas se fueron para su pueblo con la intención de arreglarse, para irse de noche a las fiestas de verano de Navas de San Antonio. Por otro lado, Arturo se fue a la habitación que había alquilado en el bar El Barranco. Nacho lo acompañó, ambos se dieron sus respectivas duchas y se vistieron con ropa totalmente veraniega, propia de las noches calurosas que solía hacer por toda aquella zona.

En esta ocasión, a Lía le costó toda una semana de soborno emocional hacia su padre para que ese día le dejase el todoterreno para salir por la noche, algo que surtió efecto.

Cuando llegaron al punto de encuentro y se apearon del coche, Arturo se quedó casi sin habla. Lía venía con un vestido veraniego que finalizaba a escaso medio muslo, que no solo le hacía un escote perfecto, sino que le proporcionaba una figura espectacular, y sumado al bronceado de las muchas horas de piscina, la imagen no le pudo resultar más seductora.

Al volver de nuevo al coche, todos juntos, ella indicó a Arturo que se

subiese delante. Según se sentó Lía en el asiento del conductor, él no pudo evitar ver cómo la falda, por la posición del asiento, retrocedía, quedando sus muslos prácticamente al descubierto. Una tentación difícil de controlar, pensó al mismo tiempo que controlaba el impulso de posar la mano sobre ellos.

Cuando llegaron al pueblo, aún no había comenzado la orquesta, por lo que decidieron irse a tomar algo. Nada más empezar a sonar la música, se acoplaron cerca del escenario y no dejaron de bailar hasta las dos de la mañana, cuando decidieron irse.

Primero subieron al alto a dejar a Nacho en la base, de ahí, se trasladaron a la Estación del Espinar a dejar a las amigas de Lía, y a partir de ese momento decidieron buscarse un lugar tranquilo para disfrutar de un poco de intimidad.

Paró el coche a mitad de trayecto entre su pueblo y San Rafael, frente a una pequeña portilla, y se apeó con unas llaves en la mano con las que abrió el candado que impedía el paso al interior de la finca. Tras abrir la portilla de par en par, volvió al todoterreno y lo metió dentro, cerrando posteriormente.

—Es una de las muchas fincas que mi padre tiene por los alrededores

—le dijo ella a la vez que se apeaba del coche.

Abrió la puerta trasera y sacó una enorme manta que desplegó en el suelo, justo al lado del vehículo.

—Veo que lo tenías todo pensado.

—A ver si pensabas que nos íbamos a pasar toda la noche con compañía.

Ambos se sentaron el uno al lado del otro. No hubo una sola palabra, sus labios se buscaron con urgencia y sus cuerpos, como si les resultase imposible mantenerse erguidos, se dejaron caer sobre la manta. En ese momento sus manos entraron en acción. Las de Lía acariciaban la nuca de Arturo entrelazando los dedos en su pelo. Las de Arturo, apoyadas en un principio sobre la cintura para, posteriormente, que una de ellas comenzase a descender en busca del contacto con el muslo. Él dejó los labios de ella para dirigir la lengua al lóbulo de su oreja y desde ahí descender por su cuello, mordisqueándolo y saboreando el perfume que en él estaba impregnado. Con total coordinación, a la vez que saboreaba el cuello de Lía, su mano descendía acariciando con extrema suavidad por el exterior de su muslo, para cambiarse hacia su interior en el momento en que se percató de cómo las piernas de Lía se iban entreabriendo lentamente.

Arturo se encontraba tan excitado como temeroso por no saber a ciencia cierta hasta dónde podía llegar. Subía y bajaba la mano sin atreverse ni siquiera a rozar el sexo de Lía, por miedo a que la situación que estaban viviendo en ese instante se fuera al traste. Por otro lado, se decía a sí mismo que si ella no estuviese segura no lo hubiese llevado nunca al rincón donde en ese momento se encontraban a solas. La pelea interna que Arturo llevaba consigo mismo se decantó por probar y ver hasta dónde le dejaba llegar.

Ella no retiraba las manos de su nuca, esa falta de participación impedía que él se dejase llevar tal y como en ese momento deseaba.

Detuvo su mano, dejó de acariciarle el muslo, y se quedó quieto al tiempo que alzaba la cara y la miraba fijamente.

—No te imaginas lo que te estoy deseando —le susurró sin quitar sus ojos de los de ella—, pero al mismo tiempo, no quiero hacer nada que tú no desees que haga.

—Reconozco que cuando me di cuenta de lo único que quería de mí la persona por la que me dejé engañar, me bloqueé de tal manera que hasta ahora solo tenía claro que nadie más me iba a tocar ni un ápice de mi cuerpo hasta no saber, o al menos tener muy claras, las intenciones de esa persona.

Tú y yo llevamos más de un mes viéndonos y siempre me has respetado de una manera exquisita. Quiero creer que lo has hecho porque no buscas nada en concreto de mí, sino que dejas que todo siga su curso y que las cosas vayan surgiendo por sí solas.

—Sería absurdo forzar nada, el deseo entre dos personas tiene que ir creciendo día a día.

—Lo sé, pero, por otro lado, si yo no voy probando ciertas cosas, no podré saber si ese bloqueo que hasta ahora me impedía dejarme llevar ha desaparecido. No quiero que nos precipitemos innecesariamente, como tampoco quiero que evitemos que nuestros deseos obtengan el final que se merecen. Lo que tenga que ser, no sé si será ahora, mañana o dentro de una semana, pero tengo muy claro que, tal y como me siento cuando estoy a tu lado, va a ser.

Arturo no la dejó seguir, volvió a posar sus labios sobre los de ella, a la vez que estos se entreabrían para recibirlos con más pasión. Continuó con su mano en el mismo sitio donde lo había dejado y del que hasta ese momento aún no se había separado. Poco a poco empezó a subirla hasta el contorno de uno de sus pechos. Nada más llegar a él, se percató de que no llevaba sujetador, básicamente, tampoco lo necesitaba. Tenía unos pechos no muy grandes, firmes y de una dureza muy definida. Pasó su mano por encima de él a través del vestido, notando la excitación del propio pezón, una dureza que se acrecentó cuando, con la palma abierta, lo rozaba a la vez que hacía círculos sobre él. Se entretuvo en ese lugar el tiempo justo para conseguir que el pezón alcanzase su máxima dureza, seguidamente, volvió a bajar y en esta ocasión, nada más entrar en contacto con el muslo, ascendió directamente a su entrepierna. Acarició por encima de su braga, notando en ella una notable humedad. Aguantó unos segundos en esa situación, esperando su reacción, una reacción que no se hizo esperar y que hizo que Arturo llegase a la conclusión de que podía continuar.

Con la mano apartó a un lado la prenda que se interponía entre él y su sexo, este se encontraba muy mojado, algo que facilitó que uno de sus dedos penetrase dentro de ella. No tardó en percatarse del estremecimiento que brotó de su cuerpo, al tiempo que un gemido de placer salía de su boca.

Jugó con su dedo durante unos segundos en el interior de su sexo, para

posteriormente sacarlo totalmente mojado y desplazarlo hasta localizar su clítoris, un clítoris que comenzó a acariciar en redondo, compaginando ese movimiento con los que su lengua realizaba sobre el cuello de Lía.

El ritmo con el que ambos gestos iban acompasados hizo que Lía no pudiese evitar correrse con una intensidad inusitada. En ese preciso instante, y aunque Arturo se encontraba en su máxima erección, decidió que era el momento adecuado de parar.

—No te imaginas lo excitante que ha sido sentir cómo alcanzabas el orgasmo.

—Fue muy intenso, sin duda. No sé cómo lo haces, pero tienes el don de saber siempre el punto exacto donde tocar. ¿Por qué te has parado?

—Tú lo dijiste antes, dejemos que todo vaya surgiendo en su justa medida, y este no creo que sea ni el momento ni el lugar.

—No te imaginas lo que agradezco esas palabras. Y sí, no dudes de que tendremos ese gran momento en el lugar adecuado.

Continuaron durante un rato compartiendo esa intimidad que buscaban, prodigándose algunas caricias más, aunque sin la intensidad con la que comenzaron en el primer momento. Viendo que el tiempo había pasado con demasiada rapidez, decidieron dar la noche por finalizada.

Lía lo llevó hasta la puerta del bar El Barranco y acto seguido se dirigió para su casa. Tras aparcar el coche en el tendejón del chalé donde

aparcaban los demás coches de la familia, entró en casa.

—Buenos días, Lía, veo que has aprovechado bien la noche.

La voz provenía del salón.

—¡Padre! ¿Cómo es que está levantado a estas horas? —le dijo a la vez que entraba en el salón.

—No podía dormir, me duelen tanto los riñones que no soy capaz de coger postura en la cama.

—Con la cantidad de horas que pasa sentado en la oficina, no me extraña que le duelan.

—Ven, siéntate un rato aquí conmigo, hace unos días que me apetece tener una charla contigo.

—Pues usted dirá, padre —le dijo a la vez que se sentaba enfrente de él.

—¿Qué tal te va todo?

—Bien —le respondió un tanto extrañada—, ¿por qué me lo pregunta?

—Me ha dicho tu hermano Venancio que estás saliendo con un chico, un militar de la base del Alto de los Leones, y, aunque no tengo la más mínima duda de que de los cuatro hermanos que sois, tú eres, con mucho, la más sensata de los cuatro, me da miedo que puedas caer de nuevo en el mismo error que cometiste con aquel chico.

—No tiene que preocuparse de nada padre, puedo asegurarle que no

volveré a tropezar dos veces con la misma piedra.

—Te he visto pasarlo muy mal y sé bien que las heridas que deja el amor son muy difíciles de curar, no quisiera volver a verte pasar una vez más por lo mismo.

—Una intenta aprender de los errores que comete y en este caso le puedo asegurar que la persona con la que me veo está a años luz de la que metí en casa creyendo que era alguien que merecía mucho la pena. No solo no volveré a cometer semejante error, sino que estar con él me está sirviendo para confirmarme a mí misma que mi herida está sumamente curada. Lo que realmente no me ayuda en nada es la excesiva autoprotección que estoy recibiendo por parte de mis hermanos, en especial de Venancio, que en numerosas ocasiones roza el ridículo, quedando no solo él en evidencia, sino que me deja a mí también en la misma situación. No necesito que me espanten a cada persona que se me acerque ni que me conviertan en la intocable de toda la provincia de Segovia, necesito que confíen en mí como lo hace usted y que me dejen a mí sola enfrentarme al trauma que me generó mi anterior experiencia.

—En parte los entiendo, todos te vimos pasarlo realmente mal, y pensar que podrías volver a pasar por ello nos asusta a todos. Pero sí, tienes razón, solo tú puedes superar aquello que tanto trauma te generó en su momento, por lo que no te preocupes, hablaré con ellos y les diré que se metan en sus asuntos y que te dejen a ti con los tuyos.

—Gracias, padre. De momento, aunque usted lo está deseando, no voy a contarle nada de Arturo, que así es como se llama, porque simplemente nos estamos conociendo como dos personas se deben conocer, con el tiempo, sin prisas, con la seguridad de que no hay, de momento, ningún compromiso ni por su parte ni por la mía. Yo le prometo que el día, y le puedo asegurar que ese día no tengo ni idea de cuándo será, que tenga la plena seguridad de que es la persona adecuada para mí, en ese mismo instante, lo cogeré de la mano y lo traeré expresamente para que lo conozca. Antes, jamás volverá a entrar nadie dentro de mi ámbito familiar.

—Me alegra oírte hablar así, veo que la intranquilidad que me generó tu hermano cuando me vino a decir lo de este chico no tiene el más mínimo fundamento. Jamás he querido meterme en tu vida y, salvo que vea peligrar tu estabilidad emocional, jamás me meteré. Solo quiero, como cualquier padre, lo mejor para sus hijos y en tu caso, que eres mi única hija, que nada ni nadie vuelva a perturbarte en el curso de tu vida.

Lía se levantó, siempre sintió verdadera devoción por su padre y una vez más le estaba dando los motivos principales por los que sentir tal devoción. Se acercó a él y le dio un fuerte beso en la mejilla acompañado de un abrazo.

—Desde muy pequeña me he sentido muy protegida por usted y por madre. Ahora ha llegado el momento de que yo misma me sepa proteger. Los

defraudé una vez y eso tengo muy claro que no se va a volver a producir.

Ahora creo que debe irse a intentar dormir otro poco.

—Sí, después de esta pequeña charla, sin duda me voy más tranquilo.

Una última pregunta, Lía, ¿confías en este chico?

—De momento me está dando motivos más que sobrados para que así

sea, pero no le quepa la más mínima duda de que si en algún momento me demuestra lo contrario, voy a saber perfectamente lo que debo hacer.

—Pues entonces dejaremos que corra el tiempo y que la propia vida

vaya poniendo las cosas donde les corresponda estar, y no te olvides de tu promesa, el día que tengas el pleno convencimiento de que es la persona perfecta para ti, no dudes en traerlo a casa para darle mi conformidad.

—Así lo haré, padre, se lo prometo.

Capítulo 14

A los cuatro especialistas que se encontraban en la base se les

concedieron ocho días de permiso de verano a cada uno, y Arturo decidió coger la última semana de julio para coincidir con las fiestas de verano de San

Rafael. De lunes cogió el tren con destino a León con el fin de pasar con su

familia hasta el viernes, día que tenía previsto regresar, no solo para pasar el

fin de semana en los días grandes de la fiesta, pues daba la casualidad de que

el domingo era también el cumpleaños de Lía.

La familia de Arturo contaba con tenerlo más tiempo de vacaciones,

pero él se justificó, no quería contar nada de su vida sentimental y se limitó a

decir que por escasez de personal solo les concedían de momento esos cinco días de permiso.

De Alicia no sabía nada, algo que en cierto modo le aliviaba. Se encontraba cada vez más a gusto con Lía y poco a poco se iba dando cuenta de que no quería mezclar una situación con otra. Esa sensación que tenía cuando estaba con ella hizo que los cinco días que pasó en su tierra se le hiciesen demasiado largos. Cuando por fin llegó el viernes, cogió el tren con ganas, a sabiendas de que, como ella le prometió, estaría esperándolo en la estación de San Rafael.

Durante el trayecto, reflexionó sobre muchas cosas. Con Lía, todo empezó como un juego, sin ninguna perspectiva de futuro, él solo iba a la base a hacer unas prácticas, que en el plazo de un año le harían retornar para enfocar su recta final con respecto a asegurar su futuro. Sin embargo, no estaban saliendo las cosas como él esperaba. Creía que lo que tenía con Alicia le iba a impedir despertar cualquier tipo de sentimiento hacia ninguna otra mujer, pero con el tiempo se estaba dando cuenta de que ya no tenía el más mínimo interés en volver a ver a Alicia y, por el contrario, cada vez deseaba pasar más tiempo con Lía.

Con Alicia todo llegó de repente, arrasando con todo como si de un tsunami se tratase, puramente sexo, impuesto por una situación morbosa de la que ninguno de los dos se quería desprender; ella, porque lo tenía a él comiendo de su mano, a la vez que retomaba una juventud alocada que hacía años había dejado atrás, y él, porque en los comienzos de su andadura por el

mundo del sexo iba de la mano de una perfecta maestra que le hacía disfrutar de los momentos más increíbles en los que uno jamás podía pensar. Un tándem sumamente perfecto para llevar una relación de lo más explosiva. Con Lía no tenía ese deseo incontrolado de tener sexo, aunque bien es cierto que cada día le costaba más el mantener ese control que necesitaba para demostrarle que no era solo eso lo que buscaba, y la iba conociendo en otros ámbitos que le estaban resultando sumamente interesantes. Le gustaba su personalidad, su carácter, el cual solo salía a relucir en su justa medida, y de un tiempo para acá, se estaba dando cuenta de que la encontraba cada vez más atractiva e interesante.

Cuando llegó a la estación se encontró con toda la recua, Lía y sus dos amigas, junto con Nacho, el cual cada vez tenía más afinidad con una de ellas.

Mientras lo esperaban tomando algo en La Barraca, Arturo subió a la habitación que le alquilaba por días el dueño del bar para dejar el petate y cambiarse de ropa.

Desde allí empezaron a oír los primeros compases de la orquesta, de ahí que no perdiesen mucho más tiempo en dejar el local para ir a disfrutar de la fiesta.

Arturo y Lía entraron en el recinto agarrados de la mano, instante en el que se encontraron con Venancio y sus amigos. Al verlos, Arturo hizo amago de soltarse y ella, con firmeza, no solo se lo impidió, sino que se aferró más

aún a él.

—¿Tengo que esperarte para ir para casa? —le preguntó su hermano sin hacer ningún otro comentario.

—No, me voy al mismo tiempo que mis amigas.

Sin más objeción, se alejó. En la cara de Lía se dibujó una pícaro

sonrisa. Viendo la forma de actuar de Venancio, era evidente que su padre había tenido una conversación con él, advirtiéndole de que la dejase actuar por sí misma. Era muy consciente del encanto de padre que tenía y eso la hacía sentirse sumamente bien.

Disfrutaron de la verbena del viernes y del sábado de forma muy

intensa, eran unas de las fiestas más importantes, junto con las del Espinar. El

domingo celebraron todos juntos, con un picnic en la piscina, el veintidós cumpleaños de Lía, y lo celebró durante el mediodía, porque los planes que tenía para la noche eran exclusivamente para ella y Arturo. Se retiraron con tiempo suficiente para ir a arreglarse todos. De regreso a San Rafael Lía se vino en el coche de su padre, el cual ya le había prometido con tiempo que para esa noche podía disponer de él.

Según entró Arturo en el vehículo, se quedó casi sin respiración. Lía

venía deslumbrante, estaba guapísima con el vestido de tirantes que traía, muy propio para una noche de verano.

—¿Se puede saber a dónde me llevas? —le preguntó él con cierta curiosidad al ver que ella no soltaba prenda.

—Quiero disfrutar de la noche, tal y como la vengo planificando desde hace ya una semana. En un principio confórmate con saber que vamos a cenar

a un restaurante de Villacastín, donde tengo reservada mesa.

—Pues nada, como tú bien dices, es tu noche y me dejaré llevar en todo lo que me propongas.

—Así me gusta —le dijo ella de forma picarona, al tiempo que se ponía en carretera—, que te dejes llevar sin rechistar lo más mínimo.

Sentados el uno frente al otro, comenzaron a disfrutar de la cena.

—Quién te iba a decir a ti, cuando te dieron el destino del Alto de los Leones, que ibas a verte sentado en una cena romántica con una chica de los alrededores.

—Últimamente se dan demasiadas sorpresas en mi vida y esta es una de ellas, sin duda alguna, la más interesante de todas.

—Aún queda mucho tiempo para que te vayas, pero si en casi mes y medio hemos llegado a donde estamos hoy, ¿qué crees que pasará cuando pase el año entero? —le pregunto Lía

—Pueden pasar tantas cosas... Nunca entró dentro de mis planes tener nada con ninguna chica hasta después de salir de sargento; sin embargo, ahora mismo me encuentro celebrando el cumpleaños de una chica, a la que he besado en numerosas ocasiones y a la que estoy deseando volver a besar.

—¿Puedo hacerte una pregunta un tanto comprometedora?

—Inténtalo al menos, si dices que es comprometedora, a lo mejor no

encuentro respuesta para ella.

—Me sorprendería que tú no encontrases respuesta para algo, pero, en fin. Imagínate que cuando llegue el momento de que tengas que regresar a la base a la que perteneces de Madrid, nos hemos llegado a enamorar el uno del otro. ¿Qué crees que podría pasar en ese caso?

—Creo que la respuesta ideal a esa pregunta que me has hecho solo se puede dar cuando llegue ese preciso momento. ¿Y no temes que pueda llegar a pasar eso?

—¿Por qué debería temerlo?

—Tú sabes que yo estoy haciendo la carrera militar y que, cuando termine, tendré un destino que de momento no hay la más mínima opción de saber dónde puede ser. Tú, toda la vida has vivido en el mismo sitio, rodeada de la misma gente, al amparo de tus padres y tus hermanos, y sabes que yo aquí no me podría quedar, por lo tanto, solo nos quedaría una opción: que te vinieras conmigo al destino donde me corresponda continuar con mi carrera.

¿Estarías dispuesta a ello?

—Tienes razón, como tú bien has dicho, esa respuesta solo se puede dar cuando llegue ese preciso momento.

Ambos soltaron una sonora carcajada tras las palabras de ella.

—Dejemos, como hasta ahora venimos haciendo, que todo siga su curso. Disfrutemos de cada día que podamos pasar juntos y no nos cerremos

absolutamente a nada, porque solo así sabremos qué decisión debemos tomar en el momento preciso de tener que tomarla —le sugirió Arturo al mismo tiempo que le agarraba la mano sobre la mesa.

—Tienes razón, de momento solo puedo decir que me encuentro sumamente a gusto contigo, que hace dos meses, sin ir más lejos, estaba totalmente perdida y desde que apareciste por la puerta de la discoteca Apolo parece que me he vuelto a encontrar a mí misma.

Arturo apretó más si cabe la mano de Lía, como haciéndose cómplice de lo que acababa de decirle. Conversando en la misma línea, continuaron la cena hasta casi la media noche, momento en que decidieron tomar otro rumbo distinto.

—¿Cuál es el próximo destino? —preguntó él con cierto grado de curiosidad.

—Simplemente, déjate llevar.

De nuevo en el coche, tomaron un rumbo totalmente distinto al que Arturo había pensado, aunque prefirió no decir nada y dejar que ella siguiese con sus planes.

No tardaron mucho en tomar un desvío que los llevó a un recinto enorme, con varias naves.

—¡Anda! Por lo que veo, esto son las cuadras donde tu padre tiene los caballos.

—Así es —le respondió ella al tiempo que aparcaba el coche frente a una pequeña casa que nada tenía que ver con las enormes naves.

Se dirigieron a la puerta, que no tardó en abrir tras sacar un llavero de su bolso.

—Vaya chamizo más chulo —exclamó él al ver el pequeño salón con chimenea.

—Mi padre, cuando necesita relajarse, se viene aquí y se queda dos o tres días a disfrutar de los caballos. Además del salón, tiene una habitación grande y un baño completo.

—Es una pasada.

—La pena es que estamos en verano, si no, hubiésemos prendido la chimenea, eso sí que es una verdadera pasada —le dijo a la vez que se dirigía a la nevera y de ella sacaba una botella de champán.

—Veo que has pensado en todo —le dijo un tanto sorprendido.

—Pues sí, estuve aquí hace unos días para prepararlo todo —comentó a la vez que se acercaba a él y, tras pasar la mano por detrás de su cuello, le daba un suave beso en sus labios—. Esta es la noche de mi cumpleaños y, como tal, quiero que sea nuestra primera noche de verdad.

Arturo se excitó con el solo hecho de pensar que ella lo había preparado todo a sabiendas de lo que allí iba a pasar entre ellos.

Tras abrir la botella y llenar las copas, brindaron por ellos, para acto seguido

fundirse de nuevo en un apasionado beso. Ella, sin esperar más, lo cogió de la mano y se dirigió hacia la habitación. Una vez dentro le iba a decir algo, pero él se lo impidió poniéndole el dedo en los labios. Ese mismo dedo empezó a descender suavemente por la garganta sin detenerse hasta llegar al vestido, por cuyo borde continuó hasta subir al hombro para, de un solo toque, hacer que cayese el tirante. Descendió de nuevo rozando el borde del vestido, pasando por encima de su escote y subiendo hasta el hombro contrario, y con el mismo movimiento de dedo el otro tirante cayó sobre el brazo. Una vez sus hombros al descubierto, Arturo posó los labios sobre uno de ellos para, con la punta de la lengua, recorrerlo hasta llegar al lóbulo de la oreja. La respiración de Lía se hacía cada vez más intensa, llegando en ciertos momentos a ser jadeante.

—Es increíble, te lo dije el otro día y te lo vuelvo a repetir, no sé cómo lo haces, pero siempre sabes el punto exacto donde tocar para que me resulte muy difícil contenerme.

—Eso es porque no quiero que te contengas, quiero que dejes que en todo momento pase lo que tu desees que pase —le susurró a la vez que volvía a posar los labios sobre su cuello.

Al mismo tiempo posó las manos sobre la nuca de Lía para con sus uñas ir bajando a la vez que la arañaba levemente, algo que consiguió que su cuerpo se estremeciese considerablemente. Una vez que recorrió toda la

espalda que el vestido dejaba al descubierto, llegó al borde de este y con suavidad fue tirando de él hacia abajo. Sus pechos no tardaron en quedar al descubierto, unos pechos tersos, redondos, en los que los pezones destacaban por su volumen, extremadamente erectos. Continuó hasta hacer que el vestido cayese al suelo. Solo con sus bragas como única prenda, la hizo girarse para apoyarla sobre la pared. Apoyó los labios en su nuca y con leves mordiscos fue descendiendo por la espalda hasta el borde de su prenda interior. De nuevo, usando ambas manos, hizo que las bragas se deslizaran por sus muslos hasta quedar varadas en los tobillos. La giró de nuevo, momento en que ella apoyó la mano sobre la entrepierna de Arturo y así poder comprobar la enorme erección que había debajo del pantalón.

Se miraron fijamente, era una mirada cargada del más puro deseo, un deseo que por momentos se empezaba a hacer incontrolable.

Lía hizo descender la cremallera de su bragueta para dejar libre algo que ella cada vez deseaba más. En cuestión de segundos, ambos cuerpos habían quedado libres de toda prenda, algo que les hizo tumbarse en la cama para poder percibir mejor el contacto de sus cuerpos.

—Cómo he deseado que llegase este momento —le susurró Arturo.

—Yo también llevo tiempo deseándolo, pero tenía que estar segura de que estaba preparada para cuando llegase.

—¿Y lo estás?

—Completamente. Atrás he dejado una parte de mi pasado y desde

este mismo instante comienzo otra completamente distinta.

Arturo la besó con pasión, su mano recorrió cada milímetro de su cuerpo, expresando todo el sentimiento que en ese momento podía transmitir. Más que sin querer, sin poder recrearse por el deseo que ambos tenían de sentirse el uno en el otro, Arturo se colocó entre sus piernas, unas piernas que se abrieron instantáneamente para recibirlo. La humedad era palpable, hasta el punto de que nada más que él abocó su miembro sobre la entrada de su sexo, este entró sin la más mínima oposición. El gemido por parte de los dos se produjo al unísono. Los jadeos iban siendo directamente proporcionales al movimiento con el que Arturo entraba una y otra vez dentro de Lía. Ella se aferró a su cuerpo como si temiese que se fuese a apartar en cualquier momento. Sus manos se apoyaron sobre el culo de él, ayudándole a que la penetración cada vez fuese más intensa. El ritmo fue aumentando en intensidad, al igual que los gemidos. Ella le gritó que se iba a correr, algo que hizo que Arturo no pudiese contenerse más y eso provocó que ambos se corriesen a la vez.

Los dos quedaron jadeantes e inertes el uno al lado del otro. Sus cuerpos no se despegaron en ningún momento. Apenas tuvieron que esperar para sentir la necesidad de repetir de nuevo las sensaciones que acababan de vivir. Volvieron de nuevo a hacer el amor, de manera si cabe aún más intensa que la vez anterior, mucho más seguros y convencidos de lo que hacían,

totalmente desinhibidos.

Tantas emociones seguidas les hicieron quedarse dormidos en la misma postura en la que se habían quedado tras terminar de entregarse el uno al otro.

De repente Arturo se despertó, no sabía el tiempo que había pasado desde que se quedó dormido. Consciente de la realidad, no solo la sintió, la miró y la admiró una y otra vez, allí, a su lado. Era evidente que la sensación que tenía era de que algo había cambiado en su interior. Hasta ese preciso momento, todo lo que había conocido respecto al sexo era simple y

llanamente un sexo sin control, salvaje, sin ningún tipo de sentimiento, buscado, llevado a cabo tras crear toda una serie de situaciones morbosas, que te prohíben resistirte a tales situaciones. Se buscaba lo difícil, lo prohibido, y se procuraba vivirlo con total intensidad, sin preocuparse de nada que no fuese gozar por gozar.

Lo que acababa de vivir con Lía resultó ser todo lo opuesto. No precisó de nada que le crease el morbo necesario para llevar a cabo cualquier tipo de acto, ella y solo ella le hacía sentir el deseo de compartir cada momento. Un sentimiento que le tenía un tanto desconcertado fluía en todo momento de su interior, y era precisamente ese sentimiento el que lo guiaba en todos sus movimientos, sus besos, sus caricias. Había gozado plenamente, pero al mismo tiempo que gozaba, notaba cómo ese placer iba acompañado de algo mucho más importante.

La seguía mirando, observaba cómo dormía plácidamente y al mismo

tiempo él mismo era consciente de que su mirada era distinta, ya no la veía de la misma manera. Era una sensación sumamente placentera que no lo llevaba a pensar en ninguna otra cosa que no fuese en estar compartiendo todo tipo de momentos con ella, fuesen del tipo que fuesen. En ese preciso instante, le vino a la mente la pregunta que ella le había hecho durante la cena: ¿Qué crees que podría pasar en caso de que nos enamoremos el uno del otro antes de que te vayas? Ahora entendía perfectamente el porqué de la pregunta, desde hacía un buen rato tenía muy claro lo fácil que podría ser enamorarse de ella, eso si tras sentir lo que sintió cuando hacía el amor con ella, no lo estaba ya.

Como si presintiese que estaba siendo observada, Lía se despertó. Lo primero que vieron sus ojos fue a Arturo, con el codo apoyado en la almohada, mirándola fijamente.

—¿Llevas mucho despierto?

—El tiempo suficiente para disfrutar al máximo de la belleza que tengo a mi lado.

Agradeció su cumplido incorporándose y dándole un beso en la boca.

—¿Estás a gusto? —preguntó ella.

—Como nunca imaginé que podría estarlo.

No perdieron el tiempo con más preguntas, sus cuerpos solo tuvieron que volver a dejarse llevar para de nuevo consumir sus deseos. Solo quedó tiempo para un único comentario.

—¿Sabes? —le comentó Lía, mientras se separaba momentáneamente de sus labios—. Estoy viviendo el mejor cumpleaños de mi vida.

Capítulo 15

Arturo hacía algo más de una hora que había terminado su guardia en la centralita. Había bajado a la zona de dormitorios para cambiarse de ropa, con el fin de salir un rato a correr por los senderos que recorrían todo el entorno de la base. Apenas le había dado tiempo a escoger la ropa deportiva que iba a ponerse, cuando lo avisaron de que tenía una llamada de teléfono.

Subió animado, dando por hecho que era Lía quien lo llamaba.

—¡Hola! —dijo animosamente según se colocó el teléfono en la oreja.

—¡Vaya! Por fin he acertado con el momento en que sí puedes ponerte al teléfono —oyó como le reprochaba Alicia—. En esta semana te he llamado en tres ocasiones, en las que parece ser que no estabas disponible, y he pedido que te diesen el aviso de que en cuanto pudieras me llamasen tú.

—Nadie me ha dicho nada. ¿Qué tal tus vacaciones?

—Muy bien, aunque con ganas de que se terminasen para verte, me apetece mucho estar contigo.

—Ahora va a ser difícil, hay compañeros de permiso de verano y tenemos que cubrir sus guardias.

—Pero en algún momento tendrás que tener algún día libre.

—De verdad, Alicia, que no es un buen momento.

—¿Te pasa algo?

—No, simplemente que llevamos mes y medio sin tener ningún tipo de contacto y me he ido acostumbrando a ello.

—Sabes que estaba de viaje con mi marido y eso no lo podía evitar.

—Nada te estoy reprochando por ello, solo que ahora que me he desenganchado un poco de la intensidad con la que vivíamos nuestros encuentros, no quiero volver a entrar de nuevo en esa dinámica. Estando yo aquí es todo muy distinto, no podemos vernos cuando nos apetece, por un lado, tu marido, por otro, que yo aquí solo libro un fin de semana al mes. Es preferible dejar las cosas como están.

—Me da la sensación de que estás enfadado por haberme pasado tanto tiempo de vacaciones sin dar señales de ningún tipo. Pero allá tú —le reprochó con el ego un tanto subido—, ya me llamarás cuando se te pase. En ese momento Arturo oyó el pitido que emitía el teléfono cuando se colgaba, dando fin a la llamada.

—Qué bello es el amor —le dijo Nacho al cruzarse con él.

—¿Por qué me dices eso?

—Antes pasé por delante del salón y te vi hablando por teléfono, doy por hecho que lo hacías con Lía, por eso te lo digo.

—Pues me temo que te has colado, no era precisamente con Lía con quien hablaba, ojalá hubiese sido con ella.

—¡Joder! No me digas que quien te llamó fue...

—Pues sí —le respondió antes de que terminase la frase.

—¡La leche! Pensé que con el tiempo que hacía que no sabías nada de ella, ya no iba a volver a dar señales de vida. ¿Y qué quería?

—Pues que nos viésemos.

—¡Hostias, tío! ¿Y qué le has dicho?

—Pues que no, qué le voy a decir. No tengo la más mínima gana de complicarme la vida.

—Después de lo que me has contado con relación a todo lo que has vivido con ella, tiene que ser jodido rechazar una situación así.

Arturo no pudo evitar emitir una sonora carcajada.

—Si tienes claro lo que quieres, no es que sea jodido, es que resulta un alivio.

—Unos tanto y otros tan poco, que injusta es la vida con algunos —

dijo Nacho a la vez que se iba, dejando a Arturo partiéndose de la risa.

Si antes de tener la llamada de Alicia, Arturo estaba deseando salir a correr, después de haber hablado con ella, la necesidad de darse una buena carrera con el fin de quemar las energías sobrantes había aumentado

considerablemente.

Tras analizar la conversación, se preguntaba cuánto tardaría en volver a llamar, después de darse cuenta de que él no tenía ninguna intención de

hacerlo.

No quiso darle más importancia de la que debía darle. Tenía muy claro que lo de Alicia había sido una etapa, que tal y como se habían ido desarrollando los acontecimientos debería quedar en el pasado.

* * *

Faltaban unos días para las fiestas del Espinar, que se celebraban a partir del ocho de septiembre, de ahí que aprovecharan la tarde libre de Arturo y se fuesen él y Lía hasta Galerías Preciados en la plaza de Callao de Madrid, con el fin de comprarse algo de ropa.

Cogieron el tren hasta la estación de Atocha y de ahí el metro hasta Callao. Recorrieron varias plantas en busca de lo que iban a comprar, aunque sin decidirse de momento por nada. En el caso de Arturo, sí llevaba algo muy claro, de ahí que pasasen por la sección de lencería.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó algo sorprendida.

—Quiero regalarte algo para que lo uses el día que yo te diga.

Desde la noche del cumpleaños de Lía, ambos de desinhibieron totalmente, poniendo a menudo en práctica el juego de la seducción y la provocación, algo que les estaba proporcionando el conocerse mucho mejor en varios ámbitos.

Después de ver varios conjuntos, se decidió por uno negro de ropa interior, con medias y ligero, que con el solo hecho de imaginárselo en ese

momento puesto, el corazón de Arturo no palpitaba, cabalgaba.

De la sección de lencería decidieron ir a la de deportes. Subieron a la planta superior y según giraban, nada más salir de las escaleras mecánicas, Arturo se llevó una sorpresa que le heló la sangre en cuestión de segundos.

—¡Vaya! Qué sorpresa, tanto tiempo sin vernos y mira dónde nos

vamos a encontrar —dijo Alicia al toparse de bruces con él y con Lía.

—Pues sí, toda una sorpresa —respondió Arturo casi sin voz.

—Mira, cariño, este es Arturo, el militar del que te hablé, que conocí en la autoescuela y que tanto me ayudó a resolver las dudas de los test.

—Mucho gusto, Arturo —dijo su marido a la vez que extendía la mano en forma de saludo.

—Encantado de conocerte, Gerardo.

—¡Anda! Pero si hasta sabe mi nombre y todo.

En ese momento Arturo se dio cuenta de su metedura de pata, había

llamado al marido de Alicia por su nombre sin que allí nadie se lo hubiese dicho. Alicia, que se percató rápidamente del detalle, salió en el acto a solventar la cuestión.

—Normal, cariño, muchas veces le hablé de ti, de tu trabajo, de lo mucho que viajabas, y siempre me refería a ti por tu nombre, normal que sepa

de sobra cómo te llamas. Y a todo esto, ¿no nos vas a presentar a esta chica tan mona?

—Sí, claro. Lía, estos son Alicia y su marido Gerardo. Como bien ha

comentado ella, nos conocimos sacándonos el carné de conducir.

—Encantada —dijo amablemente, aunque por dentro su único pensamiento era el de «Vaya par de gilipollas, Dios los cría y ellos se juntan».

—¿Y qué tal te va la vida? Te veo muy bien, bueno, mejor dicho, os veo muy bien.

—Pues tirando, ahora estoy en el año en prácticas y un tanto agobiado por las guardias y lo mucho que hay que aprender para después hacer el curso de sargento.

—¿Qué tal si nos vamos a tomar algo los cuatro y así charlamos más tranquilamente? —interrumpió el marido con exceso de amabilidad.

—Se lo agradezco mucho, pero aún nos quedan cosas que comprar y tenemos que coger el tren después para Segovia, andamos ya con el tiempo justo —se justificó Arturo, deseoso de que finalizase esa situación tan comprometida para él.

—Pues nada, si tanta prisa tenéis, me ha gustado verte de nuevo —dijo con tono sarcástico, un tono que había empleado desde el mismo instante de verse.

Tras despedirse, tomaron rumbo a la sección de deportes.

—Pero de dónde han salido estos dos, ¿te has fijado cómo vestía ella?, ¿tú crees que se puede venir así a un centro comercial? No me quiero imaginar qué se puede poner para ir a una fiesta de gala.

—Pues si vieses con qué modelitos venía a la autoescuela... Tenía alucinada a toda la clase.

—Te he notado un tanto tenso desde el momento en que nos encontramos con ellos, ¿por algo en especial?

—No, por nada en concreto, es una mujer un tanto descarada y ese tipo de personas nunca sabes con qué te van a salir.

Lía prefirió no responder al comentario de Arturo, ya estaban en la sección de deportes y se limitaron a buscar lo que necesitaban.

Cogieron el tren de regreso de las nueve de la tarde, por lo tanto, en algo más de una hora llegarían a su destino.

Lía llevaba un rato con la cabeza apoyada sobre el hombro de Arturo, él por otro lado no dejaba de pensar en el conjunto que le había regalado a ella. Ese pensamiento cada vez le creaba imágenes más sucias en su cabeza.

Llevaban varias bolsas con sus compras posadas en el asiento delantero.

Observó el vagón y se percató de que, además de ellos, solo iban cuatro personas más y todas en la parte delantera del vagón. Cogió una de esas bolsas y la posó sobre las piernas de Lía.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me pones esto aquí?

Arturo se limitó a besarla en la boca interrumpiendo el comentario que le estaba haciendo. Cuando notó que ella se estaba empezando a dejar llevar, metió la mano por debajo de la bolsa que había colocado sobre ella, bajó rozándole el muslo hasta la rodilla y de nuevo empezó a subir, pero en este caso, por el interior de la falda. Lía no se preocupó de saber si podían ser vistos, dio por hecho que Arturo, antes de hacer lo que estaba haciendo, ya se

había percatado. Cuando llegó a su entrepierna, su cuerpo se estremeció, sus manos se aferraron al brazo de él, como si a través de ellos descargase la energía que en su cuerpo se estaba acumulando a pasos agigantados. Notaba cómo uno de sus dedos masajeaba su sexo, rozando una y otra vez el clítoris por encima de la prenda. Los deseos de jadear estaban siendo sumamente controlados, aunque era consciente de que había momentos en que ese control se podía ir al garete, sobre todo cuando notó cómo su mano se colaba por dentro de la braga y llegaba directamente al punto que hasta ahora acariciaba por encima de ella.

—Si parar paras, te juro que no te vuelvo a dirigir la palabra en mi vida

—le dijo sin apenas tiempo, porque antes de acabar la frase, sintió cómo se corría.

No tuvieron tiempo a mucho más, el tren hacía entrada en la parada de San Rafael. Llegaron casi de noche. Una vez que el tren partió de nuevo, se quedaron solos en el andén. Lía lo cogió de la mano y, en lugar de salir de la estación, pasaron la vía en dirección al pinar. A pocos metros había una caseta perteneciente a la estación que llevaba ya muchos años en desuso y la bordearon, quedándose en la parte en la que era imposible ser vistos desde la estación.

—Ahora vas a terminar lo que has empezado —le dijo Lía al tiempo que posaba las bolsas en el suelo y se colgaba de su cuello para besarlo.

Tras una serie de caricias, ella se giró apoyándose contra la pared. No tuvo que sugerirle más, Arturo, acto seguido, se abrió la bragueta, sacó su miembro, le subió la falda y solo tuvo que apartar un poco la prenda para que este la penetrase con suma facilidad. Sus manos se aferraron a la cadera de Lía, atrayéndola hacia sí mismo y provocando que la penetración fuese cada vez más profunda. El entorno, el momento, las circunstancias, todo ello les estaba resultando de lo más excitante. No necesitaron prodigarse mucho para llegar a la consumación, se encontraban tan sumamente excitados que el clímax no tardó en llegar.

Esa noche Arturo tuvo que regresar a la base, al día siguiente tenía la guardia de mañana. Cuando entró en el recinto, fue hasta la cocina con intención de picar algo y por allí se encontró con Nacho.

—Veo que has estado de compras.

—Sí, hemos ido a Madrid para hacernos con algunas cosas y no te puedes imaginar la sorpresa que me he llevado.

—Buena o mala.

—Júzgalo tú mismo, nos hemos dado de bruces con Alicia y su marido.

—¡No me jodas! Con lo grande que es Madrid y os vais a encontrar en el mismo sitio, qué caprichoso es algunas veces el destino. ¿Y cómo reaccionaste?

—Me quedé de una pieza y lo peor es que Lía me lo notó.

—¿Sospechó algo?

—No, al menos eso creo. Y en caso de que fuese así, tampoco hay nada de malo, es algo que está en mi pasado como ella también tiene el suyo.

—Lía es una tía muy sensata, no creo que les dé demasiada importancia a las cosas del pasado.

—Lo más alucinante es que su marido quería que nos fuésemos a tomar algo todos juntos.

—Vaya situación más surrealista, lo que daría por haberos visto la cara a los cuatro, todo un poema.

—Bueno, voy a cenar algo y acostarme, que mañana me toca guardia a primera hora.

La mañana había sido muy llevadera, de ahí que se le pasase en un santiamén. Tras recogerlo todo y realizar el relevo se dispuso a comer algo y dormir una buena siesta con el fin de estar fresco para la verbena de esa noche.

Se disponía a bajar para los dormitorios cuando lo llamaron de nuevo.

—¡Arturo! Tienes una llamada —le dijo un compañero.

—¿Quién es?

—No lo sé, lo único que te puedo decir es que tiene voz de mujer.

Por su cabeza se le pasó no coger la llamada ante la posibilidad de que fuese Alicia, pero había la otra opción, podía ser Lía, de ahí que la duda se le disipase rápidamente.

—¿Diga?

—O sea que resulta que esa niña es el motivo de que no quieras que volvamos a quedar para vernos, y yo que pensaba que estabas enfadado —le dijo Alicia en un tono demasiado irónico.

—Sabía que después del encuentro de ayer, no ibas a tardar en llamar.

—Podías haber sido sincero y habérmelo contado el otro día cuando hablamos.

—Esas cosas no se hablan por teléfono.

—Pues resulta que esas cosas, como tú dices, las estamos hablando ahora y, por si no te has dado cuenta, es a través del teléfono —el tono indicaba que Alicia se encontraba cada vez más cabreada.

—Ahora ya no queda otro remedio.

La voz de Arturo era en todo momento pausada y conciliadora, con el fin de evitar que ella se lo tomase aún peor.

—Yo te compartí con mi marido, por qué tú no puedes compartirme también con ella.

—Tu marido, como tú bien has dicho en muchas ocasiones, no te tiene el más mínimo respeto y tiene sus queridas por Marbella; ella por el contrario no engaña a nadie y menos aún se engaña a sí misma.

—Pero si lo hacemos con la misma prudencia con la que lo hemos estado haciendo hasta ahora, no tiene por qué enterarse.

—No hace falta que se entere ella, yo sería consciente de lo que estoy haciendo y de cómo la estaría engañando a ella, te estaría engañando a ti y al tiempo me estaría engañando a mí mismo.

—Pero si ya la has engañado, cuando te veías con ella estuviste también conmigo en alguna ocasión.

—No, tú lo has dicho, me veía con ella, sin más, solo nos estábamos conociendo, no habíamos tenido sexo en ningún momento, por lo tanto, no estaba traicionando nada pues aún no se había generado. Ahora todo es distinto, no sé cómo acabará ni hasta dónde llegaremos, pero mientras siga todo como hasta ahora, no quiero llevar vidas paralelas. A ti te deseaba por un motivo, a ella por otro, son dos deseos distintos y a la vez incompatibles para mí. Solo te pido que, igual que yo respeté en todo momento tus condiciones con relación a tu estilo de vida y a tu marido, ahora sepas respetar las mías. No tengo ni idea de si algún día volveremos a retomar lo de antaño, aunque me queda mucho por estar aquí, pero de momento no pasa otra decisión por mi cabeza que la que te acabo de exponer.

—No te preocupes, no te voy a perjudicar en nada, si eso es lo que te preocupa.

—Tampoco yo te perjudiqué, siempre respeté tu postura.

—Pues nada, no te deshagas de mi teléfono y, si algún día lo crees conveniente, llámame.

—Así lo haré, y gracias por tu comprensión.

Cuando Arturo dejó la sala en la que estuvo hablando, sintió una sensación de alivio que seguro que le iba a hacer dormir una siesta mucho mejor de lo que esperaba.

Capítulo 16

El invierno estaba siendo mucho más crudo de lo habitual, aunque por aquella zona estaban totalmente habituados a las grandes nevadas. Atrás quedaron las navidades, en las que Arturo cogió el primer turno de vacaciones, de ahí que la Nochebuena la pasase en León con su familia. Para Nochevieja tuvo suerte, de los tres que tenían que estar de guardia, sortearon para ver en qué orden cubrían los turnos y a él le tocó el de tarde, y eso propició que la entrada de año la pasase con Lía en la discoteca Apolo.

A finales de enero, estuvo tres días nevando sin parar, quedando totalmente incomunicados ya que el puerto estuvo cerrado para todo tipo de vehículos. Tuvieron que organizar grupos de tres para bajar andando al pueblo a comprar los víveres de primera necesidad, ya que de lo demás la cocinera tenía la despensa bastante bien abastecida.

—¡Joder! Tener el día libre para dedicarlo a caminar ocho kilómetros por la nieve —comentó Nacho un tanto cabreado.

—No te quejes —le recriminó Arturo—, yo tengo guardia de noche y estoy haciendo lo mismo que tú.

—No entiendo por qué no pueden bajar con el Willy, tiene tracción a

las cuatro ruedas y es capaz de subir por una pared si hiciese falta.

—Cómo van a salir con semejante armatoste, ¿no ves que pesa mucho?

La nieve está helada, fíjate que hay sitios en los que hay más de medio metro, pisas encima y solo te hundes cinco centímetros. Ese vehículo, en estas condiciones, te garantizo que, en la primera curva, la toma en línea recta.

—Tengo los pies que apenas los siento, vaya frío que estoy pasando.

—Eso suele pasar con los que sois del sur, los que nacimos en el norte estamos más acostumbrados a estas temperaturas. Pero ya queda poco, en menos de dos kilómetros estamos en la base, te das una buena ducha con el agua bien caliente y verás qué pronto entras de nuevo en calor.

Esa misma tarde, aunque paró de nevar, la temperatura bajó de forma considerable. A la diez menos cuarto Arturo le hizo el relevo a su compañero. Se sentó frente a la centralita y solo deseó tener una noche tranquila. Cerca de las dos de la mañana recibió una llamada de la base de Manises en Valencia.

—Soy el teniente Martínez, póngame con la extensión ciento diez de la base aérea de San Javier.

Arturo pasó la llamada y acto seguido le entró una enorme tentación.

Entre sus compañeros se había extendido el rumor de que el tal teniente Martínez, cuando le tocaba la semana de guardia, concretamente los viernes o los sábados de noche, se montaba verdaderas juergas en el pabellón de oficiales. Solía llamar a otro teniente de su misma promoción que estaba

destinado en San Javier y contarle todas las juergas que se corrían. Para ello solo tenían que pulsar el botón de escucha, que solía estar para asegurarse de que una llamada aún estaba en vigor y no cortarla de manera inadecuada, pero claro, ese botón única y exclusivamente se podía pulsar para eso, y en caso de ver que aún seguía la conversación, volver a desconectar. El uso indebido del botón de escucha podría acarrear una severa sanción. Dudó en un par de ocasiones, pero a la tercera pensó que, siendo la hora que era, quién lo iba a pillar. Se colocó los cascos en la cabeza y pulsó.

—Un fin de semana de los que me toque de guardia y tú estés libre, te tienes que venir, lo pasamos aquí en el pabellón y verás la que se monta — oyó decir al teniente Martínez.

—Ya me gustaría poder hacer aquí algo parecido, pero esto es mucho más pequeño y el control es demasiado exhaustivo. Pero como pueda, vaya que si me voy a pasar una guardia ahí contigo.

—La última guardia que tuve fue la leche. Hace un año más o menos que me vengo viendo con la misma puta, se puede decir que por cliente asiduo me hace un precio especial cada vez que la llamo, ¿pues sabes lo que hice?

—Sorpréndeme.

—Le dejé un uniforme de paseo mío, le dije que se vistiese con él y que cogiese un taxi a la base sobre la una de la madrugada. Di aviso en el puesto de guardia de que dejasen pasar ese taxi hasta el pabellón de oficiales,

que era un teniente que venía de visita. Así fue, para la hora fijada llegó el taxi y la metí en mi cuarto, nos fumamos unos porros y no veas qué morbo tenía el estar follándomela con el uniforme. Así estuvimos hasta casi las cinco.

—Qué morbo, quién pudiera tener una guardia así.

—Pues si puedo, este sábado quiero repetirlo.

En ese preciso instante la puerta de donde se encontraba Arturo se abrió de repente.

—¡Joder! No hay manera de que coja el sueño esta noche.

Nacho no pudo decir más, por el gesto de silencio que le indicó Arturo a la vez que pulsaba de nuevo el botón de escucha.

—¡Hostia! Como te hayan escuchado, en menudo lío me voy a meter.

—Como me haya escuchado quién —dijo Nacho un tanto desconcertado por la reacción de su amigo.

—Estaba oyendo la conversación que estaban teniendo el famoso teniente Martínez con un compañero de promoción.

—¡No jodas! ¿Y hablaron de algo interesante?

—Ufff, no tiene desperdicio, esperemos que no te hayan oído hablar cuando entraste, creo que me dio tiempo a cortar la escucha.

Apenas pasaron unos minutos cuando volvió a sonar la centralita.

—Soy el teniente Martínez de nuevo, ¿hay algún problema con las comunicaciones? Estaba hablando y se oyeron voces de fondo.

Arturo palideció ante el comentario del teniente, teniendo que reaccionar de manera urgente, dándole la primera excusa que le vino a la cabeza.

—Sí, mi teniente, aquí en el Alto de los Leones tenemos una nevada impresionante, las líneas de salida están medio tapadas por la nieve y con tanta humedad hay derivaciones que hacen que se interfieran unas llamadas con otras, son pequeños intervalos, pero sí, ya hemos recibido alguna queja más.

—Muy bien, siendo así, pásame de nuevo con la extensión ciento diez de la base aérea de San Javier.

—A sus órdenes, mi teniente, le paso.

—¡Joder! Ha colado. Menudo acojone me pillé cuando me dijo que había escuchado voces mientras hablaba.

—Tío, vaya poder de reacción, a mí no se me hubiese ocurrido esa excusa ni de puta coña.

—Todavía estoy sudando en frío. No vuelvo a pulsar el botón de escucha en mi vida.

—¿Se puede saber de qué hablaban?

—De las orgías que se monta el teniente Martínez cuando está de guardia de fin de semana.

Nacho siguió durante un buen rato haciendo compañía a Arturo, a la espera de que le entrase el sueño.

Días después y ya con las carreteras limpias de nieve, Arturo viajó hasta la Escuela de Transmisiones con motivo de entregar la documentación que le requerían para realizar el curso de sargento. El día anterior se había visto con Lía y habían planeado verse esa misma tarde cuando él regresase de Madrid. Una vez en la estación de Atocha, cogió el tren que lo dejaría en San Rafael, donde lo iba a estar esperando Lía de una manera un tanto especial. Arturo le había propuesto que le pidiese el coche al padre y que lo fuese a esperar a la estación, pero eso sí, no de cualquier manera. Le propuso que se pusiese el conjunto de lencería que él le había regalado y que habría de guardar hasta el día que él se lo dijese. Ella debería estar en la estación a su llegada, con un abrigo de piel con cinturón que ya le había visto en alguna ocasión y muy propio para el momento, y debajo de ese abrigo, única y exclusivamente la lencería, compuesta por sujetador, bragas, medias y ligero, que él le había regalado. Una vez que llegase, cogerían el coche y se irían para la pequeña casa que se encontraba donde las caballerizas y que sirvió de testigo para su primer encuentro. Allí encenderían la chimenea y, a partir de ese momento, todo lo que pudiese surgir.

El viaje se le hizo eterno, no encontraba postura en el asiento del tren debido a la excitación que llevaba con solo pensar en cómo la iba a encontrar a su llegada.

Según entró en la estación, no tardó en divisar a Lía en el andén. Tal y como habían concretado, ella llevaba un abrigo negro que le llegaba a las

rodillas, atado a la cintura, marcándole una figura espléndida.

—Estás guapísima con ese abrigo —le dijo a la vez que le daba un beso en los labios.

—Pues creo que te va a gustar más aún lo que llevo aquí debajo.

—Estoy deseando verlo.

—Pues me temo que aún vas a tardar un poco —le dijo a la vez que lo cogía de la mano y lo llevaba hacia el coche, que se encontraba estacionado en la puerta de entrada.

Cogieron rumbo a la finca del padre de Lía. Cuando llegaron, lo primero que hicieron fue prender la chimenea. Sin más luz que el destello que el fuego reflejaba sobre el salón, Arturo cogió a Lía por la cintura y la fue empujando hasta dejarla apoyada sobre la pared. En su mente no existía otra cosa en ese momento que la imagen de lo que debajo del abrigo se escondía.

Ambos se fundieron en un apasionado beso, prolegómeno de lo que iba a suceder a partir de ese momento. Arturo no tardó en hacer que sus manos fuesen a deshacer el nudo que cerraba el abrigo y que, de momento, le impedía el acceso a un cuerpo cada vez más excitado. No le costó demasiado, el cinturón cayó sobre los laterales del abrigo, quedando este abierto de par en par. Con extrema delicadeza y empezando por sus hombros, fue retirando el abrigo hasta conseguir que, por su propio peso, cayese a sus pies. Los ojos de Arturo se iluminaron con tal brillo que ni el de las llamas que brotaban en la chimenea le hacía competencia. Se retiró unos segundos para poder apreciar

mejor la figura de Lía. Estaba espléndida, radiante, de lo más sensual con el conjunto puesto, y la luz de la chimenea se reflejaba en su cuerpo, haciéndolo aún más excitante si cabe. No se pudo contener más, el deseo de disfrutar de ese cuerpo, de recorrerlo milímetro a milímetro, alcanzó unos límites demasiado preocupantes. Volvió de nuevo sobre Lía, directamente a su cuello, donde empezó a mordisquear mientras ella desabrochaba el cinturón de su pantalón. En cuestión de segundos ella le había liberado de casi la totalidad de su ropa. Solo llevaba el slip, del que parte de su miembro asomaba por no tener espacio suficiente para esconderse mejor. En un principio quiso quitarle el sujetador para tener sus pechos totalmente al alcance, pero era tal la excitación que le producía el hacer el amor con ella con todo el conjunto puesto que desistió de su intento. Aún sobre la pared, Arturo se colocó entre sus piernas. En el mismo instante en que Lía sintió la presión de su miembro entre ellas, lo liberó con su mano, aproximándolo a su sexo. Solo tuvo que retirar un poco su ropa interior y este penetró con suma facilidad. Arturo la elevó unos centímetros, al mismo tiempo que ella cruzaba sus piernas sobre la cintura de él. Apoyada sobre la pared, Lía sentía cómo entraba una y otra vez dentro de ella, mientras los labios de él recorrían todo su cuello. De repente paró, ella abrió unos ojos que hasta ahora se mantenían cerrados, en señal de reproche, pero solo era con el fin de girarla, bajarle su prenda más íntima y penetrarla de nuevo por detrás. Los gemidos, un tanto descontrolados al principio, se iban acompasando al ritmo de los envites que Arturo descargaba sobre ella. Cuando Arturo notó que de un momento a otro se podía correr, cesó, quería alargar ese momento todo lo máximo, la acercó a la chimenea y

sobre una enorme alfombra que cubría el suelo del salón, se tumbaron en el suelo. Momento en que con la mano empezó a recorrer todo su cuerpo. Rozó por encima del sujetador sus pezones, bajó por el meridiano de ellos hasta su ombligo, pasó varias veces por encima de su sexo, hasta que en un momento determinado uno de sus dedos se coló dentro de ella. Le encantaba ver los espasmos que su cuerpo exteriorizaba, los estremecimientos que en él se producían como consecuencia de los puntos exactos en los que la tocaba, hasta que Lía le expresó su único deseo, que volviese a entrar dentro de ella.

Sin más dilación se encajó sobre sus piernas, unas piernas que le esperaban sumamente abiertas, permitiendo el acceso a su interior sin ninguna oposición. Fundidos en uno solo alargaron la situación y el disfrute, hasta que juntos se corrieron generando una explosión de placer jamás conseguida hasta el momento por ambos.

Capítulo 17

El sol picaba en exceso, era una tarde típicamente primaveral. Lía había pedido permiso a su padre para que Osvaldo les preparase un par de caballos y salir a dar una vuelta con ellos por los alrededores. Aunque Arturo no estaba muy familiarizado con los caballos, después de una rápida clase que le dio Osvaldo y de las explicaciones que sobre la marcha recibía de Lía, pronto le empezó a coger el tranquillo.

—¿Te pasa algo? —preguntó Arturo ralentizando un poco la marcha de su caballo.

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Pues sinceramente no lo sé, es una sensación que tengo. Noto que llevas toda la tarde un tanto ausente y, para lo que me tienes acostumbrado, un tanto pensativa.

—Bueno, no es que me pase nada en concreto, son cosas que a estas alturas de vez en cuando me pasan por la cabeza.

—¿Como qué?

—Estamos en pleno mes de mayo, dentro de poco hará un año que estas aquí y, si es tal y como te dijeron, cumplido ese año te tendrás que volver para Madrid a realizar el curso de sargento.

—Sí, así es. ¿Y qué es lo que te preocupa?

—Hasta ahora no me preocupaba nada, simplemente, como hablamos en su momento, dejaba que el tiempo pasase y veía cómo evolucionaba todo. Pero ahora es distinto, el año se acaba, yo al menos soy consciente de los sentimientos que en todo este tiempo han ido creciendo en mí y, lógicamente, me empieza a entrar el miedo de no saber muy bien qué va a pasar a partir del momento en que te tengas que ir y, más que lo que vaya a pasar, saber que tomaremos la mejor decisión para los dos.

—Te entiendo, yo aún no he querido pensar en ello, sigo disfrutando de cada momento que estoy aquí, pero si tuviese que decirte algo ahora mismo, es lo convencido que estoy de que cuando llegue la hora, vamos a saber tomar la decisión juntos.

—Sí, de eso yo tampoco tengo duda, pero ¿sabremos de verdad tomar

la decisión correcta sin que uno de los dos salga perjudicado?

—Lo de uno de los dos lo dices por ti, ¿no?

—Hay que reconocer que tengo muchas más posibilidades de salir más perjudicada, sí. Tú eres el que, a la hora de la verdad, te vas a ir. En caso de que decidamos no continuar con lo nuestro, te dedicarás a tu curso de sargento, lo sacarás, de eso no tengo la menor duda, y te irás a tu destino a continuar con tu carrera. Pero yo me quedo aquí, en el mismo lugar donde conviví contigo todo este año, con recuerdos sembrados por todos los alrededores, mira si no, cada vez que tenga que venir a la casa de las caballerizas. Claro que yo seré la más perjudicada.

—Lo que no entiendo es por qué, entre las posibles decisiones que tomar, cuentas con que una de ellas sea la de no continuar juntos.

—No es que cuente con ella, simplemente la tengo en consideración.

Es evidente que entra dentro de las muchas opciones que se pueden dar. No estoy dando nada por hecho, ese es el problema, algunas veces es mucho mejor saber cómo y de qué manera se van a producir las cosas, en este caso simplemente me empieza a preocupar la incertidumbre.

—A ver, Lía, creo que aquí solo hay que tener en cuenta una cosa, algo que es realmente vital, saber hasta dónde estamos dispuestos a poner de nuestra parte para que lo nuestro tenga futuro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues muy sencillo, yo estoy a punto de terminar mi carrera, una carrera como militar profesional que evidentemente, aquí, en este entorno, no

tiene cabida. Si tú estás dispuesta a que juntos, sea donde sea —y quiero que te quede muy claro que el lugar no será el que yo escoja, sino donde me den la opción, por puesto de promoción, a elegir—, forjemos un futuro juntos. De ser así, no tengo la más mínima duda de que estoy dispuesto a luchar por ese futuro, juntos.

El silencio fue tan intenso que cualquier ruido que se produjese alrededor de ellos se oía con una claridad meridiana.

—Yo, si tengo algo claro y realmente merece la pena, voy al fin del mundo si es necesario. Si estoy tan preocupada es porque, no solo por mí, sino por mi familia también, no quisiera volver a equivocarme una segunda vez con lo mismo —comentó Lía rompiendo el silencio que los embargaba.

—¿No será eso, que el miedo que realmente tienes a volver a cometer el mismo error te está impidiendo ver las cosas con la realidad que precisas?

—Puede ser, pero si realmente es así, solo tú puedes hacer que ese miedo desaparezca.

—Pensé que eso ya lo había conseguido.

—Eso nunca se conseguirá, ni por tu parte ni por la mía, hasta que no nos enfrentemos, cuando llegue el momento, a tu partida.

—Pues hasta entonces no dejemos que la incertidumbre nos mine, sigamos disfrutando y fortaleciendo lo que aún nos queda por delante —le dijo a la vez que acercaba su caballo al de ella y la besaba tiernamente.

* * *

Nacho y Arturo se encontraban haciendo limpieza en los dormitorios, pues, dada la amistad que habían forjado a lo largo de todos esos meses que llevaban en la base, decidieron hacer equipo para que siempre les tocara hacer

las faenas juntos.

—Arturo, Nacho, dice el brigada que os paséis por su despacho —dijo el soldado que apareció por la puerta—, quiere hablar con los cuatro especialistas.

—Me temo que ha llegado la hora —dijo Nacho un tanto nervioso—, eso es que nos volvemos cada uno para nuestras bases de origen.

Arturo prefirió no decir nada, quiso ahorrarse todo tipo de comentarios.

Sabía que la hora estaba cerca, aunque saberlo no le impedía que se sintiese mal cuando esta tenía que llegar.

—¿Da su permiso, mi brigada? —preguntó nada más abrir la puerta del despacho.

Allí se encontraba un tercer especialista; el cuarto estaba haciendo la guardia correspondiente en la centralita, por lo tanto, después sería informado.

—Siéntense —les indicó el brigada—. Bueno, tengo que darles una noticia un tanto sorprendente para ustedes, aunque yo ya tenía conocimiento de que algo se venía fraguando.

Los tres se miraron un tanto desconcertados por las palabras del suboficial.

—Parece ser que el Ministerio de Defensa prefiere tener a todos los futuros sargentos especialistas más tiempo en prácticas que en clase, motivo por el cual prolonga las prácticas en sus respectivos destinos seis meses más, quedando el curso de sargento reducido a tres meses.

Las reacciones fueron totalmente variopintas, desde el gesto de cabreo por parte de uno de ellos, a la indiferencia de Nacho, a la sonrisa disimulada de satisfacción que se dibujó en la cara de Arturo.

—Ya les puedo comunicar definitivamente que el curso lo comenzarán el lunes doce de marzo del año que viene y que partirán a sus respectivas bases el viernes día nueve. ¿Alguna pregunta?

—¿Tres meses nada más para sacar el curso de sargento?

—Eso parece, el boletín que hemos recibido todas las bases en las que se realizan las prácticas comunica que dicho curso va a estar únicamente basado en eso, en las prácticas que estáis realizando, que la parte teórica ya fue suficiente con los dos años de academia. Por lo tanto, ya sabéis, aplicaos bien aquí, que de ello dependerá que el puesto de promoción sea mejor o peor. Y, por cierto, quiero comentaros también que todos aquellos que han realizado las prácticas en esta base han sacado el curso de sargento con muy buen puesto.

* * *

Arturo se encontraba frente a la puerta de la discoteca, había quedado con Lía para ese jueves sobre las seis de la tarde. Volvió a mirar el reloj, las seis y cuarto, con lo puntual que ella solía ser y resultaba que el día en que más deseaba que llegase pronto, se estaba retrasando. Sentía una mezcla de nerviosismo y emoción, no veía la hora de compartir con ella la noticia que el día anterior le había dado el brigada. De pensar que le podía quedar menos de un mes para irse a saber que ahora tenía siete meses por delante para disfrutar de lo que juntos estaban viviendo, era como tener un décimo de lotería premiado, a no tenerlo.

Las seis y media, la situación le estaba resultando ya un tanto extraña, sus amigas tampoco habían aparecido, tenía que reconocer que no era muy normal tanto retraso. No hacía más que mirar al final de la calle, por donde sabía que tendría que aparecer, y ver que tal hecho no se producía le estaba empezando a incomodar.

Un coche se incorporó a la carretera general, desde el principio le resultó conocido. Efectivamente, cuando lo tuvo más cerca lo reconoció mejor, era el coche que solía llevar Venancio. Nada más apearse vio cómo se encaminaba hacia donde estaba él.

—Qué pasa, militar —le dijo sin llamarlo por su nombre, aunque de sobra sabía cómo se llamaba—. No esperes más por mi hermana, que no va a venir.

La cara de Arturo era todo un poema, entre la noticia que le dio y

cómo se la dio, no sabía si preguntar el motivo o directamente mandarlo a tomar por el culo.

—¿Ha pasado algo? —preguntó como mejor decisión.

—Esta mala. No ha parado de vomitar en todo el día, anda con cólicos y tiene bastante fiebre. ¿No la habrás dejado preñada, eh?

Prefirió no contestar, pero eso no evitó que Arturo pensase que el nombre que llevaba le venía que ni pintado, porque el tío era más bruto que un arado.

—Es broma, hombre. No te lo tomes a mal. ¿Quieres venir a verla?

—Pero... ¿qué pensarán tus padres?

—Mis padres están en una cena de empresa en Madrid, llegarán de madrugada. Si quieres estar un rato con ella, te acerco a casa y después te bajo.

Arturo no daba crédito a lo que sus oídos acababan de oír, y menos viniendo de quien venía. Si al final va a resultar que tiene buen fondo, pensó para sí mismo.

—Me encantaría verla. Si de verdad no te importa llevarme, yo encantado.

—A ver si así le alegras un poco el carácter, porque lleva un día de perros.

—Hombre, después de todo lo que me has dicho que tiene, no pretenderás que esté cantando por casa.

—Eso no lo hace ni estando de buenas, anda, sube al coche.

Nada más arrancar, Arturo supo que el trayecto, aunque corto, no iba a ser un camino de rosas, y no se equivocó. Con una velocidad extrema para el tipo de carretera que había y cogiendo las curvas de manera que solo le faltaba ponerse a dos ruedas, llegó con la comida del mediodía en la boca.

Una vez en casa, Arturo se quedó en el hall de entrada, mientras

Venancio se dirigió al salón donde sabía que se encontraba su hermana tumbada en el sofá y bien tapada con una manta.

—Traigo una sorpresa para ti, hermanita, a ver si se te alegra el día — le dijo medio gritando según entró en el salón.

—¿Traerme tú una sorpresa? No me hagas reír.

—A ver, militar, pasa para aquí.

Al oír esas palabras el cuerpo de Lía se tensó inmediatamente.

—¡Hola! ¿Cómo estás? —le preguntó nada más hacer aparición en el salón.

Como si de un resorte se tratase, Lía se quitó la manta y se puso inmediatamente de pie.

—¡Arturo! ¿Qué haces aquí? —le dijo al mismo tiempo que se acercó a él para abrazarlo—. Qué sorpresa más grata —añadió a la vez que miraba para su hermano con una mirada de agradecimiento.

—Cuando tu hermano me avisó de tu estado, me comentó lo de la

ausencia de tus padres y me propuso venir un rato a verte.

—Es evidente que esa cabeza, algunas veces, parece que da algo de sí.

—Bueno, os dejo solitos, en una hora vengo a recoger de nuevo al militar.

—Se llama Arturo —le reprochó ella.

—Para mí es el militar —contestó mientras abandonaba el salón.

Una vez solos, se dieron ese beso que ya estaban deseando desde el momento en que Arturo hizo entrada.

—¿Se puede saber dónde coño se sacó el carné de conducir tu hermano? Es increíble que siga vivo conduciendo como conduce. En solo cuatro kilómetros ha conseguido acojonarme de verdad.

—Pues no será porque mi padre no lo haya amenazado un millón de veces con que, como no se relaje al volante, le quita el coche, pero él ni caso.

—Hoy estaba esperando como agua de mayo a que llegases, ya que tengo dos noticias que darte, una buena y otra mala. ¿Por cuál quieres que empiece?

—Pues tengo el cuerpo hoy como para andar recibiendo malas noticias, pero bueno, empieza por la mala.

—La mala es que ayer el brigada nos llamó a los especialistas para decirnos la fecha en la que tenemos que regresar a nuestras bases para el curso de sargento.

—¡Vaya! ¿Esa es la mala? ¿La buena no será que te tienes que ir

mañana, no?

Arturo no pudo evitar emitir una sonora carcajada al oír su comentario.

—Pues no —contestó tajante a la vez que daba paso a un pequeño silencio con el fin de darle un poco más de incertidumbre al asunto.

—¿Quieres dejarte ya de tanto misterio y decirme cuál es la noticia buena?

—Pues que el Ministerio de Defensa ha reducido el tiempo de los cursos de aptitud a sargento a tres meses y ha prorrogado el tiempo de prácticas en seis. Por lo tanto, no me tengo que incorporar en mi base de Madrid hasta el doce de marzo del año que viene.

El grito de alegría que pegó Lía no solo se extendió por el salón, sino que recorrió el resto de la casa, hasta tal punto que hizo que apareciese Venancio preguntando qué coño le estaba haciendo Arturo a su hermana.

—Ves, todo se está poniendo a nuestro favor. Vale más no planear nada hasta llegado el momento, porque las cosas pueden dar mucho de sí.

—Qué alegría me acabas de dar, creo que después de esto, la fiebre me ha desaparecido de golpe.

Durante un buen rato estuvieron haciendo planes con respecto a los muchos meses que aún les quedaban por delante, unos planes que, en parte, quedaron para otro momento, al hacer acto de presencia Venancio con el fin de recoger a Arturo y llevarlo de regreso al pueblo, aunque esa tarde Venancio

siguió haciendo gala de su generosidad llevándolo hasta la base.

Capítulo 18

Gerardo lleva más de cinco minutos penetrándola una y otra vez, lo lamentable de todo eso es que Alicia no está sintiendo el más mínimo placer, como se diría vulgarmente, esto es follar por follar. Mentalmente sigue calculando el tiempo y, si en un par de minutos más no se ha corrido, usará la táctica que tan buenos resultados le da siempre. Oye sus gemidos, que más que eso parecen verdaderos gruñidos, y asqueada por eso decide, durante ese par de minutos que le quedan, hacer volar su mente para que le resulte mucho más llevadero. Sus manos, apoyadas en la nuca de su marido, evitan que este pueda levantar la cabeza y decida besarla, algo que cada vez soporta menos.

—Cómo me gusta follarte, cariño —susurra entre gruñidos al oído de Alicia.

Ya era suficiente por esa noche, decidió ella.

—Sí, cariño, sí, no pares, vas a hacer que me corra como una loca, no puedo más, cariño, no puedo más, me voy a correr.

La táctica surtió efecto al momento. Cuando Gerardo empezó a oír lo que él creía que era un placer extremo, que la estaba llevando a un orgasmo bestial, se corrió en cuestión de segundos. Más que retirarse él, lo retiró ella de un empujón, con el pretexto de dirigirse al baño. Al fin y al cabo, tampoco es que fuese un pretexto, era la excusa ideal para echar el tiempo suficiente en

el baño y que cuando volviese de nuevo a la cama él ya estuviese dormido.

Algo que en esta ocasión no tuvo el efecto deseado.

—¿Qué te pasa, cariño? Estas como ausente —dijo Gerardo cuando la vio llegar de nuevo al dormitorio.

—No me pasa nada. ¿Por qué lo dices?

—Antes te corrías con suma facilidad y ahora tengo que currármelo de cojones.

Alicia tuvo que reprimirse de manera considerable para no decir lo que realmente pensaba.

—Ya sabes que uno no está siempre al cien por cien. Últimamente me doy mucha caña en el gimnasio y noto mucho el cansancio. ¡Vaya! —exclamó de manera disimulada—, creo que no me he limpiado bien y se me sigue saliendo.

Con esa excusa volvió de nuevo al baño y tras pasar un rato en el que lo único que hizo fue pintarse las uñas de los pies, regresó a la habitación. En esta ocasión sí dio resultado: para cuando se metió en la cama, él ya estaba dormido.

Una vez apagada la luz, su mente empezó a cavilar. Según sus

cálculos, Arturo ya debería haber regresado a la Escuela de Transmisiones de

Cuatro Vientos, estaban a primeros de julio y él se había ido a mediados de junio del año anterior. Si según él iba a hacer el año en prácticas, es evidente

que el año ya había pasado.

Desde que se encontró con ellos en el centro comercial de Galerías

Preciados, tuvo claro que el motivo de que él no quisiese verse con ella era esa chica con la que estaba, pero al mismo tiempo tenía el convencimiento de que solo era un capricho pasajero para él, de ahí que en cuanto regresase, estaba segura de que no tardaría en ponerse en contacto con ella.

Alicia fue muy consciente del enganche que Arturo tenía hacia ella,

supo muy bien cómo llevarlo a su terreno dada la inexperiencia que él demostraba tener y, en ese aspecto, consideraba que sumaba un punto muy a su favor para que a él le costase mucho prescindir de tener de vez en cuando alguno de sus encuentros. Estando como estaba sumamente convencida de ello, ya empezaba a preocuparle no saber aún nada de él. Dejaría pasar unos días más y buscaría cualquier excusa para intentar informarse de si había regresado ya.

El tiempo pasaba y seguía sin noticias. Tal y como había sucedido el año pasado, Alicia se iría de vacaciones con su marido a mediados de julio, por lo que no quiso esperar más. Como a la base de Cuatro Vientos nunca lo había llamado, decidió hacerlo al Alto de los Leones.

—Base del Alto de los Leones, ¡dígame!

—Mire, le llamo de la comisaría de Plaza España por motivo de que nos han entregado aquí una cartera con documentación que debió de ser extraviada y resulta que, revisando la documentación, nos sale que el

propietario es un tal Arturo y que se encuentra destinado actualmente en esa base, ¿podría confirmarme que es así? —dijo Alicia disimulando su voz todo lo posible.

—Efectivamente, señorita, el cabo de primera Arturo se encuentra realizando las prácticas en esta base. ¿Quiere que lo llame?

—No se preocupe, era solo para contrastar la información que consta en la documentación, y que no se preocupe, que una patrulla le acercará personalmente la cartera con toda la documentación. Muchas gracias por su atención.

Alicia puso cara de desagrado. Cómo podía ser posible que aún estuviese allí, si según él era solo para un año, salvo que le hubiese mentido. Sabiendo que seguía por Segovia, tomó la determinación de intentar disfrutar al máximo de sus vacaciones y, ya a su regreso, intentaría averiguar cómo estaban las cosas con respecto a él.

* * *

Arturo entraba por la puerta de la base, era algo más de media noche.

Había estado celebrando con Lía su ascenso a cabo de primera, un ascenso que le correspondía por periodo académico y que mantendría hasta que por fin saliera de sargento especialista.

Era una noche de calor asfixiante, por tal motivo, y consciente de que no iba a poder dormir, cogió una silla plegable y se sentó bajo el porche del edificio con intención de leer un poco.

—¡Arturo! —lo llamó de forma familiar, algo muy normal dado lo pocos que eran en la base y la amistad que se acababa generando entre ellos, uno de los soldados que estaba de guardia en la garita lateral del recinto—. ¿Puedes venir un momento? Estoy viendo una luz muy rara en el recinto privado del pinar.

No dudó en acercarse y subir a la garita para ver de qué se trataba. Tal y como el soldado le había dicho, en el centro del pinar se divisaba una luz bastante intensa. Era un recinto militar, por lo que el acceso a esa zona no solo estaba restringido, sino totalmente prohibido para toda persona.

—Voy a ir a llamar al brigada y darle novedades de lo que pasa.

Sin más, se dirigió a la centralita y le pidió al que estaba de guardia que le pusiese con el brigada.

—¡Dígame! —contestó una voz, con una connotación clara de acabarse de despertar.

—Perdone que le moleste, mi brigada, soy el cabo de primera Arturo, le llamo para comunicarle que estamos divisando desde la garita sur una luz intensa en el pinar, concretamente en el recinto que corresponde a la zona militar.

—Muy bien, en diez minutos estoy ahí, estén preparados para cuando yo llegue, usted y dos más. Salgo ahora mismo para la base.

—A sus órdenes, mi brigada.

Arturo en quien primero pensó fue en Nacho, al que, aunque se

encontraba durmiendo, fue inmediatamente a despertar.

—¡Nacho! Despierta —le dijo mientras lo zarandeaba.

—¿Qué coño pasa? —preguntó todo sobresaltado.

—Rápido, vístete, que hay movida y no nos la podemos perder. Voy a llamar a Iván también.

Los tres se encontraban cerca de la garita cuando vieron el coche del brigada acercarse al recinto. Le abrieron la puerta para que metiese el vehículo en su interior y se trasladaron a la garita para que el suboficial viese la susodicha luz. Tras ello, entraron en el armero, y tras abrir uno de los armarios, el brigada les dio un cetme, tal y como se denominaba al fusil de asalto, con un cargador de balas a cada uno, y él se colocó en el cinto su pistola reglamentaria. Posteriormente entregó una linterna a cada uno y acto seguido se pusieron en marcha. Borearon el edificio y llegaron a la valla que limitaba el recinto de la base, del pinar. Abrieron la portilla que estaba cerrada con llave, llave de la que solo podía disponer el suboficial al mando, y cogieron el estrecho sendero que se adentraba en el pinar.

Desde el camino, al no estar en zona alta, no podían divisar la luz, de ahí que se tuviesen que orientar por la garita, por más o menos dónde se ubicaba. Anduvieron cerca de diez minutos, procurando hacer el menor ruido posible, saliendo de un sendero para pasar a otro, hasta que por fin, a lo lejos, percibieron un pequeño resplandor.

Unos metros antes, el brigada los detuvo para darles una última instrucción.

—¡Quietos todos! Que no se mueva nadie —gritó el brigada cuando

los cuatro hicieron aparición de repente.

Lo que allí se encontraron dejó con la boca abierta a todos. La luz era una lámpara de camping gas, colgada de un palo clavado frente a una pequeña tienda de campaña. Se supone que, debido al enorme calor de la noche, sus ocupantes, en lugar de estar dentro de la tienda, habían extendido una enorme manta en el exterior y en el momento de aparecer el equipo militar se encontraban en pleno acto sexual.

El grito de susto que dio la mujer, la cual se encontraba sentada a horcajadas sobre su pareja y de espaldas al lugar por donde aparecieron ellos, fue ensordecedor, dejándola casi en estado de shock y sin poder de reacción.

Por el contrario, el chico se puso inmediatamente de pie, tapándose con las manos las partes más íntimas.

—¿Se puede saber qué están haciendo ustedes aquí? —les recriminó el brigada—. Bueno, lo que están haciendo ya nos ha quedado bien claro a todos, ¿es que no saben que esto es un recinto militar y está totalmente prohibido entrar aquí? Les podía haber caído un balazo a cada uno.

—No teníamos ni idea —contestó el chico sumamente nervioso—.

Llegamos de noche y decidimos acampar para dormir, nos metimos por el pinar en busca de un sitio un poco apartado y hemos llegado aquí.

—Pero antes de dar con este lugar han tenido que encontrarse con un recinto vallado, ¿cómo coño pasaron?

—La valla, en un punto concreto, estaba caída casi en su totalidad. Por

eso pasamos. Como tampoco vimos ningún cartel de prohibido el paso, jamás pensamos que esto era un recinto militar. No somos de aquí.

—Vamos, vístanse, los ayudaremos a sacar todo esto de aquí.

La chica aún no había sido capaz a reaccionar, el susto que se llevó la dejó al borde de la conmoción. Entre todos dismantelaron la tienda de campaña y, con todo recogido, fueron escoltados hasta su vehículo.

Ya de regreso a la base, se encontraron a todo el personal levantado y en alerta por saber qué era lo que estaba ocurriendo. Cuando comentaron lo que realmente había ocurrido, ya no pararon de producirse bromas y comentarios jocosos con respecto a la pareja. Algunos comentaban que, si la pareja estaba de vacaciones, en lo que restaba de ellas no iban a volver a follar más.

La tertulia se alargó hasta bien entrada la madrugada, momento en el que decidieron irse a acostar un rato, todos excepto al que le tocaba entrar de guardia en la centralita en el turno de la seis.

De la que se dirigían a los dormitorios, el soldado que cogió la llamada de teléfono para Arturo se puso a su altura.

—Menos mal que te han encontrado la cartera, ¿eh? Vaya engorro si no con toda la documentación.

—¿Qué cartera? ¿De qué me estás hablando?

—Pues de la que perdiste cuando estuviste en Madrid.

—Yo no he perdido ninguna cartera, ¿quién te ha contado esa milonga?

—Ayer a mediodía cogí una llamada de una mujer que me preguntó si estabas en esta base, que llamaba de la comisaria de Plaza España, por motivo de que habían entregado una cartera que habían encontrado con documentación y que te pertenecía. Quería comprobar si estabas aquí para que una patrulla te la acercase.

—¿Y dices que era una mujer la que llamó?

—Sí, supongo que alguien que trabaje en las oficinas de dicha comisaria.

Arturo no tardó mucho en atar cabos y hacerse una idea de quién y por qué había realizado dicha llamada.

Capítulo 19

Los meses habían ido pasando mucho más rápido de lo que ellos hubieran deseado. Lo que en un primer momento parecía estar muy lejos, lo habían ido viviendo con tanta intensidad que aún no eran conscientes de que ese momento que tanto miedo y tanto recelo les traía, en especial a Lía, les había llegado ya.

Arturo, durante esa última semana, había hecho algunos cambios con sus compañeros para poder tener todo el día libre de ese once de marzo.

Lógicamente, ese día lo quería pasar en su totalidad con Lía.

Según les habían informado, el viernes a las nueve de la mañana

venían a recoger a los cuatro especialistas para su traslado a su base de origen.

Aunque estaban haciendo todo el esfuerzo del mundo por disimularlo, los dos se encontraban en un estado de ánimo difícil de describir. Por un lado, veían la necesidad de hablar de ello; por otro, ninguno de los dos se atrevía a sacar el tema a relucir. Como si al no hacerlo, dicho día no fuese a llegar.

La noche se les estaba echando encima, habían decidido encargarse de la comida y llevársela para la casa de las caballerizas y así poder tener una cena en la más estricta intimidad.

Cenaron en la misma línea que lo venían haciendo a lo largo del día, como si no pasase nada. Lucharon lo indecible para disimular todo lo posible, pero llegó un momento en que ya no podían evadir más el tema.

—¿Y ahora qué? ¿Qué va a pasar a partir de ahora? —preguntó Lía sin poder contenerse más.

Arturo resopló intensamente.

—Quiero pedirte un favor enorme, y es que por encima de todo no malinterpretes mis palabras —le dijo él.

La frase «no malinterpretes mis palabras» no le sonó todo lo bien que a Lía le hubiese gustado.

—Soy toda oídos.

—Quiero que juntos realicemos el último esfuerzo, y digo esfuerzo,

porque lo que te voy a pedir es un sacrificio que tenemos que llevar a cabo los dos, al unísono, conscientes de que entramos en la recta final de nuestro futuro. Yo, ahora mismo, solo estoy convencido únicamente de una cosa, de que te quiero, de que, en este año y medio, has conseguido que vea en ti a la persona que de verdad quiero para compartir mi vida. Pero para poder compartir esa vida como corresponde, antes yo tengo que finalizar el proyecto que empecé hace cuatro años y que es el que me va a asegurar el futuro de por vida.

Lía lo escuchaba como si al mismo tiempo devorase todas y cada una de las palabras que salían por la boca de él.

—Solo te pido que tengas paciencia y que esperes por mí los próximos tres meses. Necesito entregarme en cuerpo y alma al curso de sargento, y para ello, la única opción que veo factible es entrar mañana viernes en la academia y ya no salir de ella hasta que luzca los galones que garanticen nuestro futuro, porque así lo veo, un futuro juntos. Necesito dedicar todo el tiempo posible, sea de diario o de fin de semana, a estudiar. Poder estar centrado en todas y cada una de las materias que nos pidan, que eso no quiere decir que no piense en ti, ni mucho menos, pero, si sé que un fin de semana voy a ir a verte, no pararé de pensar toda esa semana en el momento de que así sea, y por el contrario, teniendo la seguridad de que en ese tiempo no te veré, tendré más capacidad para centrarme en lo que tengo que hacer.

Hubo un silencio que a Arturo se le hizo eterno, a la espera de que ella opinase algo respecto a lo que le estaba proponiendo.

—Todo sacrificio es mucho más llevadero si después tiene una buena recompensa, y si la recompensa es como tú dices, un futuro juntos, bien merece realizar ese sacrificio —dijo Lía rompiendo definitivamente ese silencio—. Yo jamás te pondría el más mínimo impedimento para que consigas tus objetivos, y mucho menos, cuando esos objetivos ya están en su recta final.

Arturo se acercó a ella, la hizo levantarse de la mesa y la besó con la intensidad necesaria para ese momento. Ella, como si llevase un buen rato esperando que tal momento se produjese, se aferró a él, como si con ello se asegurase que ya no se iba a poder apartar más. Poco a poco, esos besos cada vez más apasionados dieron paso a las caricias, las cuales aumentaron ese deseo de sentirse el uno dentro del otro. Como si de una cadena se tratase y un eslabón fuese enganchándose a otro eslabón, una cosa llevó a la otra. En cuestión de minutos, ambos cuerpos yacían en el suelo, totalmente desnudos y gozando de una situación que cada día les resultaba más necesaria a los dos. De nuevo, tal y como solía suceder en la mayoría de las ocasiones en las que hacían el amor, se corrieron a la vez. En el más absoluto de los silencios, se quedaron abrazados el uno al otro, como en un estado de meditación necesaria para asumir que iban a tardar unos meses en volver a sentir sus cuerpos como los estaban sintiendo ahora.

Llegó la hora de irse, y ya en el coche fueron ultimando sus últimos momentos.

—¿Sabes? —dijo ella al tiempo que ponía el coche en marcha—. Estos tres meses van a servirnos para saber con total exactitud hasta dónde llegan nuestros sentimientos.

—¿Acaso no lo sabes ya?

—Sí, pero aun sabiéndolo, hay veces que uno tiene que vivir en sus carnes el dolor de carecer de alguien para saber hasta dónde puedes quererlo o necesitarlo.

—Yo ya te estoy echando de menos y aún no me he ido.

Lía le agradeció sus palabras con una sonrisa que, aunque sentida, estaba muy lejos de la que le hubiese gustado emitir.

—Quiero pedirte una cosa más.

—Miedo me das.

—No sé exactamente la duración del curso de sargento, lo único que sé con seguridad es que en junio tiene que finalizar para que nos dé tiempo a incorporarnos a nuestros destinos antes de coger las vacaciones de verano.

Por lo tanto, las cuatro semanas del mes de junio, quiero que bajas a la discoteca todos los jueves, sábados y domingos de cada semana.

—¿Eso a cuento de qué viene?

—No viene a cuento de nada, simplemente quiero ir a buscarte al

mismo lugar donde te conocí.

Lo que al principio le extrañó, cuando supo el motivo por el que le estaba proponiendo eso, no le disgustó lo más mínimo.

—No te preocupes, así lo haré.

Una vez llegaron a la base, él se apeó del coche de Lía después de darle un beso y se despidieron con un hasta mañana.

* * *

Le resultaba un poco extraño, después de un año y medio, volver a verse en la Escuela de Transmisiones. Se había familiarizado tanto con un recinto tan pequeño como el del Alto de los Leones que verse ahora en una base que casi tenía un kilómetro de punta a punta le hacía sentirse un poco perdido.

Una vez dentro del escuadrón, se fue directo a su taquilla, y allí se llevó la primera alegría del día.

—¡Vaya! Mira quién aparece por aquí —le dijo Chino, que se encontraba ya deshaciendo su equipaje.

Ambos se fundieron en un fuerte abrazo.

—¿Qué tal te ha ido todo? —le preguntó Arturo.

—Bien hasta que nos comunicaron la prórroga de seis meses más, a partir de ahí se me hizo muy pesado.

—¿Y qué tal con Raquel? ¿Cómo os va todo?

—Pues genial, ya somos oficialmente novios para todo el pueblo, su familia, el consistorio del Ayuntamiento, vamos, que no queda nadie que no lo dé por oficial. Es lo que tienen los pueblos, se entera la gente de todo antes que tú.

—Pues cómo me alegro, lo cierto es que hacéis buena pareja.

—¿Y tú? ¿Qué tal te ha ido todo? ¿Te sigues viendo con Alicia?

—Hace mucho que no sé nada de ella, el mismo día que llegué conocí a Lía, una chica genial, con la que he estado todo este tiempo —lo dijo con una expresión que iluminaba todo su rostro.

—Vaya con Arturo, se nos va ilusionado con una persona y nos llega enamorado de otra, lo que es la vida. ¿Y qué planes tenéis? Porque digo yo que no habrás cortado con ella por el hecho de terminar las prácticas allí.

—No, claro que no. Voy a centrarme exclusivamente en el curso y, cuando lo termine, iré a buscarla.

—Qué pillín, y así, mientras tanto, te ves por aquí con Alicia.

—Por supuesto que no, ya te he dicho que llevo mucho tiempo sin tener contacto con ella.

El resto de la mañana se la pasaron hablando sin parar, eran

demasiadas las cosas que se tenían que contar el uno al otro. La tarde ya fue

diferente, se les asignaron los instructores, se les entregó el temario para estudiar y como quien dice, desde esa misma tarde, empezaba una de las etapas más importantes de sus vidas de cara a su futuro.

Para Arturo la primera semana resultó extremadamente dura. Por un lado, el proceso de adaptación, por otro, la complejidad y la dureza del curso, y a ello se sumaba el que los primeros días no dejaba de pensar en Lía y se le hacía un mundo saber que en los próximos tres meses no la iba a ver.

Era consciente de que tenía que centrarse única y exclusivamente en el curso, sabía del sacrificio que ello conllevaba y estaba dispuesto a darlo todo. De ahí que, una vez que consiguió ser consecuente con lo que tenía que hacer, las siguientes semanas fueron mucho más llevaderas.

Los fines de semana los dedicaba exclusivamente a estudiar, y aunque en alguna ocasión fue tentado por su amigo Chino para salir con él y con Raquel a tomar algo, el intento fue en vano.

* * *

Lía se encontraba totalmente desubicada, echaba demasiado de menos a Arturo y eso le hizo perder el aliciente por demasiadas cosas, algo que empezó a preocupar a su entorno, pensando que les estaba ocultando algo más de lo que les había contado. Sus amigas la venían a buscar una y otra vez para salir, siempre con el mismo resultado: le apetecía más quedarse en casa.

—Cariño, por qué no me acompañas hoy a montar a caballo, anda,

hazlo por mí, por favor —le dijo su padre con la máxima ternura, algo que surtió efecto, ya que a eso no se pudo negar.

—De acuerdo, papá, iré contigo.

Aunque ella siempre montaba el mismo caballo, ese día le pidió a

Oswaldo que le preparase el que solía montar Arturo cuando salían los dos juntos. Era una buena forma de sentirse más cerca de él, pensó para sí misma.

Lo estaba pasando francamente bien, su padre sabía de rutas muy bonitas para salir a cabalgar.

—Hoy te veo un poco más animada —le refirió su padre—. Aunque no te he querido comentar nada por respetar tu silencio, me tenías bastante preocupado. ¿Seguro que va todo bien? ¿No nos estás ocultando nada?

—Padre, sabe que a usted jamás le ocultaría nada. Lo que les dije es cierto, por mutuo acuerdo, hemos decidido no vernos hasta que él no termine con el curso. Pero que los dos estemos de acuerdo en ello no impide que sea muy duro.

—En esta vida las cosas no siempre salen como uno quiere.

—Él lleva cuatro años preparándose para ser lo que ha elegido ser y yo, en este momento, no puedo ser un impedimento para que lo consiga.

—Pensar así, solo se piensa cuando quieres a una persona de verdad.

—Sí, padre, lo quiero mucho.

—¿Por qué no lo llevaste por casa para conocerlo?

—Una vez lo hice con quien no debía, sin pensar las consecuencias de mis actos, y prometí que no iba a volver a suceder. No dude de que lo haré cuando llegue el momento adecuado, y ese día usted va a ser el primero en conocerlo, se lo prometí en su momento y así lo haré.

—La paciencia es una gran virtud y doy fe de que es así. Pero por desgracia la paciencia no consigue paliar el sufrimiento de quien espera algo y esa espera se hace eterna. A ti, Lía, se te hace muy duro estar sin él; a mí, el verte así, el no ver esa alegría innata por la que siempre has destacado.

—Pues no se preocupe, padre, porque lo peor ha pasado ya, ha transcurrido un mes y me agarro a lo más positivo de todo, que es que ya solo quedan dos para que esto se acabe.

Siguieron cabalgando el resto de la mañana y fue, sin duda, el mejor día desde que Arturo se fue, aunque lo bueno de esa mañana aún no se había terminado.

Cuando llegaron a casa, la madre se encontraba en la cocina terminando de hacer la comida. Lía se acercó a ella para darle un beso, momento que aprovechó su madre para decirle algo.

—Sube a tu habitación, encima de tu cama tienes una sorpresa —le dijo la madre, consciente de la gran ilusión que le iba a hacer encontrarse con la sorpresa de la que le estaba hablando.

Sin hacerse una idea, ni por lo más remoto, de qué se podía tratar, entró en su habitación. Sobre la almohada encontró un sobre. Se extrañó un tanto al verlo, era una carta, lo que menos se podía imaginar era de quién provenía. La giró para ver el remitente y sus ojos se abrieron como platos. El corazón le empezó a palpar a tal velocidad que tuvo que sentarse en la cama porque le flaqueaban las piernas. ¿Cómo supo la dirección exacta de donde vivía?, se preguntó a sí misma. De forma precipitada abrió el sobre, aunque de

repente se quedó quieta. Un mal presentimiento le vino a la mente, y durante unos segundos un temor se apoderó de ella, pero con la misma

velocidad que llegó, se fue. Arturo no era de las personas que dejarían a alguien por carta, de eso estaba segura al cien por cien. Sin esperar más, la empezó a leer.

Hola, preciosa.

Qué extraño me resulta ponerme a escribir lo que hasta ahora nos

decíamos el uno al otro mirándonos a los ojos, pero como yo me dije a mí mismo, a falta de ese momento, voy a plasmárselo en una carta. Supongo, sin

miedo a equivocarme, que esto está siendo muy difícil para los dos, y digo para los dos, porque si yo te estoy echando tantísimo de menos, creo que tú

debes de estar pasando por algo similar. El único consuelo desde que nos hemos separado es que ya ha pasado un mes, eso quiere decir que ya queda

menos, pero un mes durísimo, en todos los aspectos, principalmente porque no dejo de pensar en ti, en todos y cada uno de esos momentos que hemos vivido juntos a lo largo de este año y medio. El curso está siendo sumamente

difícil, nos meten mucha caña a nivel militar y nos exigen mucho a nivel académico. Hay noches que me meto en la cama totalmente rendido, tanto a

nivel físico como emocional. Pero según tocan diana mi primer pensamiento,

como me sucede cada mañana, es para ti, y eso me estimula para coger la jornada con tantas ganas como la anterior, con la convicción de que es un día

más de curso superado y un día menos para estar definitivamente contigo.

Seguro que te habrás preguntado cómo supe la dirección para poder

escribirte, yo siempre he dicho que hay que tener amigos hasta en el infierno, el chófer del Willy que baja todos los días a la compra a San Rafael me debía

un favor, por lo que le pedí, después de explicarle bien dónde se encontraba ubicado tu chalé, que me confirmase la dirección exacta. También te

preguntarás cómo no te pedí el teléfono de tu casa para llamarte en lugar de

escribirte, buena pregunta, pero yo mejor que nadie sé que, si tengo tu teléfono, no iba a poder resistirme a la tentación de llamarte todos los días, y eso es un lujo del que, si quiero estar centrado en todo momento, no puedo disponer. Me está costando mucho evitar entrar en otros temas de los que me

encantaría hablar, pero sé que ello iba a generar que me pusiese muy mal, tú

ya sabes a qué me refiero, y sería muy duro, sabiendo el tiempo que aún queda para vernos, el pasar por ello. Solo te pido un poco más de tiempo, un

tiempo que servirá para dar fruto a nuestro deseo de estar juntos

definitivamente, un tiempo que, en mi caso, y espero que en el tuyo también,

me está haciendo ver muy claro los sentimientos tan reales que tengo hacia ti, un tiempo que después nos va a permitir hacer camino al andar, como dijo un

poeta de cuyo nombre no me quiero acordar.

En fin, que solo deseo, además de verme con los galones puestos, que

llegue ese momento de entrar a buscarte en la discoteca Apolo y ver que me

estás esperando allí. Hasta entonces, solo decirte algo que me sale totalmente

del corazón.

Te quiero.

Lía en ese momento no sabía si reír o llorar, apretó fuertemente la hoja que acababa de leer contra su pecho, al mismo tiempo que un cúmulo de sentimientos y emociones fluían de manera incontrolable dentro de ella. La volvió a leer otras cinco veces y no hubo más, porque su madre la llamó para que bajase a comer.

Al entrar en el comedor, vio a su padre solo sentado en la mesa.

—¿Todo bien? —le dijo él a la vez que levantaba la mirada del periódico que estaba leyendo.

—Todo bien, padre, todo muy bien.

Sin decir una palabra más, volvió la vista de nuevo al periódico.

Capítulo 20

Arturo y su amigo Chino se encontraban en la sala de estudios que había en el escuadrón, juntos repasaban la materia que habían dado en el taller de prácticas durante la mañana. Se encontraban más o menos en el ecuador del curso y, según los instructores, lo peor aún estaba por llegar.

—Arturo, acaban de llamar del cuerpo de guardia, que vayas, que tienes una visita —le dijo el cabo que vino en su busca.

—¿Una visita? ¿Te han dicho de quién se trata?

—No, solo nos comunicaron que te pases por allí.

—¿Quieres que vaya contigo? —le dijo Chino.

—No, tranquilo, me voy a acercar un momento a ver quién puede ser.

Mientras se acercaba, se iba haciendo alguna conjetura sobre quién podría ser, es más, casi lo daba por hecho. Ya se supuso que la llamada que tuvo con lo del cuento de la cartera había sido Alicia, y no sabía por qué, pero tenía el presentimiento de que la visita que lo estaba esperando iba a ser ella. Nada más lejos de la realidad. Según llegó a la puerta de entrada y vio quién le había venido a visitar, su sorpresa fue mayúscula.

—¡Venancio! —exclamó Arturo al verle—. Pero ¿qué haces tú aquí?

¿Ha pasado algo?

—Eso es precisamente lo que vengo a averiguar —le respondió al mismo tiempo que se dirigían a la sala de visitas.

Tras sentarse en una mesa el uno frente al otro, Arturo no pudo esperar más para saciar su curiosidad.

—¿Qué es eso que dices que vienes a averiguar?

—Quiero saber con exactitud qué es lo que ha pasado entre mi hermana y tú. Ella lo está pasando realmente mal, ya la he visto así en otra ocasión y no me creo nada de la milonga que les ha contado a mis padres, por lo tanto, de hombre a hombre, vengo a que me cuentes la verdad.

—Entre tu hermana y yo no ha ocurrido absolutamente nada. No tengo ni idea de qué fue lo que les contó exactamente a tus padres, pero puedo asegurarte que lo que les ha dicho es completamente cierto.

—Si es cierto, cómo puede ser que esté así, no sale de casa, apenas come, se pasa el día pensativa, está en la misma situación que cuando el cabrón del tío con el que estuvo anteriormente se rio de ella de forma descarada. Y si es así, no voy a consentir que otro cabrón le haga lo mismo.

—Te honra que te preocupes así de tu hermana pequeña. Yo, si estuviese en tu lugar, haría exactamente lo mismo, pero, de hombre a hombre como tú has dicho, te puedo asegurar que entre tu hermana y yo está todo mejor que nunca. A mí no me quedan más cojones que estar aquí durante el tiempo que dura el curso de sargento, y desde que llegué ni he salido de este cuartel ni tengo intención de salir hasta que no finalice. Ese es el único motivo que nos tiene separados, y te voy a decir más, si alguna vez hubieses estado enamorado y tuvieses que estar un tiempo separado de la persona que quieres, entenderías perfectamente por qué tu hermana está como está.

—¿Entonces puedo confiar en que no le estás jodiendo la vida a mi hermana?

—Puedes confiar plenamente, nada más lejos de la realidad, quiero a tu hermana y solo deseo terminar lo que estoy haciendo para que, con un futuro laboral asegurado, podamos estar juntos.

—Quiero que entiendas mi postura, tenía que asegurarme. Me daba miedo que ella estuviese mintiendo a mis padres, a la vez que adornando lo que estaba ocurriendo, para no dar a entender que por segunda vez la había cagado.

—Te entiendo perfectamente y de nuevo te repito que puedes estar

muy tranquilo a ese respecto, ni tu hermana ha engañado a tus padres ni ha ocurrido nada entre nosotros, y a partir de junio puede que me tengas que ver más veces de las que deseas.

—Eso no me preocupa, hay muchas maneras de evitarlo.

Siempre tan amable, pensó para sí Arturo.

—Pues nada, me voy a poner en camino, que tengo una tirada hasta el pueblo.

—¿Sabe tu hermana que estás aquí?

—Ni lo sabe ni lo va a saber nunca, ¿entendido?

—Lo puedes decir más alto, pero no más claro.

Tras despedirse, Arturo volvió de nuevo al escuadrón. Aún seguía un tanto desconcertado por la visita de Venancio.

—No habrá sido quien yo creo, ¿no? —le preguntó Chino nada más verlo.

—Pues no, te puedo asegurar que ha sido la persona que menos me podía imaginar que podía ver aquí, el hermano de Lía.

—¡No jodas! ¿Y qué quería?

—Es igual, déjalo, no lo entenderías, porque sinceramente, ni yo mismo lo entiendo.

* * *

Alicia no conseguía quitarse la idea de la cabeza: quería ponerse en

contacto con Arturo. Ahora sí tenía la certeza de que se encontraba en la base de Cuatro Vientos, había vuelto a poner en práctica una táctica parecida a la que utilizó con la cartera extraviada y en esta ocasión le confirmaron que ya no se encontraba allí. Sus expectativas se habían ido al traste, al ver que había regresado ya de las prácticas y no se había puesto en contacto con ella. Se sentía entre defraudada y dolida por tal motivo. Al ver que él no daba el paso, no paraba de rondarle por la cabeza la opción de ser ella quien lo hiciese, lo que no sabía era cuál podía ser la mejor fórmula para hacerlo. En un principio pensó en hacerle una visita en el cuartel, algo que acabó descartando. Pensó en esperarlo a la salida del cuartel, en una de esas tardes que salen de paseo, seguirlo y hacerse la encontradiza con él, pero se disuadió de ello rápidamente. Cada vez estaba más convencida de que lo mejor era llamarlo directamente al cuartel.

Se fue directamente a la guía y buscó por base aérea de Cuatro vientos, pero no encontró nada; buscó por Escuela de Transmisiones y ahí sí encontró unos cuantos teléfonos. Tras tomar nota, decidió esperar a la tarde, era evidente que las mañanas las tendría ocupadas con las clases.

Esperó a que diesen las seis y se animó a llamar.

—Escuela de Transmisiones, dígame —contestaron al otro lado del teléfono.

—Hola, buenas tardes, a ver si me puedes ayudar, no sé si estoy

llamando al sitio correcto, quisiera ponerme en contacto con un militar que está haciendo el curso de sargento y que se llama Arturo.

—Verá, señora, está llamando a una de las oficinas, pero si me está diciendo que la persona que busca se encuentra haciendo el curso de sargento, entonces pertenece al escuadrón de alumnos, de manera que tome nota de lo que le voy a decir.

Tras coger papel y boli, anotó el número que le dieron, que pertenecía a la centralita de la base, y, además, la extensión del escuadrón de alumnos, para que el telefonista la pasara ya directamente. Tras anotar todo correctamente, se dispuso a realizar lo que amablemente le había explicado la persona que le cogió el teléfono.

Sonó unas cuantas veces antes de que alguien descolgase el teléfono.

—Escuadrón de alumnos, le habla el cabo Eduardo.

—Hola, buenas tardes, me han pasado de la centralita a este número para ver si podría hablar con Arturo.

—Un momento, voy a ver si está en el escuadrón.

Tras unos minutos de espera, en los que no sabía si seguir o colgar, alguien se puso.

—¿Diga?

—Hola, Arturo.

Nada más oír la voz, supo perfectamente de quién se trataba.

—Hola, Alicia, qué sorpresa.

—Pues sí, aunque no te lo creas, también lo ha sido para mí el decidirme a llamarte, pero pudo más la necesidad de saber algo de ti. ¿Qué tal te va todo?

—Bien, totalmente centrado en la recta final del curso.

—Pensé que una vez que regresases, me ibas a llamar.

—Ya te comenté la última vez que hablamos que era mejor no mezclar, yo no tengo la capacidad que tienes tú de llevar dos relaciones paralelas.

—Eso quiere decir que sigues con esa chica.

—Sí.

—¿Y eso impide que nos podamos ver, aunque solo sea para tomar un café y charlar?

—No, si solo es para eso, claro que no lo impide.

—Pues a mí me encantaría tomar ese café y saber cómo te ha ido en el último año y medio.

—Ahora mismo es imposible.

—¿Por qué?

—Desde que he llegado a la escuela, ni he salido ni pienso salir hasta que no termine el curso, estoy volcado totalmente y todo el tiempo libre del que dispongo lo empleo en estudiar.

—Pero por una tarde...

—De verdad, no quiero perder ni un minuto. Mira, a mediados de junio finaliza todo y ya nos dan nuestros nuevos destinos, antes de irme, te prometo que te llamo y quedamos una tarde para tomar algo, charlar un buen rato y despedirnos, porque con toda seguridad, me tocará un destino fuera de Madrid.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Pues en ese caso, te dejo que sigas estudiando.

* * *

Arturo fue directamente a donde había dejado a Chino cuando lo avisaron de que tenía una llamada.

—Sorpréndeme. ¿A quién pertenecía la llamada?

—Era Alicia.

—¡No jodas! —exclamó Chino, incorporándose de su litera de un solo movimiento—. ¿Y qué quería?

—Que nos veamos.

—Esa tiene unas ganas de follar otra vez contigo que no te imaginas.

—Qué animal eres.

—Anda que no, si no de qué te iba a llamar después del tiempo que hace que no os veis.

—Quería saber qué tal me iba todo y tomar un café.

—Y follar, joder, que te lo digo yo. Y tampoco veo nada de malo en ello, después de lo que habéis vivido, eso se olvida mal.

—Eso fue una etapa que ya pertenece al pasado.

—Sí, pero no todo el mundo supera las experiencias vividas de la misma manera. Y por lo que veo en el caso de ella, a los hechos me remito.

—Pero que ella no lo haya superado no quiere decir que yo tenga que volver a revivir cosas que ya no sirven de nada.

—¿Y en qué habéis quedado? Porque habréis quedado, ¿no?

—Sí, pero no ahora. Le dije que cuando acabase el curso la llamaría y, para despedirme de ella, tomaríamos algo.

—Pues no seas tonto y haz una despedida como Dios manda.

Arturo prefirió no responder a dicho comentario.

Capítulo 21

Por fin el curso había llegado a su fin, se encontraban todos en sus aulas pendientes de que les diesen las listas con el número de promoción que había sacado cada uno. Momentos antes habían estado dando su talla para esa misma tarde recibir los uniformes nuevos, con los galones de sargento, con los que iban a recibir los diplomas en un acto oficial que se celebraría la mañana siguiente. Todo iba muy deprisa, en menos de tres días tenían que presentarse en sus respectivos destinos.

Tras recibir las listas, vieron que Arturo había sacado el número doce de la promoción, y su amigo Chino, el diecisiete. Muy buenos puestos, teniendo en cuenta que el curso se componía de sesenta cabos de primera.

A lo largo de la tarde, fueron pasando uno a uno y por orden de puesto promoción, eligiendo el destino en el que tendrían que pasar los próximos cinco años hasta conseguir un nuevo ascenso, causa por la que tendrían que volver a escoger destino.

Cuando a Arturo le tocó el turno, vio que las ocho plazas que habían salido para las bases de Madrid ya habían sido cogidas, y de no poder quedarse en Madrid, fue inmediatamente a ver si para León había salido algo.

Efectivamente, para León había dos plazas a cubrir en la base aérea de la Virgen del Camino. No tuvo más que pensar, eligió una de esas dos. Según

salió, le hizo un gesto de conformidad a Chino, que estaba esperando para entrar. No se fue como estaban haciendo todos los demás, se quedó a esperar a que eligiese destino su amigo.

Un sinfín de planes empezaron a pasarle por su cabeza. Después de casi cinco años iba a regresar a su tierra, eso le satisfacía plenamente, pero a la vez le preocupaba, no sabía muy bien que podía opinar Lía al respecto.

Aunque a estas alturas, ya no iba a tener que esperar mucho para saberlo.

No tardó mucho en ver salir a su amigo.

—¿Qué has elegido? —preguntó este.

—La Virgen del Camino en León, ¿y tú?

—La base de Manises en Valencia.

Ambos se fundieron en un fuerte abrazo, el esfuerzo y la tenacidad que dedicaron esos últimos tres meses se habían visto claramente recompensados, los dos habían logrado sus objetivos.

—Vete preparándote, que para el año que viene por estas fechas vas a tener boda —le dijo Chino radiante de felicidad.

—No me digas que has tenido una visión y me has visto casándome.

—Ni mucho menos, sin ser un visionario, al que veo casándose es a mí, Raquel me ha dicho que ya lo habló con sus padres y que se viene conmigo.

—No te imaginas lo que me alegro, felicidades, amigo.

—¿Y tú?

—Yo no sé qué es lo que va a pasar. Antes tengo que cumplir con la promesa que le hice a Lía, a partir de ahí veremos qué pasa.

—Y la que le hiciste a Alicia.

—Cierto, la llamaré esta noche.

Nada más comer, se pasaron por el almacén de ropa y recogió cada

uno su nuevo uniforme. Los hubo que no pudieron resistir la tentación de probárselo, y los más supersticiosos prefirieron dejarlo para el día de la entrega de diplomas, decían que traía mala suerte.

Esa noche, Arturo fue a la cabina y llamó a Alicia, y quedó con ella para las cinco de la tarde del día siguiente.

El gran día llegó, se encontraban todos en el patio de armas y el coronel de la base estaba a punto de tomar la palabra.

— *Hoy es un día muy importante, tanto para vosotros, que habéis llegado a esa meta que os habéis propuesto años atrás, como para nosotros, porque hemos sacado adelante una nueva promoción de sargentos*

especialistas —dijo el coronel tras soportar en dos ocasiones el chirrido que emitió el micrófono desde el que estaba hablando—. *Desde aquí, mi más sincera enhorabuena y mi deseo de que en vuestros destinos os sigáis formando como buenos especialistas que sois, solo me queda deseáros suerte*

en vuestros destinos y... ¡viva el Ejército del Aire!

—¡Viva! —exclamaron todos al unísono.

— *¡Viva España!*

—¡Viva!

— *¡Sargentos! Rompan filas.*

El grito fue apabullante en ese instante, todos se abrazaron, se felicitaron y a partir de ese momento eran conscientes de que tenían todo un futuro por delante.

* * *

Juntos entraron en la cafetería donde tantas veces habían quedado.

Berto, al verlo con el uniforme de sargento, salió de la barra a felicitarlo.

—Hacía tiempo que no te veía, veo que ya has conseguido tus

objetivos. Me alegro mucho por ti.

—Gracias, Berto, fue duro, pero al final se consiguió. Vengo a despedirme de Alicia, mañana me voy para mi nuevo destino en León.

—Pues lo dicho, mucha suerte en todo y si vuelves un día por Madrid, no dudes en pasar a saludarme, espero estar aún peleando con este negocio.

Alicia y Arturo se sentaron en una de las mesas.

—Qué guapo estás con el nuevo uniforme.

—Gracias, yo también puedo decir lo mismo, te pongas lo que te pongas, todo te sienta genial.

—¿Y a partir de ahora?

—Pues una etapa nueva, mañana salgo para mi nuevo destino en León.

—¿Con esa chica?

—De momento no.

—Pero sí tienes planes de futuro.

—En un principio sí, pero aún no estoy seguro de lo que va a pasar.

—No me parece que sea tan tonta como para dejar escapar a alguien como tú. Al final hará lo que tiene que hacer, más aún si te quiere.

—Y a ti, ¿qué tal te va todo?

—Como siempre, sigo en mi línea. Ya entré en una etapa de mi vida en la que hay pocas opciones de que cambie. ¿Sabes? Me cuesta mucho hacerme

a la idea de que te vas tan lejos y fíjate el tiempo que hace que no nos vemos, pero no sé, siempre he tenido la sensación de que estabas ahí, pero ahora...

—Tengo mucho que agradecerte y soy totalmente consciente de que has sido una persona importantísima en mi vida, he aprendido mucho de ti.

—Qué raro suena lo de «has sido», a mí me hubiera encantado seguir siéndolo.

—Pero la vida se compone de etapas, contigo he vivido una muy importante, pero ahora tengo otras muchas por vivir.

—Tienes razón, por eso a mí me gustaría pedirte algo muy importante, despedámonos como se merece de nuestra etapa, vayámonos a un hotel y tengamos un último encuentro como despedida.

Un enorme escalofrío recorrió todo el cuerpo de Arturo, y por su mente, como si de fotogramas se tratase, empezaron a pasar todas y cada una de las imágenes que reflejaban los momentos vividos intensamente con ella.

—¿Qué ganaríamos con ello?

—Tú probablemente nada, pero para mí, sería una despedida, me la debes por todo aquello que en su momento te di. Después, te prometo que jamás volverás a saber más de mí. Pero, por favor, dame una última vez.

Arturo quedó en silencio, no sabía qué decir.

—Por favor —insistió de nuevo Alicia—, una última vez.

—¿Me prometes que jamás me lo volverás a pedir?

—Te lo prometo.

Arturo respiró hondo, mientras Alicia esperaba ansiosa una respuesta.

—De acuerdo, una última vez y espero que a partir de ese momento sepas cumplir tu promesa.

—No lo dudes, la cumpliré.

Minutos después, se levantaron y se fueron al hotel donde normalmente solían verse en la etapa en la que vivían desenfrenadamente esa relación tan especial que tenían.

* * *

Arturo volvió a la realidad cuando oyó al revisor comunicar que en quince minutos llegarían a la estación de León. El viaje se le había pasado volando, refugiado en sus pensamientos, y apenas se había enterado del recorrido. Preparó todo su equipaje y lo fue acercando a una de las puertas. A través de la ventana, vio cómo el tren hacía entrada en el andén. No tardó en ver a sus padres y a su hermana. La emoción le embargó, imaginándose a su familia recibiendo a su hijo con todos sus objetivos cumplidos. Se puso en el lugar de ellos y se imaginó el día de mañana, pudiendo vivir lo mismo con su propio hijo.

Una vez que se apeó, todo fueron abrazos, lágrimas y un sinfín de adulaciones. Que si cómo has crecido, que si qué guapo estás, que si pareces todo un hombre, en fin, nada que unos padres orgullosos de su hijo no puedan

decir.

El día fue dedicado a saludar a familiares y amigos, para finalizar con una cena en la intimidad con sus padres y hermana.

—Papá, mañana miércoles a primera hora tengo que presentarme en la base, después pasaré el resto del día por aquí. Pero para el jueves, necesito que me dejes el coche para ir a un pueblo de Segovia.

—¿A Segovia? ¿Y qué se te ha perdido a ti por allí?

—Una chica muy importante en mi vida, que no tardaréis en conocer.

—¿Pero es que tienes novia? —preguntó su madre un tanto sorprendida.

—¡Mamá! Arturo ya no es un niño, y está en edad de tener novia. O qué piensas, que lo vas a tener toda la vida a la vera de tus faldas —le reprochó su hija.

—No, no, si yo no digo nada, simplemente me sorprendió. Como nunca hizo ningún comentario al respecto...

—No te preocupes, hijo —le dijo su padre—, puedes disponer del coche el tiempo que necesites, ya me arreglo yo con el de tu madre.

Esa noche Arturo no era capaz de dormir, estaba deseando que llegase el momento de verse con Lía, de cumplir su promesa de volver a por ella y lo más importante, de proponerle una vida juntos.

Después de presentarse en la base, recogió el papel que le concedía un mes de

permiso a partir de esa fecha. Calculó el tiempo que le llevaría el viaje, su intención era llegar después de que abriese la discoteca Apolo, comió con su familia y se puso en carretera.

Cuatro horas y media después, cuando su reloj marcaba casi las ocho de la tarde, llegaba y aparcaba frente a la discoteca.

Alicia se encontraba hablando con sus amigas, de espaldas a la entrada. Según sus cálculos, ella creyó que él iba a presentarse la semana anterior, y que tal hecho no se hubiese producido la había dejado un tanto preocupada y con la incertidumbre de si realmente iba a aparecer.

Una de sus amigas le estaba contando algo alegremente, cuando de repente paró de hablar.

—¿Qué pasa? —preguntó Lía—. ¿Por qué te has callado de repente?

—Mira quién está en la puerta —le dijo como justificación a su silencio.

Lía se giró de repente y sus ojos comenzaron a brillar como si de dos soles se tratase. Él aún no la había visto, aunque ese hecho fue cuestión de segundos. Cuando sus ojos se encontraron, en un instante se lo dijeron todo.

Fueron el uno al encuentro del otro, fundiéndose en un abrazo que expresaba todo lo que en ese momento uno pudiese decir.

—Has venido —le dijo ella al oído sin separarse de él.

—No solo te lo había prometido, estaba deseando hacerlo.

—¿Qué va a pasar a partir de ahora?

—Todo depende de ti, yo he venido a buscarte porque ya no quiero volver a separarme de ti. Pero claro, falta saber si tú quieres que eso sea así.

—Claro que quiero —le dijo besándolo una y otra vez—. Ven, tú has cumplido tu promesa y ahora me toca a mí cumplir la mía.

Juntos se subieron al coche y tomaron rumbo en dirección al pueblo de

Lía. Nada más llegar, se apearon y entraron en casa. Arturo estaba totalmente desconcertado por lo que Lía estaba haciendo sin darle la más mínima explicación.

—Espera un segundo aquí, cariño —le dijo ella mientras entraba en el estudio de su padre.

—¡Hola, padre!

—¡Hola, hija! ¿Pero no te habías ido para San Rafael?

—Sí, pero en su momento le hice a usted una promesa, le dije que en el momento en que tuviera la seguridad total de lo que debía hacer, usted sería el primero, no solo en saberlo, sino en conocer a la persona con quien lo quiero hacer. Y ese momento ha llegado, padre.

Lía le hizo pasar al despacho.

—Este es Arturo, padre. La persona de la que le hablé.

Su padre se puso de pie, salió de detrás de la mesa de su despacho y se acercó a Arturo con la mano extendida.

—No te imaginas el enorme placer que significa para mí conocerte.

—Lo mismo digo, señor.

—Sin conocerte, me hago una enorme idea de cómo debes de ser.

Conociendo a mi hija, son muchos los valores que tienes que poseer, si después de lo que ella ha pasado has conseguido conquistar su corazón.

Arturo no sabía qué decir, se encontraba abrumado por la reacción de la persona que tenía delante. No podía entender cómo una persona como Venancio podía haber salido de un padre así.

—Tienes todo mi beneplácito.

—Gracias, señor, espero no defraudarlos ni a usted ni a su hija.

Tras un rato de charla en el que también apareció la madre, decidieron volver de nuevo para la discoteca. Una vez en el coche, Lía recordó que tenía que recoger una cosa, dejándolo solo mientras ella entraba en casa.

En cuestión de segundos, Arturo reflexionó sobre el momento en el que estaba. A partir de ahí, comenzaba una nueva etapa en su vida, una vida corta hasta el momento, pero intensa. Una vida que le hizo desear a dos personas en distintos momentos de su existencia. Un deseo con el que despertó y maduró en el mundo del sexo, que tenía el nombre de Alicia, y otro deseo, el de formar un hogar y tener una estabilidad en su vida, que se llamaba Lía. Dos deseos que habían marcado su vida, con nombre de mujer.

FIN

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Primero fueron *Los tres álamos*, una novela ambientada en una tragedia de la mina que nos emocionó a todos. Poco tiempo después, *La forja de un minero*, una historia de lucha y tenacidad por superarse a sí mismo en un mundo tan difícil como es el de la mina. Con su tercera novela, *El eslabón de la cadena*, Melchor Riol nos transporta a los prolegómenos de la guerra civil en Asturias, con una historia de amistad, incertidumbre y lucha por unos ideales propios de la época. Ahora, con *La noche de los gamusinos*, el autor rinde homenaje a la adolescencia de los 70. Una historia, donde una pandilla de 14 chicos y chicas vivirán lo bueno y lo malo de la adolescencia.